

GARIBBALDI

21

20 de setiembre: Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento



Publicación anual de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

Año 21 - Montevideo - 2006

En este número:

Carlos Novello

- José Batlle y Ordóñez - En los 150 años del nacimiento del hombre que fundó el Uruguay moderno

Franco Della Peruta

- Garibaldi e la lotta armata per la libertà

Héctor Gros Espiell

- La permanente actualidad de Maquiavelo

Benito Juárez

- En los 200 años del nacimiento de un gran americano

Giampaolo Colella

- La campagna dei Vosgi di Garibaldi e l'opinione pubblica francese

Stefania Magliani

- Un Garibaldi venuto dal cielo

Egone Ratzenberger

- "Il confortatorio di Mantova" - Un libro di Luigi Martini

**"Infelici i popoli che aspettano il
loro benessere dallo straniero"**

José Garibaldi

PPC. 053432.

XVI-9e-2,

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.

composición, diagramación
e impresión:
cba - juan carlos gómez 1461,
tel. 915 72 31
montevideo - uruguay
depósito legal N° 229.919/2006

Correctora de pruebas: **Prof. María Sagario**

EDITION

di produzione

di stampa

di edizione

di pubblicazione

di distribuzione

di vendita

di consumo

di lettura

di informazione

di conoscenza

di cultura

di civiltà

di civiltà mondiale

di civiltà europea

di civiltà italiana

di civiltà romana

di civiltà mediterranea

di civiltà europeo-romana

di civiltà europeo-italiana

di civiltà europeo-romanesca

di civiltà europeo-italiana

“L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo”.

Giuseppe Garibaldi

(dalle sue “Memorie”)

EDITORIAL

Estos primeros años del siglo son pródigos en fechas dignas de recordarse. En nuestra Asociación y en nuestra Revista, que tienen como razón de ser el estudio de la figura de Garibaldi, de sus ideales, de los principales exponentes del Resurgimiento Italiano, así como de aquellas personalidades que en Europa y en América mantuvieron en alto los principios republicanos y democráticos que, debiendo soportar, todavía, dificultades graves, marcarán en el futuro este período histórico, no podíamos dejar pasar por alto los señalados aniversarios de los personajes americanos que, por su impulso y por su obra, hicieron entrar a dos países de Hispanoamérica en la era moderna. Ellos son José Batlle y Ordóñez, en Uruguay, y Benito Juárez, en México, que merecieron nuestro más que justificado homenaje.

Son parte de la misma pléyade de los Garibaldi, de los Mazzini y de tantos otros, que fueron marcando el sendero de la libertad y del derecho de la gente. Se cumplen, también, en este año, los 150 de la apertura de nuestro Teatro Solís, ahora renovado y en pleno funcionamiento al nivel de los mejores teatros del mundo, a cuyos creadores, que realizaron la hazaña de hacer surgir esta magnífica obra de las cenizas de la Guerra Grande, ya en el N° 17 de “GARIBALDI” rendimos nuestro homenaje.

Nuestra Asociación, en la persona de su Presidente, Carlos Novello, que ya recibiera el año pasado el homenaje fraterno y generoso de la “Associação Cultural Giuseppe e Anita Garibaldi” de la ciudad de Alegrete, Río Grande del Sur, Brasil, este año recibió, de la misma forma, el homenaje de la “Casa d’Italia” de Montevideo, que le otorgó el Premio Distinción “Francesco Quartarolo”, el que se acompañó con su representación en una hermosa obra de arte en bronce, obra del artista Alejandro Vila.

Pero no todo es motivo de alegría. Nosotros, nuestra Asociación, y la colectividad italiana del Uruguay, nos vimos conmovidos por la inesperada noticia de la temprana desaparición física de Italo Colafranceschi, cuando, además del esfuerzo denodado en pro de la italianidad desplegado durante más de veinte años, todavía se esperaba mucho más de él.

Fue un gran y desinteresado amigo de nuestra Asociación, que siempre contó con él para difundir nuestro trabajo y nuestros anhelos, que compartía.

Nuestro homenaje al gran amigo, al gran italiano.

El 20 de Setiembre celebramos un nuevo aniversario del Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

En Italia, en octubre, se inaugura la serie de actos con los que, en 2007, se celebrará el segundo centenario del nacimiento de Giuseppe Garibaldi, con un Congreso que, organizado por el Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano, se realiza en la ciudad de Cagliari, en Cerdeña.

En Uruguay, nuestra Asociación celebrará dignamente tal acontecimiento, sumando este homenaje tan especial, a los 22 años que llevamos difundiendo los ideales garibaldinos, considerando, también, como especial, cada uno de esos años y cada minuto que dediquemos a hacer conocer la personalidad de este representante paradigmático del pueblo italiano y del pueblo del mundo, a las nuevas generaciones.

En nuestro país, intentamos, sin éxito, que el Día del Patrimonio del año 2007 fuera denominado “José Garibaldi”, en honor a quien fuera General de la República –grado ganado en el campo de batalla–, Jefe de sus Fuerzas Navales y un luchador por la libertad de los pueblos durante toda su vida.

Los Días del Patrimonio del 2007 (6 y 7 de octubre) serán dedicados a homenajear a Martha Gulearte y a Rosa Luna, dos “vedettes” del carnaval montevideano.

Estamos intentando ante la Intendencia Municipal de Montevideo que la plaza en la que se encuentra el monumento a Garibaldi sea definitivamente una plaza y lleve el nombre de Garibaldi y no, como sucede actualmente, el de otra persona. Veremos si la sensibilidad municipal vence a la burocracia, que no es mala en sí misma salvo –al decir de nuestro querido primer Presidente, el Dr. Prof. Acad. Zannier– cuando, subrepticiamente, se introduce en esa palabra otra “r”, que va a reforzar a la que debería actuar en solitario.

Aun así, estamos seguros de que el Uruguay y nuestra Asociación en primer término, recordaremos tan fausto acontecimiento de una manera acorde con lo que fue la figura y la actuación del gran repúblico, que es de Italia, es del Uruguay –su declarada segunda patria– pero, sobre todo, es ciudadano del mundo, que hoy es un título que debemos reivindicar cada día con más fuerza.



Año 2006: bueno para el football; peligroso para el idioma italiano

El Casiu tiene nuevamente el honor y el deber de acompañar la presente publicación que mantiene vivo el mito de uno de los grandes hombres de la historia del mundo: Garibaldi. Justamente, apreciando su sombra y la gran difusión de esta publicación, deseo hablar de un tema que, no tengo dudas, a él le preocuparía.

Este año las autoridades de la enseñanza se están replanteando la posibilidad de reducir o eliminar la enseñanza curricular del idioma italiano en Secundaria.

Nuestra tarea es en la escuela pública, donde año tras año damos clases de italiano a cerca de 13.000 escolares de 4º, 5º y 6º grado.

¿En qué nos afectaría la reducción en Secundaria? Aparentemente en nada, pero moralmente en mucho.

En nuestros 13.000 alumnos sembramos la inquietud cultural de un idioma, de su cultura, de sus costumbres, con la esperanza debida de que en Secundaria esa base les sirva como pilar para el próximo trecho.

Si no existe el segundo anillo de una cadena, ¿para qué sirve el primero? Pienso en tres grupos de motivaciones para apelar esta decisión, el primero sería el histórico y no quedaría grande su explicación, el segundo, ¡el cultural!, más aun. Por lo tanto desde nuestra posición sólo nos queda llamar la atención en el aspecto político. Somos grandes, llamemos las cosas por su nombre, reducir o eliminar el italiano es, aparte de una resta pedagógica, una vuelta de espaldas a Italia, a lo que Italia, acorde con sus costumbres, publicita por uno y hace por diez.

Italia hace mucho por Uruguay, por los descendientes de los emigrantes, por la enseñanza terciaria y por mil medios más.

El italiano se habla sólo en Italia, es su idioma único, se habla como idioma desde 1200, Dante entró a su viaje imaginario en el más allá en el 1300, América se descubrió hablando dialecto genovés, Garibaldi peleó en estas tierras hablando italiano. ¿Qué le decimos a su espíritu? ¿Que su idioma no vale más?

Las reformas siempre son buenas si son renovadoras, pero la buena memoria debería ser imprescindible en el momento de tomar una decisión de este tipo.

Pido disculpas por firmar esta nota, es sólo para asumir la responsabilidad correspondiente.

*Alfredo Camussi
Presidente*

JOSÉ BATLLE Y ORDÓÑEZ

**En los 150 años del nacimiento del hombre
que fundó el Uruguay moderno**

Carlos Novello

El 21 de mayo de 1856 nació José Batlle y Ordóñez en el barrio de “La Aguada” de la ciudad de Montevideo.

En 1852 el ejército del dictador Rozas, de Buenos Aires, contra quien luchara Garibaldi hasta su retorno a Italia en 1848, fue vencido en la batalla de Caseros.

Esto significó el fin de la “Guerra Grande” que, en el ámbito nacional, ya había finalizado, en su calidad de guerra civil en Uruguay, el 8 de octubre de 1851.

El Presidente Suárez, entre otras medidas tendientes a normalizar la vida del país, disolvió las agrupaciones militares extranjeras, entre las cuales, la Legión Italiana, siendo sus integrantes invitados a mantenerse integrados a la nueva etapa que se iniciaba –si bien, en su mayoría, sus integrantes ya estaban afincados en el país desde antes de la contienda– brindando no ya sus armas al servicio de la República, sino su inteligencia y su trabajo. Luego del período “caudillista”, durante el cual nace Batlle, comienza el período “militarista”, que sumió al país en el caos institucional.

Hijo de un ex presidente legalista y honesto, que asumió la presidencia con una buena posición económica y salió de ella absolutamente sin recursos, su formación política, aparte de la recibida en el ámbito familiar, se desarrolló en el enfrentamiento a gobiernos de fuerza.

Durante la dictadura de Latorre se inauguró en Florida el monumento conmemorativo de la Declaratoria de la Independencia; entonces Batlle escribe, seguramente para desahogar su indignación ante este hecho, su primer artículo político, fechado 18 de mayo de 1879, en la revista estudiantil “El Espíritu Nuevo”, en el cual expresó el contrasentido que significaba que fuera quien había anulado la independencia y la libertad del pueblo, quien conmemorara la declaratoria independentista de la Nación.

Pero su verdadera lucha política, como periodista, indómito defensor de la libertad, se desarrolló contra la tiranía de Santos, el sucesor de Latorre, y no ya desde un periódico estudiantil, sino desde la prensa diaria, que leía la mayor parte de la población y llegaba a todos los rincones del país.

Las campañas de Batlle, junto a las de otros periodistas, contra la dictadura, fueron formando una opinión pública favorable a la resistencia a la opresión.

Comenzaron a constituirse organizaciones secretas, muchas de las cuales pronto desaparecieron, llegando a subsistir la Asociación Revolucionaria, que se organizó en un sistema que la hacía bastante invulnerable a la infiltración o a pesquisas de la tiranía.

En esta organización actuaba Batlle y Ordóñez, pero también estaba involucrado su padre, el General Lorenzo Batlle.

Se cometió un error al trasladar estas fuerzas juveniles a Buenos Aires, para que hicieran su instrucción militar. A la dictadura no podía pasarle por alto el traslado de unos 2.000 jóvenes y sus movimientos militares efectuados en la ciudad vecina.

La salida desde Buenos Aires, que fue increíblemente publicitada por la prensa montevideana, con la intención de invadir el país, constituyó una ingenuidad inexplicable.

La tiranía, que obviamente contaba con recursos militares muy superiores a esta fuerza que intentó ser liberadora, derrotó esta incursión con toda facilidad. Esta fue la Revolución del Quebracho, de mayo de 1886.

Provocando la sorpresa de todos, los sobrevivientes fueron liberados. Quizás debido a que el tirano ya vislumbraba su fin.

El resultado de este acto fue que Batlle, apenas un mes después, el 16 de junio de ese mismo año, fundó el diario "EL Día", que resultará mucho más eficaz que la resistencia armada, para derrocar a la dictadura.

Una vez logrado este objetivo, habrá de ser un elemento eficacísimo para difundir sus ideas reformadoras, a fin de hacer posible el Uruguay moderno que nos insertara, en aspectos fundamentales de la vida política y civil, en el concierto de las naciones más desarrolladas del mundo.

Cuando Santos se vio obligado a abandonar la presidencia, asumió el General Tajes, quien había sido el jefe que combatiera y derrotara la Revolución del Quebracho.

Pero, una vez en el gobierno, dio un golpe de timón.

Tajes comenzó a eliminar las supervivencias del régimen santista, iniciando un período de encauzamiento hacia la legalidad.



Batlle en la época de su primera presidencia.

Esa legalidad, para ser auténtica, debía ser alcanzada por medio de elecciones que fueran lo más limpias que las circunstancias lo permitieran, aun sabiendo que la Constitución de 1830, que era la que regía, no era de bases democráticas, como requerían los nuevos tiempos, sino que era restrictiva, elitista y, por ello, injusta, aunque fuera legal.

La necesidad de un partido democráticamente organizado y funcionando como representante de la mayoría de la población

Recordemos que las divisas –blanca y colorada– nacieron en la batalla de Carpintería, en 1836, cuando las fuerzas del gobierno legal de Oribe derrotaron a las tropas insurgentes de Rivera. A pesar de esta derrota, Rivera con posterioridad se hizo, de todos modos, del poder, apoyado por tropas unitarias argentinas, farrapos brasileños y, fundamentalmente, por el apoyo determinante de Francia.

De allí surgieron agrupaciones caudillegas, coloradas y blancas, sin la menor organización ni fundamento político, que sólo respondían a los intereses del o de los caudillos de turno.

En esos momentos en que se aspiraba, por parte de las mentes más lúcidas, a una organización aunque más no fuera medianamente democrática, existían tres “partidos” que, en realidad, no eran tales: el Blanco, el Colorado y el Constitucionalista.

Batlle seguramente pensó que sería más fácil llegar a los sectores más amplios de la población a través de uno de estos partidos y eligió el Colorado, dentro del cual su padre había llegado a la presidencia, no sólo por tradición, sino porque entendía que en su seno había comenzado a fermentar una inclinación más universalista, más progresista, más abierta a la aceptación del elemento popular, si bien, todavía, con muchas limitaciones.

Julio Herrera y Obes, en 1881 había publicado un programa del Partido Colorado y Batlle comenzó lo que sería el inicio de su renovación o, mejor dicho, de creación partidaria, apoyando este programa.

Este apoyo comenzó desde “El Día”, conjuntamente con el ataque, no sólo al adversario tradicional, el Partido Blanco, sino, principalmente, contra el Constitucionalista, el partido de los “doctores”, por su connivencia con la dictadura recientemente abatida.

Escribió en “El Día”: “...vosotros sois los mismos que vitoreábaís a Santos en el teatro, teatro de las más indecentes manifestaciones en su honor, porque

había llamado tres de vuestros hombres al Ministerio” ... “sois los mismos que en los peores tiempos de Santos, y cuando éste dominaba, os llamábais ‘conciliadores’ ...”.

El 19 de abril de 1887 tuvo lugar la primera manifestación colorada que circuló, impresionando por su masa, por las calles de Montevideo.

Cuando se acercaba la fecha de las elecciones en las que sería candidato Julio Herrera y Obes, Batlle reabrió “*El Día*” –que había debido dejar de publicar por razones económicas– para apoyar su candidatura.

Como dijéramos, la intención de Batlle era que sus ideas de organización moderna del Estado, atendiendo a lo social, defendiendo los derechos de los trabajadores, de la mujer, de los niños y de los más desvalidos, en general, sólo serían viables si el pueblo las comprendía y las apoyaba, no ya porque apoyara irracionalmente a un caudillo, sino porque comprendería que, por primera vez, existía una organización política que priorizaba sus necesidades y lograba materializar los avances sociales, con el pueblo en las calles.

Para que “*El Día*” llegara a todos o a la mayor cantidad posible de trabajadores, rebajó su precio, que pasó a costar un “vintén” (dos centésimos) quedando así al alcance de amplias capas de la población.

El 1º de marzo de 1890 Herrera y Obes se hizo cargo de la presidencia de la República. Batlle no quiso acceder a ningún cargo público, a pesar de que había sido su gran impulsor.

Julio Herrera y Obes estaba formado en la vieja escuela. Por el hecho de ser el Presidente, consideraba que su agrupación política debía actuar de acuerdo a sus directivas.

No era ésa la idea de Batlle, que tenía en mente un partido capaz de funcionar por sí mismo, con base popular, que adoptara un programa capaz de satisfacer las aspiraciones del pueblo y al cual debía someterse el Presidente de la República, que debía gobernar para todos los habitantes del país, pero de acuerdo al programa por el que había sido electo.

“El fin de los gobiernos, decía Batlle, es poner a la República en condiciones de ser grande y feliz; y el fin de los partidos es organizarse para crear gobiernos que sean capaces de llenar su cometido. Son tareas complementarias, armónicas; a los gobiernos les está encargada la tarea del presente; a los partidos políticos la preparación del porvenir.”

La separación de ambos políticos fue inevitable: Herrera y Obes pensaba que debía continuarse con el método anterior, es decir, la organización

“partidaria” concebida desde la cúpula, planeada en reuniones de “elegidos” (por sí mismos), de inspiración aristocrática; para Batlle la organización debía partir de la base –de los “clubes”– desde los cuales, a través de una clara organización partidaria, se convertiría en un verdadero mandato popular al que debían ajustar su acción los gobernantes.

En una asamblea Colorada de mayo de 1892–que se realizaban en el Teatro Politeama–Batlle presentó a la consideración del Partido un proyecto de organización partidaria que fue rechazado por medio de una maniobra de los opositores, que provocó la ruptura total entre ambos núcleos.

Batlle se dedicó a organizar los clubes seccionales –que deberían haber sido siempre lo que hoy deberían ser los Comités de Base– durante todo el año 1893 y “El Día” fue el vehículo más importante para lograr este objetivo.

Batlle acusó al gobierno de Herrera y Obes de ser el responsable de la destrucción de la mayoría de los colegios electorales, de la falsificación de los registros cívicos, de fraudes y de la utilización de toda la maquinaria administrativa para distorsionar el sufragio libre.

Eran los métodos de la aristocracia política ante la temible posibilidad de que el pueblo pudiera controlar e impedir sus desmanes.

Después del de Herrera y Obes, vino el gobierno de Idiarte Borda, caracterizado por sus latrocinos, dos revoluciones “blancas”, en 1896 y 1897 y, luego del asesinato de Iriarte Borda, la ascensión a la Presidencia del presidente del Senado Juan Lindolfo Cuestas.

Batlle, que se iba perfilando como el candidato que sucedería a Cuestas, publicó el 23 de enero de 1903 su programa de gobierno, el primero que conocía el país desde su constitución como Estado Independiente. La parte esencial de ese programa se puede sintetizar así: legalidad electoral; derecho de todos los partidos a gobernar, una vez obtenida la mayoría correspondiente en los comicios; la lucha armada debería transformarse en lucha electoral; política de partido: al efecto expresaba que “Un partido no puede ser otra cosa que una colectividad política que se constituye y entra en acción con el propósito de servir al país mejor que las otras colectividades existentes... Una política de partido no puede ser, pues, más que una elevada política nacional, la más elevada y patriótica que sea posible”. Programa de gobierno y moralidad administrativa, eran las premisas.

Reformas: en primer término, propugnaba una gran difusión de la instrucción pública, “que forma ciudadanos conscientes de sus derechos y de sus deberes;

elementos sociales de una moralidad elevada, hombres abiertos a todas las iniciativas de progreso”.

Libertad de prensa: al respecto decía: “Considero que en un país de instituciones democráticas, en que la opinión pública es el poder llamado a resolver todas las cuestiones por medio de sus representantes legales, la luz de la publicidad, una luz que alumbe el conjunto y los detalles de los problemas que sea necesario dilucidar, es tan necesaria para la vida cívica, como la luz del sol para la vida de los organismos”.

En una época en la que todavía el presidente de la República era el árbitro de la vida nacional y tomaba partido de acuerdo a la conveniencia del grupo que lo apoyaba, Batlle declaraba la necesidad absoluta de la “imparcialidad del Poder Público”.

Como vemos, la instauración de partidos políticos con intervención activa de las grandes masas populares, en lugar del contubernio de las cúpulas pluto-aristocráticas, que hacían todo a espaldas del pueblo y en beneficio solamente de sus intereses de clase, era un golpe mortal a esa política antipopular, que auspiciaba la Constitución de 1830, y el comienzo de una nueva vida cívica, que abría el camino a la construcción de un Estado moderno.

Batlle y Ordóñez Presidente de la República

El 1º de marzo de 1903 Batlle asumió la primera magistratura del Uruguay.

Durante esta primera presidencia –Batlle ejerció la presidencia en dos oportunidades, con un período de intervalo y fue dos veces Presidente de la Junta de Gobierno durante el período de gobierno colegiado– un nuevo alzamiento “blanco”, los clásicos y nefastos métodos que los dirigentes de esa facción aún no habían comprendido que estaban perimidos, impidió que se pudieran llevar a cabo muchos de los puntos que el nuevo presidente había planteado en su programa de gobierno.

Recordaremos un hecho, sólo como una anécdota –aunque no fue de menor importancia– porque pinta al personaje.

El 6 de agosto de 1904, todavía en plena revolución, Batlle, que viajaba en un coche acompañado por su familia, sufrió un atentado del que escaparon por milagro.

Sus autores, apellidos Di Trápani y Calderoli, no sufrieron ninguna pena especial por haber atentado contra el Presidente de la República y su familia, sino que la justicia ordinaria fue la que actuó pero –y he aquí lo extraordinario– Batlle quiso conocer a quienes casi habían provocado su muerte y la de los suyos.

Luego, el propio Batlle dijo: "Vi a Di Trápani y a Calderoli. Este era impenetrable. Di Trápani creyó al principio que lo iba a maltratar. No los traté como camaradas. Pero tampoco tuvieron que sufrir ninguna violencia de obra ni de palabra. Di Trápani, sentado junto a mí, me relató lo ocurrido. Años después supe que estaba enrolado en nuestro grupo y que prestaba un concurso decidido".

En mayo de 1906, en su informe al parlamento, Batlle daba cuenta de la labor desempeñada por el gobierno durante ese difícil período.

En esencia: las finanzas públicas quedaban equilibradas, a pesar de los gastos ocasionados por la guerra interna, que ascendían a diez millones de pesos de la época; una cifra muy importante. Se habían destinado tres millones para obras de vialidad, un millón para edificios escolares, otro millón para los Institutos de Agronomía y Veterinaria, para museos y para la Biblioteca Nacional. Se mejoró la situación económica de los funcionarios públicos, suprimiendo el descuento del 5 por ciento que se efectuaba a los sueldos inferiores a 30 pesos mensuales y del 10 por ciento a quienes cobraban un sueldo mayor. Quedaba un superávit de 450.000 pesos, cubiertos todos los saldos del ejercicio anterior, que Batlle aconsejaba destinarlo al fondo de Vialidad y de Obras Públicas, por ser ésta, decía, la labor más reproductiva de todas aquellas a que puedan dedicarse los dineros públicos. A eso debe agregarse que, en febrero del año siguiente, los banqueros que retenían en Londres el 45 por ciento de la renta aduanera del país, por las amortizaciones e intereses de la Deuda Consolidada y pago de las garantías de ferrocarriles, una vez pagadas esas obligaciones, y considerando que la renta de Aduana de octubre, noviembre y diciembre de ese año producirá una cifra similar a la de esos meses del año anterior, una cantidad que ascenderá a entre los 550.000 y los 600.000 pesos, el gobierno cerrará el último mes de su administración con un superávit de alrededor de un millón de pesos.

El gobierno de Batlle no lo incluyó en este estado de cuentas, pero el gobierno, esto es: el país, el pueblo, por la guerra interna que se había provocado, se hacía cargo de las indemnizaciones a los productores extranjeros que habían sufrido daños en sus establecimientos o la sustracción de ganado bovino o caballar. Esos reclamos ascendían a unos 700.000 pesos y, como al finalizar el período de gobierno esos reclamos ya habrían sido satisfechos, habría que agregarle esa suma al superávit antedicho, con lo que el excedente real ascendería a alrededor de 2.000.000 de pesos.

Un detalle, para terminar con la consideración de este período: por la rebaja de impuestos resuelta por el gobierno, el personal activo y pasivo de la administración pública obsequió al Presidente y a su Ministro Serrato la suma de 17.700 pesos, la que fue aceptada, a condición de ser destinada a un proyecto de beneficio público, lo cual se hizo y fue de conocimiento de todos.

Al asumir Batlle la Presidencia de la República, se había hecho cargo de la dirección del diario "El Día" el eminentе político italiano Dr. Domingo Arena, originario de Tropea, en la Provincia de Catanzaro, quien fuera su mano derecha durante toda la actuación política de Batlle y un ejemplo típico del inmigrante italiano en el Uruguay, que se asimila totalmente a la vida nacional.

La opinión de los representantes extranjeros acerca del gobierno de Batlle

El 2 de marzo de 1903, el Sr. Walter Baring, Ministro de la Legación Británica en Montevideo, informaba lacónicamente al Marqués de Lansdowne, Secretario de Estado para Asuntos Exteriores de Gran Bretaña: "...tengo el honor de informar que el Sr. José Batlle y Ordóñez fue elegido ayer Presidente de la República.

La Asamblea Constituyente tiene 88 miembros, 55 de los cuales votaron por el Sr. Batlle y Ordóñez, 23 por el Sr. Enrique Anaya, 3 por el Dr. Aurelio Berro. ... La mayoría del Sr. Batlle se compuso de 47 colorados y 8 blancos. Estos últimos fueron dirigidos por el Sr. Acevedo Díaz quien ha sostenido con entusiasmo desde hace algún tiempo la candidatura del Sr. Batlle. Su acción ha causado mucha indignación entre los Blancos, y él y algunos otros miembros han sido expulsados del Partido"...

Batlle no era, por cierto, el preferido por los representantes británicos. Durante la revolución "blanca", el mismo funcionario se lamentaba, recogiendo la opinión de los estancieros ingleses, de que "Las tropas gubernamentales tienen que dar recibo por los animales que se llevan, pero cuando llega el momento de la compensación, el Gobierno paga lo mismo, ya sea por un toro Hereford que quizás valga 200 libras, como por un flaco criollo de 2 libras con 10 chelines".

Arthur Peel, Encargado de Negocios de la Legación Británica, informaba al Marqués, el 16 de agosto de 1905 acerca de una huelga en el ferrocarril que, como es sabido, era casi en su totalidad de capitales ingleses. Le narra cómo se

llegó a la huelga sin ninguna imparcialidad, sino desde un punto de vista netamente patronal y le informa que Mr. Hudson, el Gerente General de los ferrocarriles, solicitó una entrevista con el Presidente de la República, "con el propósito de obtener protección no sólo para los intereses del Estado aparentemente a merced de unos pocos agitadores profesionales, sino también para la seguridad y libertad y aun las vidas de los trabajadores, muchos de los cuales han sido obligados a pesar de su reluctancia, a unirse al movimiento, mientras que otros han tenido que dejar el país por temor a ser objeto de violencias personales".

En esta información, seguramente del gusto de sus jefes de Londres, identifica los intereses del Ferrocarril, de la empresa, con los del Estado y se olvida de decir que quienes debieron abandonar el país era, simplemente, porque debían volver a su lugar de origen, puesto que era normal traer rompehuelgas desde la Argentina.

Y prosigue: "El hecho de que el manejo del ferrocarril sería completamente imposible si sus directivos fueran obligados a consentir algunos de los términos que los trabajadores buscan imponer, no parece haber sido de mucho peso con el Presidente; pero por los informes ya presentados por el Sr. Baring, Su Señoría ya debe estar convencida de que el Sr. Batlle y Ordóñez no es el hombre apropiado para una época posterior a una formidable revolución".

Los "términos que los trabajadores buscan imponer" eran el aumento de algunos centésimos por hora de trabajo y era evidente que los Mrs. Hudson ya no se encontraban frente a un presidente dócil, como a los que estaban acostumbrados.

Con la asunción a la Presidencia de la República del Dr. Williman, se inicia un período de ausencia directa de Batlle de la actividad política, opción asumida por su propia voluntad, y durante los cuatro años que Batlle vivió con su familia en Europa, los ingleses y otros sectores coincidentes con sus intereses, vivieron un período de paz y tranquilidad, después del mal trago que tuvieron que apurar. Creían que esa había sido una dificultad superada, que nunca volverían a experimentar, para beneficio de ellos y, por lo tanto, para "bienestar del país".

No sabían lo que les aguardaba.

La segunda presidencia

El 12 de febrero de 1911 Batlle retornó al país.

Fue recibido con manifestaciones multitudinarias.

EL 1º de marzo de 1911 fue elegido Presidente por segunda vez.

Un detalle: estaba todavía en vigencia la Constitución de 1830; el juramento del presidente electo debía hacerlo por los Santos Evangelios y Batlle así lo hizo, pero inmediatamente repitió el juramento y esta vez lo hizo “por su honor”.

Es interesante tomar nota que el representante británico Robert Kennedy le informaba a su jefe Grey, el 18 de enero de 1911, un mes y medio antes de ser reelecto Batlle: “No hay duda que el Sr. Batlle es una figura notable. Ningún otro hombre de la presente generación de este país ha suscitado tan ardiente apoyo o tan intensa hostilidad, y él ha tenido la habilidad de volcar ambas en su propio provecho, haciendo avanzar sus proyectos entre las pasiones partidistas de sus adherentes y de sus enemigos. Durante los últimos cuatro años, desde que dejó la Presidencia en marzo de 1907, ha vivido tranquilamente, sin hacerse notar, en París; sin embargo, ha sido un factor predominante en la política local, manteniendo un estrecho control sobre la maquinaria política y electoral para preparar su regreso”.

Este mismo “Ministro de la Legación Británica” que, ante los hechos contundentes debía informar lo arriba transcripto, ya había en dos oportunidades: noviembre de 1910 y 30 de diciembre del mismo año, sugerido la posibilidad de que el “problema Batlle” pudiera ser resuelto mediante el asesinato, claro que siempre atribuyendo esa intención a “sus enemigos”. Una tercera alusión a esta “solución”, la hizo nuestro Kennedy en su informe anual correspondiente al año 1910, cuando expresa muy significativamente y en términos que cualquier hombre de negocios inglés de la época comprendería cabalmente: “No existe aquí una sola compañía de seguros que emita una póliza sobre la vida del Sr. Batlle en la semana siguiente a su regreso, ni aun con un premio del 99 por ciento”.

Y hablando de seguros...

Todo el sistema de seguros, con sus pingües ganancias, estaba en manos de los ingleses que, no lo olvidemos, todavía eran en ese tiempo la primera potencia del mundo.

Batlle, que había asumido en marzo, en abril presentó un proyecto de monopolio estatal de seguros, que se mantuvo hasta no hace demasiado tiempo...

En su plan de estatización –único modo de que las grandes empresas de servicios fundamentales dejaran sus ganancias en el país, dado que no existían grandes capitales nacionales que invirtieran en esos rubros– en noviembre de

ese mismo año propuso el monopolio de la electricidad; en marzo de 1912, la nacionalización del Banco Hipotecario.

Junto a estos proyectos, otros llegaron al Parlamento que impulsaban una gran transformación del país: reducción a ocho horas de la jornada de trabajo, descanso obligatorio cada cinco días, Universidad para mujeres, etc., etc...

En relación a los derechos de los trabajadores, escribió en “*El Día*”: “Para corroborar su propósito de defender la causa de los trabajadores, ‘Diario del Plata’ considera que el Poder Ejecutivo debió cerrar los locales de la Federación Obrera, verdadera autoridad revolucionaria... para él; pero, efectivamente, autoridad representativa de todos los gremios obreros de Montevideo.

Con este criterio, naturalmente, el derecho de huelga se transformaría en un enunciado quimérico, en un principio sin aplicación, en una cosa inexistente. Sin poder asociarse ni reunirse, los obreros pasarían a ser un mero instrumento de los patronos. Carecerían de voluntad colectiva y de fuerza social. ¡Toda una solución, como se ve, para beneficiarlos!”.

Juan Andrés Ramírez dirigía, en 1911, el diario “*El Siglo*”, “órgano de las clases productoras”. Ante el avance del reformismo de Batlle, propuso en su diario formar “sobre la base del statu quo religioso, una gran agrupación de circunstancias que será al mismo tiempo conservadora y progresista: conservadora para salvar del naufragio que hoy nos amenaza lo que hay de bueno en nuestras instituciones sociales y políticas; progresista en cuanto luchará por el mejoramiento paulatino de las mismas”.

Y continuó: “Esa coalición defensiva surgirá fatalmente. Por nuestra parte, ninguna dificultad hallaríamos para concurrir unidos a una obra de defensa social”.

En esa coalición incluyó al gran capital nacional y extranjero, a los partidos opositores al batllismo y a la Iglesia Católica.

Este liberal concluía sus propuestas “conservadoras y progresistas”, llamando a participar en la procesión de Corpus Christi la cual, según él, debía transformarse en la digna respuesta masiva al desborde anarquista protagonizado por los obreros, que habían declarado la primera huelga general montevideana en el pasado mes de mayo, con la “complicidad” del gobierno de Batlle.

En cuanto a la instrucción pública Batlle la entendía en estos términos: “La instrucción pública –escribió– será una de mis preocupaciones capitales. Un pueblo no puede ser libre y feliz si no es instruido y la grandeza que suele buscarse aun en la conquista, no debe consistir, para una nación verdaderamente

civilizada, sino en su adelanto en las ciencias, en las artes, en la industria, en el comercio, y en el bienestar y la cultura moral, que son su consecuencia. No podremos sobresalir por la extensión de nuestro territorio, ni nos distinguiremos, ni queremos distinguirnos, por la prepotencia de la fuerza; pero podremos, si queremos, enaltecernos por la intensidad y brillo de nuestra cultura en todas las ramas de la actividad humana y por el puesto que ocupemos en el concepto de otras naciones.

Propenderé, pues, con ardor a la difusión de la escuela primaria y al perfeccionamiento de sus programas; a la creación de liceos de enseñanza más elevada en todas las capitales departamentales y a la de institutos de enseñanza superior en la capital de la República, en los que, agregados a los ya existentes, puedan dedicarse a todas las carreras, especulativas o prácticas, con arreglo a sus vocaciones, la juventud nacional y, especialmente sostenida por el Estado, aquella parte selecta de ella que, en los institutos inferiores, haya rendido pruebas excepcionales de una gran capacidad y dedicación”.

La reforma de la anacrónica Constitución de 1830

La fortísima institución presidencial que estaba establecida en la Constitución de 1830 que, además, se veía aumentada en su poder por el hecho de que no hubiera partidos políticos organizados, ni instituciones estatales que la acotaran y controlaran, se había tornado absolutamente anacrónica.

Era necesario realizar otros cambios en el país, que Batlle presentó el 4 de marzo de 1913 en sus Apuntes de Reforma de la Constitución, para que sirvieran como base para una amplia discusión política.

Por primera vez se iniciaba en la vida política del Uruguay una discusión en base a ideas y a programas para mejorar la situación del pueblo.

Esto constituyó un importante cambio cualitativo y se debió a una persona que, si hubiera querido seguir por el trillo de los “mandamás” que habían gobernado hasta entonces el país, en beneficio de intereses particulares, de grupos o de empresas, principalmente extranjeras, tenía todas las condiciones para hacerlo.

La política de partido obligaba a que los grupos caudillesscos se transformaran en partidos políticos modernos, con objetivos, con programas, con dispositivos de democracia interna.

Batlle había eliminado la pena de muerte en 1906. Hoy, un siglo después, todavía se sigue aplicando en países que se consideran “civilizados”. También

prohibió las corridas de toros y todos los espectáculos que provocaran sufrimiento a los animales.

Dentro de las reformas que propuso estaba la instalación de un gobierno colegiado, en el cual, la institución presidencial, que tanto daño había ocasionado al país, quedara anulada o muy disminuida en su poder.

Luego de la reforma, los candidatos a los cargos públicos serán elegidos por medio del voto directo y surgirán de los organismos partidarios; se instaurará el plebiscito como el derecho supremo de la ciudadanía soberana a legislar directamente; se creó el registro cívico, elemental requisito para el ejercicio limpio y transparente del voto, que ya se ejercerá sin el tutelaje ni las limitaciones que establecía nuestra primera constitución; se hizo obligatoria la inscripción a ese registro; se estableció el voto secreto y la representación proporcional de los partidos en las Cámaras; se establecieron jubilaciones y pensiones para todos, la indemnización por despido, el salario mínimo, la indemnización por accidentes de trabajo; el divorcio por la sola voluntad de la mujer; 30 días antes del parto y 30 días después, las empresas tenían la obligación de otorgar licencia paga; la instalación de casas maternales para que la mujer trabajadora pudiera dejar en ellas a sus hijos; la nacionalización del Banco de la República en 1911; la creación de la Escuela de Agronomía y de estaciones agronómicas, la creación del Instituto Fitotécnico y semillero "La Estanzuela", y se podría seguir con la enumeración de los logros de este segundo período de gobierno de Batlle, que causaba vértigo al representante inglés en Montevideo. Así es que nuestro conocido Mr. Kennedy informaba a su superior en Londres: "Tengo el honor de adjuntar para el conocimiento de Información del Departamento de Comercio un resumen tomado del "Montevideo Times" (el vocero semioficial del gobierno inglés en Montevideo, C.N.) de un proyecto gubernamental sobre la construcción de ferrocarriles estatales 'económicos'. Quiero aprovechar esta oportunidad para señalar que la febril actividad del Señor Batlle y su Gobierno al presentar cada día nuevos planes y proyectos de considerable magnitud es perfectamente asombrosa y que no me es posible nada más que transmitirle a usted aquellos que más probablemente puedan atraer la atención de los capitalistas británicos o afectar los intereses británicos existentes, reservando los comentarios y críticas hasta que tenga tiempo y la oportunidad de estudiarlos y ver cuál pueda ser su fin último".

No es posible en un artículo, aunque sea extenso como éste, mencionar toda la actuación política de una personalidad como Batlle y Ordóñez y la

trascendencia que tuvo para el desarrollo de la democracia uruguaya. Quizás se complete la idea no tanto recordando todo lo que hizo de importancia para el país, sino dando comprobación de esto por la negativa, volviendo a la impresión que su actividad produjo a agentes de gobiernos extranjeros.

Cerraremos este trabajo con un informe del representante del Reino de Italia en Montevideo que, con fecha 27 de mayo de 1911, dirigió a su Ministro de Relaciones Exteriores:

“A continuación de mi telegrama de fecha 23 del corriente, tengo el honor de comunicar a Vuestra Excelencia que hace dieciséis días los tranviarios de las sociedades ‘La Transatlántica’ y la ‘Comercial de Montevideo’ (de capitales ingleses, C.N.) se declararon en huelga para obtener algunas mejoras económicas y la disminución de las horas de trabajo. Después de muchas alternativas para llegar a un acuerdo con las empresas, el décimo-primer día la Federación de los obreros de la ciudad impuso una huelga general de solidaridad con los tranviarios, y esta huelga ha durado tres días. Los daños de esta huelga han sido enormes para la ciudad, estando completamente paralizado no sólo el tránsito, sino también todo el trabajo de las oficinas, de las casas comerciales, del puerto; el Presidente de la República, llamado al balcón por los manifestantes, parece que los incitó a resistir a las pretensiones de los Directorios de las sociedades de tranvías, de los patrones de comercio, y ello dio nuevo vigor a los huelguistas que empezaron a recorrer la ciudad imponiendo el cierre de los negocios y golpeando a algunos tranviarios venidos de Buenos Aires para intentar hacer circular algunos vehículos.

Después de varios días y cuando la situación se había vuelto realmente intolerable, el Gobierno se decidió a tomar las medidas más rigurosas para tutelar el orden, mandando soldados a caballo y a pie y toda la policía para impedir las reuniones y las manifestaciones tanto más ruidosas ya que en estos días declarados feriados por la conmemoración de la batalla de “Las Piedras”, se confundían los cortejos patrióticos con los de los huelguistas.

Ha surgido algún conflicto y la policía en varias oportunidades ha tenido que recurrir a los sablazos para disolver las manifestaciones; muchos vidrios y algunas cabezas fueron rotos, pero todas las heridas han sido de leve entidad, y poco numerosas.

Hasta ahora no me consta que ningún italiano haya sido víctima ni de las brutalidades de la policía ni de las de los manifestantes. El día 23 mandé a Vuestra Excelencia un telegrama porque parecía que la cosa se agravaba; pero

ayer terminó la huelga general y hoy también la de los tranviarios y, según parece por los diarios que han salido, todo muestra haber vuelto a la calma habitual.

En caso que surgiesen complicaciones, pondré especial cuidado en informar inmediatamente a Vuestra Excelencia".

Este diplomático italiano cuya principal fuente de información parecería que hubieran sido los medios de prensa, no le dijo al Ministro que los trabajadores levantaron la huelga porque obtuvieron significativas mejoras en su situación.

Al mismo tiempo, otro italiano, pero éste consustanciado con el pueblo, alentaba a los trabajadores a organizarse y a luchar para mejorar las condiciones de trabajo y su nivel de vida en general: era el Dr. Domingo Arena, que desarrollaba esta lucha por el bienestar del pueblo y el progreso del país, junto a José Batlle y Ordóñez.

Seguramente que Garibaldi se hubiera abrazado fraternalmente con Arena y hubiera pasado ante estos diplomáticos tan identificados con las posiciones imperiales, senza ragionar di loro.

BIBLIOGRAFÍA

- BATLLE Y ORDÓÑEZ. FIGURA Y TRANSFIGURA. José Mora Guarnido; Impresora Uruguaya SA; Montevideo; 1931.
- BATLLE Y EL BATLLISMO. Efraín González Conzi y Roberto B. Giudice; Editorial Medina; Montevideo; 1928.
- LOS CONSERVADORES URUGUAYOS (1870-1933). José Pedro Barrán; Ediciones de la Banda Oriental; Montevideo; 2004.
- INFORMES DIPLOMÁTICOS DE LOS REPRESENTANTES DEL REINO UNIDO EN EL URUGUAY 1903-1911. Benjamín Nahum; A. Monteverde y Cía. SA; Montevideo; 1991.
- UNA PERSPECTIVA EUROPEA DEL URUGUAY. LOS INFORMES DIPLOMÁTICOS Y CONSULARES ITALIANOS. 1862-1914. Juan Antonio Oddone; Universidad de la República Oriental del Uruguay, Facultad de Humanidades y Ciencias; Montevideo; 1963.

GARIBALDI E LA LOTTA ARMATA PER LA LIBERTÀ⁽¹⁾

Franco Della Peruta⁽²⁾

Dopo Villafranca l'azione politico-militare di Garibaldi fu determinante per la formazione dell'unità nazionale, perché essa forzò la mano a Cavour, ai moderati e ai diplomatici e riuscì a portare al successo la causa italiana con un'iniziativa dal basso, rivoluzionaria e democratica, anche se nel quadro della fedeltà alla divisa *Italia e Vittorio Emanuele* che il nizzardo aveva fatto sua da qualche anno e alla quale restò fedele sino alla conclusione della liberazione del Mezzogiorno.

La scelta della Sicilia come campo decisivo d'azione compiuta da Garibaldi nella primavera del 1860 aveva alle sue spalle una lunga tradizione di dibattiti susseguitisi fra i patrioti del Risorgimento –specie quelli di parte democratica– sulla questione dell'individuazione del terreno più favorevole per l'iniziativa insurrezionale e rivoluzionaria.

Già negli anni precedenti la creazione della *Giovine Italia* mazziniana (1831) la riflessione sulla ricerca dei settori del paese giudicati maggiormente adatti per lo sviluppo di una impresa d'armi si svolse soprattutto all'interno della problematica della guerra partigiana, della guerra per bande, che fu il perno delle posizioni adottate dai democratici italiani sul problema militare. Questo tipo di lotta aveva fatto le sue maggiori prove nell'opposizione di varie popolazioni agli eserciti della rivoluzione francese e di Napoleone. Adottata dapprima in maniera spontanea e istintiva dalle *masse* degli insorti delle regioni del Mezzogiorno continentale del nostro paese nel 1799 (la *Santa Fede*) e poi nel 1806 in Calabria, la guerra partigiana era stata utilizzata con grande successo nella lotta antifrancese dagli spagnoli, i quali avevano così logorato gravemente la macchina bellica di Napoleone. E per questo, dopo la caduta dell'imperatore, le bande dei partigiani apparivano a molti oppositori dei regimi

assoluti restaurati nel 1814-1815 come lo strumento da impiegare nelle guerre di liberazione nazionale.

Il primo scritto italiano dedicato alla guerra per bande è un articolo apparso anonimo nel numero del 10 febbraio 1821 della *Minerva napoletana*, un giornale libero pubblicato nella capitale partenopea durante il *nonimestre costituzionale*. In quelle pagine, intitolate *Della guerra di parteggiani* e redatte da “*un ufficiale che si è distinto nelle guerre di Spagna*”, veniva indicato come requisito essenziale della “*guerra di parte*” il suo carattere nazionale, il carattere cioè di guerra che poteva essere combattuta vittoriosamente soltanto con il consenso e la partecipazione attiva di tutta intera una nazione. E i modi propri della guerra partigiana (formazione di una miriade di piccole bande con cui “inondare” il territorio occupato dal nemico; attacchi repentini e rapide ritirate; disorganizzazione delle comunicazioni avversarie; sterminio dei fautori della dominazione straniera) erano quelli che più si attagliavano –questa l’implicita conclusione– alla difesa che le popolazioni del Mezzogiorno avrebbero dovuto opporre alle truppe austriache qualora queste fossero intervenute per soffocare la libertà.

Dieci anni dopo diede una organica sistemazione al tema della guerriglia partigiana Carlo Bianco di Saint Jorioz, con il suo ampio trattato dato alle stampe nel 1830 *Della guerra nazionale d’insurrezione per bande, applicata all’Italia*. L’ex ufficiale piemontese (uno degli iniziatori della rivoluzione del marzo 1821, che nell’esilio diventerà uno dei più assidui collaboratori della Giovine Italia) assumeva come punto di partenza l’impossibilità per l’Italia di avviare la sua rivoluzione con un esercito regolare e di affrontare il nemico austriaco in una guerra “grossa” con reparti di truppe organici e ben organizzati e battaglie campali.

L’unico sistema per poter sviluppare la lotta di liberazione era perciò la “*guerra di parte*”, la cui essenza consisteva nell’evitare l’urto frontale e nel “*ridurre il nemico a consumarsi da se stesso*”. La caratterizzazione che della guerra per bande tracciava Bianco di Saint Jorioz era ricavata dallo studio delle lotte popolari antifrancesi di Calabria, Russia e Spagna. I partigiani dovevano cioè coprire con le loro agili formazioni il territorio italiano, tormentare continuamente il nemico con una serie di attacchi improvvisi condotti da posizioni vantaggiose, costringerlo ad allontanarsi dalle sue basi di operazione, troncargli le vie di comunicazione, molestarlo in tutti i modi, forzarlo a disperdere e frammentare le sue forze.

"Circospetto in una tale fisica e morale agitazione –sosteneva il piemontese–, il nemico terrassi, e quando i suoi soldati, sfiniti, indeboliti, e aborrendo la guerra, non saranno più capaci che di un debole combattimento, furiosamente allora stretto da ogni parte ben da vicino, gli mancherà l'animo ed il luogo donde non possa fuggire rincantucciato, dagli ardimentosi combattenti italiani verrà inesorabilmente tagliato a pezzi."

E per una guerra di bande come quella da lui proposta Bianco riteneva che l'Italia, e soprattutto quella meridionale, offrisse abbondanza di elementi favorevoli: anzitutto la natura del terreno, ricco di aspre catene montuose, solcato da valli strette e remote e dai fiumi tortuosi, coperto di boschi, e per di più popolato da una "pianta d'uomo" adatta alle fatiche della guerriglia, vale a dire le popolazioni rurali, la "*classe degli agricoltori, pastori, massari, ed onesti e frugali abitanti dei borghi, e dei villaggi*".

La teoria della guerra per bande come tipica guerra nazionale e d'insurrezione "venne adottata anche da Mazzini quando diede vita alla Giovine Italia. Nel primo documento pubblico della sua associazione, *l'Istruzione generale per gli affratellati* del 1831, il genovese affermava che nella fase insurrezionale i combattenti italiani avrebbero dovuto battersi con lo strumento della guerra partigiana, che così tratteggiava in una pagina efficace e suggestiva:

"La guerra d'insurrezione per bande è la guerra di tutte le Nazioni che s'emancipano da un conquistatore straniero. Essa supplisce alla mancanza, inevitabile sui principi delle insurrezioni, degli eserciti regolari - chiama il maggior numero d'elementi sull'arena- si nutre del minor numero possibile d'elementi - educa militarmente tutto quanto il popolo - consacra colla memoria de' fatti ogni tratto del terreno patrio - apre un campo d'attività a tutte le capacità locali - costringe il nemico a una guerra insolita - evita le conseguenze d'una disfatta - sottrae la guerra nazionale ai casi d'un tradimento - non la confina a una base determinata d'operazioni - è invincibile, indistruttibile. La Giovane Italia prepara dunque gli elementi a una guerra per bande, e la provocherà, appena scoppia l'insurrezione. L'esercito regolare, raccolto e ordinato con sollecitudine, compirà l'opera preparata dalla guerra per bande".

Quanto alla definizione delle regioni che avrebbero dovuto dare l'abbrivo al movimento, programmato per il 1833 e bloccato dagli interventi polizieschi, Mazzini ritenne in un primo tempo che la funzione iniziatrice dovesse essere

affidata alle “estremità” del paese, cioè ai “federati” degli Stati Sardi e a quelli del Mezzogiorno; ma quando la repressione di Carlo Alberto decapitò fra l’aprile e il giugno 1833 la Federazione all’interno dei suoi domini, il genovese fu costretto a modificare i suoi piani e a puntare le sue residue speranze su quella iniziativa meridionale che da Napoli gli era stata assicurata per l’agosto nella forma di uno scoppio generale che avrebbe operato concentricamente “dalle provincie sulla capitale” e che si risolse invece in una cocente delusione.

In questo periodo Mazzini non definì in maniera netta il suo pensiero sul problema del rapporto e del raccordo fra bande e insurrezione. Le bande andavano cioè considerate come l’elemento iniziatore, come la diana del movimento, come la scintilla che dava fuoco alle polveri; o non erano invece da concepire come il mezzo tecnico per la difesa dell’insurrezione, al quale ricorrere dopo la prima esplosione vittoriosa del movimento, impiegandolo, una volta liberata una più o meno ampia porzione del territorio nazionale, come arma di difesa contro la reazione dell’Austria?

E sarà soltanto negli anni del 1839 al 1843 che Mazzini prenderà esplicitamente partito sulla questione con una opzione che mirava non già a gettare nella campagna bande in maniera prematura, ma invece a preparare il terreno per una generale levata insurrezionale che avrebbe dovuto originarsi nelle città proponendosi il controllo di una porzione sufficientemente ampia del territorio nazionale e facendosi “governo”: salva poi l’utilizzazione delle bande come strumenti di lotta nella guerra contro l’Austria.

Alla guerra per bande dedicò qualche anno più tardi la sua attenzione anche Guglielmo Pepe (uno dei protagonisti della rivoluzione liberal-costituzionale napoletana del 1820-1821), nello scritto *L’Italia militare* edito nel 1836 a Parigi.

La valutazione che Pepe dava della “guerra alla spezzata” era largamente positiva, perché a suo avviso una guerra nazionale di sollevazione per bande poteva riuscire vittoriosa anche contro truppe ben armate e addestrate come quelle austriache.

A differenza di Bianco e di Mazzini l’ex militare meridionale riteneva però che per il successo della guerra partigiana fosse necessario fin dall’inizio della insurrezione l’appoggio di un esercito di linea; e, più in particolare, di quello napoletano, il solo che, per il fatto di poter manovrare, se necessario, nell’estremo mezzogiorno della penisola, avrebbe potuto opporsi con prospettive di successo alle truppe austriache costringendole ad allontanarsi pericolosamente dalle loro basi di partenza. E per questo Pepe pensava che

l'iniziativa rivoluzionaria sarebbe dovuta partire dal sud, con un intreccio stretto fra l'azione delle bande e quella sull'esercito stanziale.

L'autore de *L'Italia militare* sosteneva inoltre che la *guerra alla spezzata* avrebbe dovuto essere combattuta soprattutto dai ceti popolari, perché “*in essi è la robustezza, l'abitudine alle fatiche, alle privazioni, e quel che val meglio, essi più piegansi all'ubbidienza, essi più ispirano simpatia e fiducia in que' della loro classe, il nerbo della nazione*”. E questa convinzione poggiava sull'esperienza diretta e personale che Pepe aveva fatto delle insorgenze e della guerriglia nel corso delle guerre napoleoniche, sia in Spagna che nell'Italia meridionale, alla quale attribuiva il primato cronologico in quel sistema di guerreggiare.

I primi che nelle guerre della francese repubblica, e del francese impero –egli affermava infatti– sostennero lotta d'insorti, e per bande, furono que' della Sicilia di qua del Faro. Noi crediamo ch'essi opposero più vigore di quello che fecero anni dopo gli Spagnoli, i quali ottennero risultamenti felici dall'unanimità in tutte le classi della nazione, dall'immensi aiuti degl'Inglesi, e dalla bizzarria di Napoleone, che abbracciar volea in una guerra Lisbona e Mosca.”

Nella focalizzazione dell'iniziativa meridionale nel processo rivoluzionario un posto centrale spetta a Nicola Fabrizi. Questi aveva seguito con estrema attenzione dal suo esilio in Spagna (dove militava con altri italiani di orientamento nazionale e democratico nelle file dei liberali) gli avvenimenti insurrezionali antiborbonici del 1837 in Sicilia (che ebbero l'epicentro a Catania e Siracusa); e proprio sotto la spinta di quei fatti alla fine di settembre di quello stesso anno si era stabilito a Malta, con l'intenzione di farne una base di appoggio per il lavoro cospirativo che intendeva intraprendere in direzione della vicina Sicilia, che il modenese ed i suoi amici rimasti in Spagna consideravano un terreno quanto mai opportuno per un'iniziativa insurrezionale.

A Malta Fabrizi lavorò alla creazione di una nuova organizzazione clandestina rivoluzionaria, la Legione Italica, che intendeva presentarsi come il braccio militare di una rinnovata Giovine Italia (con una scelta di campo democratica e repubblicana) che partendo dall'attività iniziale di nuclei ristretti e collegati fra loro da intese cospirative avrebbe dovuto puntare allo scatenamento di una insurrezione nazionale appoggiata dalle masse popolari. All'interno di questo quadro Fabrizi si dimostrava poco favorevole alle sollevazioni cittadine come momento d'avvio del movimento e alla parola d'ordine della leva in massa.

“Le rivoluzioni delle città – si legge nel documento programmatico principale della nuova organizzazione, i Pensieri originatori detta Legione italica (1838-1839) – appartengono alla classe dei colpi di mano difficili ad un primo risultato”; e così pure, se era vero che il movimento doveva prendere le mosse dall'iniziativa di alcuni ristretti nuclei di ardimentosi, bisognava evitare le trame settarie macchinose e troppo complesse, con il loro corollario di ineseguibili rivoluzioni “fissate a momento determinato”, per puntare invece su agili preparativi incentrati sul “convegno di un numero limitato”.

Per quel che concerneva poi il problema della parte del paese più adatta ad assumere l'iniziativa, il patriota modenese la indicava senza esitazioni nel Mezzogiorno, con un particolare riguardo per la Sicilia, con motivazioni che così si enucleava in una Memoria del febbraio 1839:

“L'opinione che delle due estremità d'Italia la meridionale sia quella lo sviluppo de' cui mezzi insurrezionali si renda più prontamente necessario all'azione generale ha per ragione:

1° La necessità di dare con sollecitudine una base ed un foco stabile all'insurrezione coll'assicurarsi un terreno materialmente e topograficamente atto alla propria difesa.

2° Perché come la diffusione dell'azione è destinata a divergere l'attenzione dell'inimico e le sue forze dalla violenza di un primo impeto su di un solo punto, così il presentare poi una maggiore intensità d'azione alla parte più distante della residenza della sua forza, servir deve a scemare l'intensità delle minaccianti e sovrastanti [forze] all'estremità opposta”.

Le regioni meridionali e la Sicilia apparivano dunque a Fabrizi come il terreno privilegiato per avviare l'insurrezione nazionale che avrebbe dovuto poggiare sulla guerra per bande. Le bande erano infatti considerate come il detonatore di una situazione giunta ormai al punto critico di rottura e come lo strumento più efficace per avviare il movimento, attraverso una serie di azioni intraprese nelle montagne e nelle vallate del mezzogiorno e della Sicilia, anche se poi il modenese auspicava un'integrazione fra le operazioni delle formazioni partigiane e quelle di truppe regolari trasformate in esercito nazionale.

“Le bande stesse – scriveva nell'agosto 1840 – fondendosi come elemento nell'esercito regolar nazionale, od acquistando esse regolarità lor propria, cangiar debbono di natura, alla guisa delle guardie nazionali francesi della

rivoluzione o si distribuirono nelle truppe regolari, o divennero corpi leggeri dell'armata regolare. I Francesi raccoglievano legalmente convocando i cittadini alle armi, noi pertanto in condizioni diverse non possiamo che insurrezionalmente riunirci, dovendo conquistare anche il terreno al momento stesso del riunirci.

Date queste premesse, è comprensibile che Fabrizi indirizzasse i suoi sforzi organizzativi proprio sulla Sicilia, e con risultati non trascurabili, per un più forte radicamento delle prospettive nazionali e unitarie nell'isola, grazie anche all'appoggio fornитогli da un gruppo di patrioti siciliani che contava tra gli altri Diego Arangio, Antonino Faro, Salvatore Fatta, Salvatore Mirone e Ignazio Pompeiano. E quando il lavoro cospirativo portato avanti in vari centri della Sicilia ebbe raggiunta una certa consistenza, Fabrizi inviò a quelli nell'agosto 1838 un documento intitolato *Proposte ai patrioti siciliani*, che voleva essere la piattaforma programmatica per l'organizzazione della Legione Italica nei domini borbonici al di là del Faro. L'isola appariva a Fabrizi come il "punto d'appoggio della leva italiana", e questo per la sua collocazione geografica, per la natura del terreno, per il carattere degli abitanti, per le tradizioni storiche: "Lunghe pagine di dolore ed oppressione ricoprono l'istoria siciliana da epoche assai lontane, siccome l'istoria di tutta Italia; gli stessi tentativi talvolta erronei nel concetto, talvolta non abbastanza energici nell'andamento, talvolta non abbastanza estesi, sempre sfortunati, da lungo tempo eguagliano le sorti siciliane alle sorti di ogni parte d'Italia, però attraverso i tempi una marca di destino futuro vi traluce ed accompagna costante le antiche e recenti vicende". E una conferma di questa funzione iniziatrice era vista negli avvenimenti isolani del 1837; per cui da quel momento, sosteneva Fabrizi, "l'iniziativa all'insurrezione italiana è attesa dalla Sicilia, dai popoli e dai governi; l'attitudine della Sicilia, i suoi grandi elementi, le belle reminiscenze della sua istoria or già non è più scienza di uomini istruitti, ma catechismo di popolo italiano; or la insurrezione siciliana è missione di popolo italiano, è convinzione di tutta Europa".

Gli avvenimenti del 1848 parvero una conferma delle speranze di quanti negli anni precedenti avevano guardato alla Sicilia come al punto d'avvio della rivoluzione italiana. Nell'isola infatti ebbe luogo la prima insurrezione, in Italia ed in Europa, dell'"anno dei miracoli" (Palermo 12 gennaio); e in essa durò anche assai a lungo la sanguinosa resistenza contro il ritorno delle forze reazionarie che si protrasse sino alla metà del 1849. E lo stesso Mazzini negli

anni immediatamente successivi alla sconfitta delle rivoluzioni quarantottesche guardò con fiducia alla Sicilia, dove l'ostilità contro il governo borbonico si esprimeva tra l'altro nella miriade di organismi cospirativi sorti nelle città e nei borghi ed esplodeva a volte nella ribellione aperta, come accadde con il tentativo di Nicola Garzilli del 27 gennaio 1850 a Palermo conclusasi con la fucilazione del promotore e dei suoi compagni. Una situazione, quella dell'isola, che portava il genovese ad affermare (come faceva nella lettera ai "fratelli" siciliani del 7 settembre 1851) che la "Sicilia è pronta" e a ritenere possibile, a scadenza più o meno vicina, una presa d'armi in quella regione.

Dopo il fallimento del tentativo insurrezionale milanese del 6 febbraio 1853 Mazzini, convinto che l'Italia fosse "*ricoperta da un punto all'altro di materie infiammabili*" e che mancasse soltanto la scintilla capace di appiccare l'incendio, diede vita al Partito d'Azione; e in questo quadro si verificò anche una inversione di termini nella visione mazziniana del rapporto insurrezione-bande cui si è precedentemente accennato.

Alla preparazione complessa e macchinosa di un movimento su ampia scala, con il suo centro nelle città, dopo l'esperienza del 6 febbraio e nell'impossibilità di riprendere a tessere una trama così estesa come quella attorno alla quale aveva lavorato dal 1850 all'inizio del 1853, il genovese sostituì così il motto d'ordine della guerriglia, vale a dire di un'operazione che si sarebbe dovuta svolgere con un movimento dalla periferia al centro; e mentre prima aveva considerato la banda lo strumento tecnico dell'insurrezione, ora quella gli appariva invece come la scintilla in grado di incendiare il pagliaio italiano. "*Se... facesse ovunque -scriveva in una lettera a Piero Cironi del 2 agosto 1853-, cento operazioni locali fatte in breve spazio di tempo, cento bande che ne fossero il risultato a termini vicini, costituirebbero l'insurrezione nazionale né più né meno di una insurrezione vittoriosa in Milano e altrove.*"

Nel complesso delle nuove prospettive delineate da Mazzini dopo il 6 febbraio 1853 vanno inquadrati il primo ed il secondo tentativo della Lunigiana (settembre 1853 e maggio 1854) e il tentativo nella Valtellina (agosto 1854), che nelle intenzioni del genovese volevano essere appunto le scintille iniziatrici dell'incendio generale. A loro volta i movimenti insurrezionali scoppiati nel novembre 1856 in Sicilia sotto la guida di Francesco Bentivegna e Salvatore Spinuzza (a Mezzoiuso, Villafrati e Cefalù) rafforzarono in Mazzini ed altri democratici la convinzione che i tempi fossero ormai maturi. E basterà accennare a Carlo Pisacane (il teorico di una rivoluzione nazionale che avrebbe

dovuto portare alla realizzazione di una società di liberi e di eguali, con la distruzione del principio d'autorità e della proprietà privata), che diede voce alla sua fiducia all'iniziativa meridionale e della Sicilia in un appello ai "fratelli di Sicilia" del gennaio 1857 in cui scriveva: "*L'egemonia italiana si è sempre riscontrata, e riscontrasi tuttora, nei nove milioni che abitano dal Tronto al Lilibeo; ...non appena la rivoluzione rumoreggia alle falde del Vesuvio e dell'Etna, l'Italia tutta freme, e l'Austria paventa.*"

In questo clima si concretò l'avvicinamento operativo tra Mazzini e Pisacane, che superarono le tante divergenze che li dividevano sul piano delle posizioni ideali, spinti dalla consapevolezza che la situazione era ormai giunta a un punto di svolta e che se i repubblicani non fossero riusciti ad arrestare l'ascesa del movimento liberal-moderato e lo sviluppo delle convergenze in atto verso il Piemonte di Cavour, prendendo l'iniziativa e stabilendo la propria egemonia, la rivoluzione democratica sarebbe andata incontro ad una sconfitta forse definitiva.

Anche per il Pisacane, come si legge negli articoli che dall'agosto del 1856, aveva cominciato a scrivere per il foglio clandestino *La Libera Parola*, la "predisposizione morale" del paese era ormai un dato acquisito, la "rivoluzione morale" in Italia era ormai avvenuta, come dimostrava l'"*odio contro lo stato presente delle cose*" dominante in tutti gli strati della società. Quello che invece faceva ancora difetto era la "scintilla" suscitatrice dell'incendio, il "nucleo" di audaci disposti a dare l'esempio con un "fatto" capace di rompere un equilibrio sempre più instabile. Tanto più che un moto italiano "visibilmente iniziato" avrebbe propagato la fiamma sull'Europa intera, costringendo i despoti sulla difensiva e aprendo larghe possibilità all'allargamento della rivoluzione. "*Ad ottenere così splendidi risultati –era questa la conclusione dell'articolo Le forze del dispotismo e della rivoluzione in Italia* (agosto 1856)– ci vuole l'audacia di un nucleo iniziatore, la temerità del devoto minatore che metta il fuoco alla striscia di polvere che percorre tutta la penisola, e unisce le province, le città, i borghi e gli individui della patria italiana in un solo pensiero, l'indipendenza."

E dopo il tentativo di Bencivegna in Sicilia (che l'esule napoletano per un momento aveva pensato di appoggiare recandosi nel Mezzogiorno) e l'attentato di Agesilao Milano contro Ferdinando II di Borbone, Pisacane ribadiva, con quella attribuzione di una carica altamente positiva alla spontaneità e al "fatto" che gli era tipica: "*Quando in un angolo qualunque si muore per la libertà,*

ogni città, ogni terra, ogni cittadino ha il dovere d'insorgere immediatamente, ... gli accordi preventivi valgono poco, il solo annuncio della lotta è fatto che per se medesimo deve produrre il suo effetto; è un fatto che richiede il pronto concorso del resto d'Italia. La rivoluzione non è già un ente da cui bisogna aspettare il soccorso, la rivoluzione la facciamo noi stessi; siamo noi che possiamo trasformare un tentativo in rivoluzione appoggiandolo e seguendolo”.

In questa tempesta maturò la sfortunata impresa di Sapri (28 giugno - 1 luglio 1857), un importante anello della lunga catena che portò alla Spedizione dei Mille e che Pisacane avviò nella piena coscienza del possibile sacrificio della propria vita e al tempo stesso del valore anticipatore del suo esempio. “*La nostra polemica di responsabilità* –scriveva il 2 giugno 1857 a Giuseppe Fanelli, responsabile dell’organizzazione conspirativa meridionale– è oziosa e inutile affatto fra noi: io e voi ci mettiamo in una impresa che, riuscendo, ci darà somma gloria; e, mancando, seguiremo la gloriosa schiera dei nostri martiri, avremo oltre la tomba la stima e l’affetto degli amici, ma il volgo ci chiamerà ambiziosi ed esaltati: non di meno noi avremo la coscienza di avere adempiuto un sacro dovere e se il paese tacitamente ci ha conferito il difficile e penoso incarico che ci siamo assunti, di cospirare, mostreremo che abbiamo fatto gli sforzi estremi per scuotervi da un profondo letargo, per sollevarvi dal fango; se non riusciremo, spianeremo in parte la via a chi, più fortunato di noi, ci seguirà nella spinosa carriera.”

E a proseguire nella “*carriera*” indicata da Pisacane sarà, meno di tre anni dopo, Garibaldi, che si inserirà nel solco dell’iniziativa meridionale con l’assunzione della Sicilia come base di partenza per la liberazione del Mezzogiorno: una decisione che palesò nel Nizzardo “*un granello di quella sottile genialità italiana rintracciabile in Dante non meno che in Machiavelli*” che gli venne riconosciuta da Marx, pure non sempre tenero verso il generale nei suoi giudizi. Infatti i successi di Garibaldi in Sicilia furono certamente dovuti alle sue elevate capacità di condottiero e trascinatore di uomini, ma vennero facilitati dalla situazione preinsurrezionale esistente nell’isola al momento dello sbarco e che egli seppe valutare nel suo giusto peso.

Dopo il tentato moto palermitano della Gancia (4 aprile) e la sua sanguinosa repressione la tensione nell’isola era andata crescendo e nel generalizzato e ormai incolmabile distacco fra popolazione e governo l’odio contro il dominio borbonico e i suoi strumenti (esercito, polizia, amministrazione finanziaria) esplodeva in forme aperte, tanto nelle città quanto nelle campagne. Così a

Messina nei giorni immediatamente successivi ai fatti di Palermo sembrava imminente, come osservava il viceconsole francese, una “*collisione*” fra popolazione e truppe, e il fermento era tale che il grosso della guarnigione (4.500 uomini) era consegnato nelle caserme e nella cittadella; a Catania l’8 aprile folti gruppi di popolani diedero vita a una manifestazione antigovernativa nel centro cittadino cercando inutilmente l’appoggio delle “*classi più elevate*”; a Palermo affollate dimostrazioni contro le autorità borboniche ebbero luogo il 13 aprile e il 9 maggio; e pochi giorni prima a Girgenti, come riferiva il viceconsole inglese, “*le più umili classi del popolo*” avevano tentato di inscenare una manifestazione, impedita però da “*alcune persone influenti*”.

Ma se nelle città la presenza dell’apparato militare e poliziesco riusciva a mantenere una parvenza di ordine, invece fra l’aprile e il maggio le agitazioni, i tumulti e i focolai insurrezionali continuaron a moltiplicarsi nelle campagne e nei centri rurali, specie nella parte occidentale dell’isola.

L’odio contro il dispotismo borbonico e le tensioni interne del mondo contadino assunsero forme varie. Ci fu anzitutto l’azione delle “*squadre*” dei “*picciotti*”, formate –come rileverà giustamente Francesco Brancaccio di Carpino in un suo libro del 1901, *Tre mesi nella Vicaria di Palermo* nel 1860– da “*contadini animosi che per istinto nativo odiavano la tirannide pari alle classi più colte*” e che vennero in generale reclutate e comandate, in uno stretto intreccio di volontarismo e mercenarismo, da proprietari terrieri e borghesi di sentimenti antiborbonici. Le “*squadre*”, per un totale di varie migliaia di uomini armati sommariamente ed animati da entusiasmo, anche se indisciplinati e poco adatti agli urti frontali con le truppe regolari, diedero vita ad una guerriglia endemica (sul tipo di quella teorizzata nei precedenti decenni dai democratici), che evitava i combattimenti condotti secondo i canoni dell’arte militare ufficiale per puntare invece sui piccoli scontri in condizioni di favore, sulle imboscate, sugli attacchi improvvisi seguiti da rapide ritirate.

“È una guerra –commentava sconsolato il principe di Castelcicala– che questa gente fa alle R. Truppe le quali debbono combattere un nemico che non si mostra mai all’aperto, ma che ... si fa schermo delle offese, si scioglie, si sperpera, si ragranella or qua or là alla maniera dei guerrilleros”.

All’attività delle “*squadre*” si affiancò lo scoppio tumultuoso, spontaneo, disorganico ma diffuso del malcontento delle popolazioni rurali per una condizione di miseria e di stenti: un malcontento che, grazie all’allentamento

del controllo sociale verificatosi nei primi mesi del 1860, culminò nel movimento contro il dazio del macinato, il congegno più inviso del fiscalismo napoletano.

In decine e decine di comuni rurali della Sicilia occidentale nelle settimane che precedettero lo sbarco di Marsala e in quelle immediatamente successive si susseguirono così le dimostrazioni antiborboniche, la cacciata dei sindaci e degli amministratori locali più invisi, l'espulsione degli agenti e degli impiegati del macinato, il rogo degli archivi comunali, la liberazione dei detenuti, il disarmo dei guardaboschi e dei compagni d'arme; fatti che già alla metà di maggio si andavano caricando anche di un segno antiproprietario e antiborghese, come dimostrano le uccisioni di possidenti avvenute in vari centri del palermitano e del catanese.

È probabile che senza l'arrivo dei Mille la protesta delle popolazioni siciliane sarebbe stata momentaneamente repressa, ma non è vero che Garibaldi e i suoi compagni fossero stati avviati, come parve inizialmente a Ippolito Nievo (il quale manifestò queste sue impressioni nelle lettere dalla Sicilia a Bice Melzi Gobio), alla "seconda edizione aumentata e ingrandita di Pisacane e di Sapri" perché "rivoluzione in Sicilia non ce n'era mai stata" e tutto si era ridotto a "qualche fermento nelle squadre, qualche dimostrazione nelle città, poche rappresaglie e ferocie dei regii".

Il fatto è che l'atteggiamento minaccioso delle popolazioni urbane, la presenza inquietante delle "squadre", il ribellismo fattosi endemico nelle campagne costrinsero i comandi borbonici a immobilizzare grossi contingenti nei maggiori centri abitati e a disperdere buona parte delle loro forze in "colonne mobili" inviate a percorrere in lungo e largo l'isola senza altro risultato apprezzabile che quello di accrescere l'ostilità dei siciliani verso Napoli e il suo governo. E questo contribuisce a spiegare il collasso dell'apparato militare e amministrativo borbonico nell'isola e la debolezza della sua reazione di fronte al "filibustiere" Garibaldi. Il generale Nizzardo, per parte sua, diede prova di acume politico perché nel quadro delle misure prese per la riorganizzazione amministrativa della Sicilia e la prosecuzione della guerra inserì, accogliendo i suggerimenti di un buon conoscitore della realtà isolana, come Francesco Crispi, provvedimenti che miravano ad allargare intorno alla "dittatura" il consenso delle classi popolari.

Un decreto del 19 maggio abolì infatti il macinato e tutte le imposte introdotte dalle autorità borboniche dopo il 15 maggio 1849; e ai primi di giugno venne

ordinata la distribuzione di sussidi in denaro e di oggetti di prima necessità alle tante famiglie povere di Palermo. Ma la decisione che suscitò le ripercussioni più profonde fu il decreto del 2 giugno che stabiliva l'assegnazione ai combattenti siciliani di quote “*sopra le terre dei demani comunali da dividersi, giusta la legge, fra i cittadini del proprio comune*”.

La misura aveva l'intento di stimolare la partecipazione popolare alla lotta armata; ma il richiamo alle precedenti leggi borboniche relative alla quotizzazione era destinata ad alimentare, nel clima di fermento delle campagne, la spinta contadina al recupero dei demani civici e alla riappropriazione delle terre considerate usurcate dai proprietari nobili e borghesi, fino a determinare in molti comuni quella situazione di scontro fra “*berretti*” e “*cappelli*” che culminò nei fatti di Bronte dell'agosto e nell'intervento repressivo dei garibaldini (la *missione maledetta* di Nino Bixio).

Di lì a poche settimane la liberazione della Sicilia e la fine del regno borbonico concludevano la lunga successione di propositi e di fatti che nel segno dell'“*iniziativa meridionale*” si erano susseguiti dalla Restaurazione in avanti, venendo a formare uno dei fili più corposi nelle vicende del Risorgimento italiano.

Notas

1. Artículo publicado en el Nº 4 de la revista “Studi Garibaldini”, de mayo de 2005, editada por el Centro Internazionale di Studi Risorgimentali Garibaldini.
2. Presidente del Centro Internazionale Studi Risorgimentali Garibaldini de la ciudad de Marsala, Sicilia.

HOMENAJE DE LA ASOCIACIÓN CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO, EN PIRIÁPOLIS, A LOS TRABAJADORES ITALIANOS QUE COLABORARON CON FRANCISCO PIRIA

Con la presencia del Intendente Municipal de Maldonado, Óscar de los Santos, el pasado 15 de diciembre de 2005 nuestra Asociación descubrió una placa en la ciudad de Piriápolis, frente al edificio del ex Hotel Piriápolis, en homenaje “a los artesanos y obreros italianos que hicieron realidad los sueños de Francisco Piria”, según expresa el texto que luce.

Ese día, precisamente, se cumplían 100 años de la inauguración de ese hotel, hoy Colonia Escolar de Vacaciones, que fue el primero que se levantara en esa ciudad balnearia y el primero de importancia en el Este del país.

En ese año también se cumplieron los 75 de la inauguración del Hotel Argentino –un hotel de primera categoría todavía en actividad–, también hecho erigir por Piria.

Quiere decir que, cuando como en este caso, hay espíritu emprendedor, no se necesita la competencia ajena para superarse: Piria competía consigo mismo y se superaba a sí mismo, como buen descendiente de ligures.

En el 2005, la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo celebró los 200 años del nacimiento de Mazzini, los 20 años de la creación de la revista histórica “GARIBALDI” y sus primeros 20 años de actividad y de logros, que culminaron con la declaración del 20 de Setiembre de cada año, por ley, cuyo proyecto fuera presentado al Parlamento uruguayo por nuestra Asociación, como “Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento” que, entre las demás libertades fundamentales, como dijera el Presidente Novello en su discurso, implica la libertad de movilidad, para trasladarse libremente adonde cualquier persona lo deseé o lo considere necesario.

Como expresara Novello, hoy en día las migraciones se han multiplicado por diversos motivos y, en un mundo que se define como “globalizado” –y, en efecto, lo es para beneficio de algunos– no se puede responder a esa necesaria integración de la población mundial con la erección de muros.

Caído el tan justamente rechazado muro de Berlín, por cuyo motivo se llenaron durante años las páginas de los diarios y los programas televisivos de todo el mundo, no podemos mirar para otro lado cuando se erigen muros en Medio Oriente entre Israel y los palestinos o cuando se quiere separar con ellos a Estados Unidos de su vecino, México.

Son esos y cualesquiera otros, tan repudiables como el de Berlín y hay que tener la honestidad de decirlo.

Uruguay se formó y creció y deberá crecer más, mucho más, porque no interpuso muros. Fue un país de puertas abiertas y así en él encontraron trabajo y felicidad gran cantidad de inmigrantes, sobresaliendo, por su cantidad, los italianos y los españoles, pero también de muchos otros países.

De fácil integración, nunca hubo xenofobia ni rechazo de ningún tipo hacia los extranjeros como hoy surge en algún país “nuevo-rico” de Europa, que recibió toda la ayuda que se pudo enviar cuando sus luchas intestinas de la primera mitad del siglo XX lo sumieron en la miseria y, desde nuestro país, no sólo los descendientes de sus nacionales, sino todo el pueblo, se quitaban el pan de la boca para ayudar a quienes luchaban por su libertad y su democracia. Entonces no eran “sudacas” los ciudadanos de estos países, sino hermanos.

Hoy el Uruguay, que siempre fue país de inmigración, fue transformado en país de emigración, señalando el fracaso de los gobiernos que empujaron a su población hacia ese destino. Esperamos que desde ahora, esa realidad se revierta.

La inmigración italiana que llegó a nuestras playas, fue de carácter político y de carácter económico.

Entre esta última, vino mano de obra calificada y mano de obra no calificada. Ambos tipos de obreros trabajaron para los establecimientos de Francisco Piria.

Todos sabemos cuáles eran las condiciones de los trabajadores en el siglo XIX y hasta la primera mitad del siglo XX.

Esas condiciones, que eran generales para todo el mundo, se vieron reflejadas en el Reglamento para el personal de los establecimientos de Piria.

En ese Reglamento campeaba una total discrecionalidad patronal; para los obreros existían sólo obligaciones y vivían en un régimen de semiesclavitud. Las ideas socialistas y anarquistas se habían desarrollado ampliamente durante el siglo XIX y muchos de los inmigrantes políticos que llegaron a nuestro país, las habían difundido entre los trabajadores, que comenzaban a comprender que eran sujeto de derecho.



El Intendente de Maldonado, Óscar de los Santos, y el Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, Carlos Novello, en el momento de descubrir la placa.

En el Uruguay de principios del siglo XX, un italiano, un gran calabrés, había comenzado a aplicar desde un gobierno progresista como el de José Batlle y Ordóñez, un socialismo pragmático, firmemente vinculado a la situación concreta de nuestro país; ese político progresista fue el Dr. Domingo Arena.

Apenas seis meses antes de la inauguración del Hotel Piriápolis, el 16 de junio de 1905, Arena publicó en el diario “EL Día” de Montevideo un artículo titulado “La razón de las huelgas”⁽¹⁾, en el que demuestra que –hablando casi en términos de mercado– éstas son el único modo que tienen los trabajadores de fijar, en la forma más conveniente posible, el precio de su trabajo.

La premisa fundamental para un empresario es obtener la mayor ganancia posible pagando el menor costo posible.

La asociación de los trabajadores es imprescindible para evitar la competencia entre ellos mismos, ofreciéndose –a causa de su necesidad– cada vez a menor precio hasta llegar solamente a una situación de sobrevivencia mínima.

Pero también la asociación de los patronos es necesaria –explicaba Arena– para evitar la competencia entre ellos, la que haría sucumbir a los más débiles.

En la última parte de su artículo, de fuerte contenido didáctico, Arena escribe: “Comprenden (los trabajadores N.R.) que no pueden pensar en su mejoramiento mientras no haya entre todos, por lo menos entre la mayor parte, un acuerdo mutuo que los haga obrar de una manera conjunta y solidaria; y desde ese momento empiezan a asociarse, a disciplinarse, para concluir por formular sus exigencias colectivas”.

Así se formaron las Sociedades de Resistencia, se multiplicaron las huelgas y se logró un mejoramiento en sus condiciones de vida.

También los empresarios más claros de mente comenzaron a comprender que sus trabajadores, en el comienzo de la era de la producción en serie, debían ser sus posibles clientes.

Terminó diciendo el Presidente Novello: hoy homenajeamos a los artesanos y obreros italianos que trabajaron con Francisco Piria, porque somos una Asociación ítalo-uruguaya, pero este homenaje se puede y se debe hacer extensivo a todos los trabajadores que hicieron y van haciendo realidad los proyectos de tantos otros Piria, que son emprendedores y creadores de proyectos como lo fue él, pero que nada lograrían sin el aporte decisivo de la mano de obra, que no es fuerza animal solamente, sino que aúna –y cada vez más–

inteligencia, habilidad manual, muchas veces rayanas en lo artístico, y fuerza de trabajo.

El capital solo no es nada; en definitiva son números acumulados, nada más.

La creación, la concreción de los proyectos, está en la inteligencia, en nuestros días cada vez más exigida, de los trabajadores, que son capaces de hacer funcionar complicadas máquinas, de utilizar una herramienta y de investigar, para descubrir nuevos métodos para hacer más fácil el trabajo y más placentera la vida de la gente, sin descuidar el desarrollo espiritual.

Cuando esos números se unan a esos esfuerzos del ser humano y se mezclen las funciones para beneficiar a los más, habremos mejorado las condiciones a través de las cuales la Humanidad pueda seguir avanzando.

Luego de estas palabras pronunciadas por Novello, realizó una sentida intervención el Secretario de la Junta Local de Piriápolis, don Elbio Casaravilla, a quien siguió en el uso de la palabra el representante del Consulado de Italia, Dr. Stefano Musolino.

Cerrando el acto, Óscar de los Santos, Intendente Municipal de Maldonado, captando plenamente el sentido afectivo que tenía este homenaje, dijo:

“Un placer de conocer al Sr. Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo y escuchar la síntesis que hizo de una parte de la historia de nuestro país, que creo que es más oportuna que nunca.

En un departamento en el que a veces priman las tendencias a encerrarse y casi poner tranqueras y porteras, cuando se compite por la mano de obra, por la tecnología, cuando parece que la pobreza y la exclusión social nos amontonan en los lugares donde se genera un cachito de laburo, el ver la historia de nuestros orígenes creo que nos ayuda a comprender mejor el presente y a abrir nuestras cabezas hacia el futuro.

Creo que también es justo rescatar que había que imaginarse los ranchos de adobe y paja para comprender el aporte tecnológico que hizo esa mano de obra artesanal, que significaba arrancar la piedra no con una máquina, como se hace hoy, sino cargarla en carretas arriba de rolos, picarla, buscarle la parte débil a la veta para partirla; era una ciencia, y después, trabajarla, que generaba mano de obra y era ese proceso de industrialización del Uruguay, y de servicios, que aparecía como una innovación y hay que imaginárselo cien años atrás.

Y hay que imaginarse, también, la soledad que han sentido miles de inmigrantes cuando han venido a nuestra patria; alimentándose, como contaba

mi viejo —porque nosotros les decíamos “gringos” a todos los que vinieran de afuera, no importaba el lugar de donde vinieran— y muchas veces el alimento era la cebolla que plantaban en el fondo, el vino, que era fruto de alguna cepa que habían traído de vid y el pan, hecho en el horno de barro.

Y con eso se trabajaba horas y se producía y con eso se soñaba en traer la familia; el trabajo tenía un valor especial: tenía significado la transpiración de la gente.

Era cuando la palabra valía más que las escrituras. Era cuando la honradez era la mejor herencia en una familia.

Ese tipo de cuestiones y de valores es el que tenemos que rescatar hoy: que es el del trabajo, el del esfuerzo, el de la familia; el de pensar en el privilegio de manejar una piedra y de transformarla y de sentirse orgulloso de que quizás algún descendiente de esos italianos hoy dice: “Ahí esa piedra la colocó el abuelo, el bisabuelo o el tatarabuelo”, porque se traspasaba de generación en generación: era el orgullo; y ese aporte arquitectónico, que matrizó también, en buena medida, la estética de este balneario y que tiene en el presente este balneario, como desafío, el preservar esa característica, porque tiene que ver con su identidad y con la proyección y con el desafío de construir una localidad que reivindique su cultura, que reivindique sus expresiones arquitectónicas y que sea capaz de comprender cómo, aun en medio de las contradicciones, es capaz de avanzar.

Porque esos mismos obreros que picaban esas piedras en las canteras, que traían esa veta anarca, navegando en esos barcos, que permearon ideológicamente a los primeros partidos que se formaron en el Uruguay y que fueron base y sustento de partidos posteriores, que fueron capaces de matrizar en la Constitución y en la ley aspectos que eran de la movilización y de la lucha, nos inspiran y nos animan a pensar que lo que hemos transitado, si no somos capaces de medirlo en este presente, corremos el riesgo de creer que somos hijos de la nada y que no vamos hacia ningún lugar.

Y porque hubo visionarios e industriales y porque hubo obreros que se organizaron y lucharon, se construyó y se consolidó una sociedad democrática, en el medio de las contradicciones, resolviendo los problemas a través de las movilizaciones, de la legalidad, que significó que inclusive esa dictadura, que les impedía manifestarse a ustedes y a nosotros, durara muy poco, porque con esas bases y esas raíces democráticas, no hay dictadura que se sostenga en ninguna parte del mundo.

Sociedad democrática que tiene como desafío, en esta etapa, amalgamar ya no aquellos que deben estar sintiendo en el exterior, y sienten, en el exterior, lo mismo que aquellos inmigrantes sintieron en nuestra patria: soledad, desesperación, de sentir el calor lejano del hogar, de no saber qué pasaba con los viejos, del otro lado del mar, lo mismo que están sintiendo nuestros compatriotas hoy, en el exterior, es, por lo menos con respeto y dignidad que tenemos que sentir, quienes recibimos en nuestro departamento a los que siguen llegando en esta migración interna de nuestra propia patria, a buscar su cebolla, su vino, su sudor y su trabajo.

Gracias, porque en este homenaje reconocemos parte de nuestra historia, de vuestra historia, de la historia de todos.”

Notas

1. “La razón de las huelgas” (Domingo Arena. “El Día”, 16 de junio de 1905).

Se alega que las huelgas son el fruto de la propaganda de los obreros exaltados sobre los obreros tímidos ,etc., etc. Pues no hay nada de eso. Las huelgas son sencillamente, fruto de lo mal que se paga el trabajo del obrero y de los esfuerzos que realiza aquél para conseguir que se pague mejor precio por su sudor y por sus afanes.

¿Cuánto vale el trabajo de un obrero? ¿Cuánto vale un día de esfuerzo, de sol a sol, arando la tierra, arrancando piedra?

Es lo que no se ha establecido todavía, ni se va en vías de establecer de una manera equitativa y justa. Para convencernos de este hecho basta recurrir a una rápida demostración. Supongamos que por primera vez el dueño de un campo o de una chacra llama a un obrero y le propone que él trabaje todo un día labrando la tierra o arrancando piedra.

La primera idea que probablemente se le ocurriría a un obrero, sería que un trabajo como el que se le propone no tiene nada de envidiable y que es más propio de un animal o, a lo sumo, de un esclavo. Pero una vez convencido de que tiene que trabajar para vivir, seguramente que no dejaría de poner un precio alto a su tarea. Tal vez pidiese un par de cientos de pesos mensuales, si no contase con la competencia. Y, seguramente, el patrón aceptaría, si no contase con aquel factor. Pero supongamos que el trato hubiese sido cerrado, ¿qué sucedería, habiendo tantos obreros necesitados y aptos para aquel trabajo?

Que inmediatamente se presentaría otro ofreciéndose por menos y que el patrón, haciendo uso de su perfecto derecho, aceptaría, despidiendo al primero.

Pero aquí no se detendría la cuestión. Un tercer obrero sustituirá al segundo, ofreciendo sus servicios todavía más baratos; un cuarto, al tercero; y así sucesivamente, hasta llegar el momento en que el patrón no pagaría por el jornal nada más que lo estrictamente necesario para que el obrero no se muriera de hambre. El jornalero que ocupara esta última plaza, ya no tendría temores de ser despojado por un competidor, ¡sencillamente porque el que se ofreciese por menos no ganaría lo suficiente para seguir viviendo!

Esto, que hemos sentado en hipótesis, es lo que más o menos pasa en la realidad de la vida. De manera que, generalmente, lo que el obrero gana, tanto en la fábrica como en la cantera,

como en el campo, es la cantidad mínima que necesita para sostenerse y esa cantidad mínima no es, no puede ser, el valor del trabajo! El obrero se gasta físicamente, da todo lo que puede dar, por una mala comida, por una mala vivienda, por mucho menos de lo que necesita para mantener a su mujer y a sus hijos, pues es notorio que los hijos de los obreros no siempre pueden crecer y cuando crecen, crecen raquílicos y marchitos!

Es el caso de las máquinas que sólo exigen el carbón y el aceite necesario para su funcionamiento! No están peor las mulas de los carros y los caballos de los tranvías, a los que les alimentan mientras tienen fuerzas para tirar! Están mucho mejor los caballos de paseo y de carreras porque hay interés en mantenerlos gordos y vistosos.

Para el obrero basta el alimento de los flacos, desde que, cuando no puede más, sobra con quien sustituirlo...

Naturalmente, el obrero que se consume así estérilmente, en la lucha por la vida, comprende, siente, que lo que se le paga no es, no puede ser, el precio de su trabajo, y lo primero que se le ocurre es reclamar de su patrón: un aumento razonable. Pero el patrón raras veces atiende el pedido. "Mal puedo pagarle más, le dice al obrero protestante, cuando hay quien me haga ese mismo trabajo por el mismo precio y hasta por un precio menor. Si no le conviene seguir en mi taller, se retira y tomo otro."

Y el patrón que contesta así, no sólo obra dentro de su derecho, sino que, muchas veces, movido por la necesidad.

Efectivamente, si dejándose llevar por un espíritu de justicia y de generosidad, levantara irreflexivamente el sueldo de sus obreros, se colocaría inmediatamente en una situación de inferioridad sobre los fabricantes similares. Sus productos resultarían más caros que los que produjeran los patrones más tirantes y no podrían sostener la lucha en el mercado. Su generosidad y su justicia podrían traducirse en ruina.

Todos estos hechos concluyen por iluminar al obrero y por convencerlo de que el enemigo del obrero es el obrero mismo. Comprenden al fin que lo que quita valor a su trabajo es la competencia que se hacen los unos a los otros, es la facilidad con que los talleres y las fábricas encuentran brazos que se ofrecen cada vez a menor precio. Comprenden que no pueden pensar en su mejoramiento mientras no haya entre todos, por lo menos entre la mayor parte, un acuerdo mutuo que los haga obrar de una manera conjunta y solidaria; y desde ese momento, empiezan a asociarse, a disciplinarse, para concluir por formular sus exigencias colectivas. Desde ese momento empiezan a jugar su verdadero papel esas sociedades de resistencia, que no tienen otro objeto que poner en condiciones de lucha a la masa obrera, aunando voluntades, formulando planes, acumulando recursos que, en el momento oportuno, hagan posible la resistencia.

Y cuando esas asociaciones creen que ha llegado el momento, se formula la protesta colectiva y, si los patrones no acceden, se contesta con la huelga.

Este es, en general, el proceso de todas las huelgas.

Ellas no significan otra cosa que el esfuerzo supremo que hace un gremio para conseguir que se mejore un poco el precio de su trabajo.

Con ellas, los obreros tratan de sacarle al taller o a la fábrica, que les absorbe todas sus energías, nada más que un poco de mejora en la vivienda, lo necesario para sostener a alguna mujer y criar algún hijo, que es a lo menos que parece deber aspirar un hombre!

Así se explica que los obreros, cuando el caso llega, se lancen a la huelga con tanta decisión, imponiéndose tantos sacrificios. Es que ven en ella el único medio de obtener un resuello, de subir un escalón en la ruda senda de su vida!

Conviene hacer notar que en esta lucha entre obreros y patrones no debe verse una verdadera lucha de clases, como algunos parecen entenderla, examinando superficialmente las cosas. No es raro que un obrero, por su esfuerzo constante y ayudado por la fortuna, se transforme en patrón y tenga que seguir la corriente de todos los patrones, ni es imposible que un patrón o alguno de sus hijos, concluya por ser obrero.

De manera que, en el fondo, no hay razón alguna para que patrones y obreros se traten como adversarios irreconciliables.

Todos deberían esforzarse por arreglar un mal que viene de muy lejos y en el cual no sería muy fácil descubrir al culpable.

El mejoramiento del obrero debería perseguirse con el mismo afán, tanto por los patrones como por los obreros mismos, desde que, en definitiva, los aumentos de salario no han de traer otro resultado que encarecer un poco los productos y aumentar proporcionalmente los desembolsos del consumidor. Por eso es que, a nuestro juicio, las huelgas generales no deberían ser miradas con mal gesto por los buenos patrones, desde que tienden a colocar a los fabricantes de un mismo producto en las mismas condiciones de lucha, haciendo imposible toda competencia desventajosa.



LA PERMANENTE ACTUALIDAD DE MAQUIAVELO

Héctor Gros Espiell

En el año 2004 publiqué en la Revista “Garibaldi” un artículo titulado “Maquiavelo, la política exterior y nosotros”.⁽¹⁾ Era un artículo principalmente dedicado al análisis de una frase incluida en el Capítulo XVIII de “El Príncipe”, en la que el florentino recomendaba: “...no apartarse del bien si es posible, pero saber entrar en el mal si es necesario”, en su proyección y aplicación a la política exterior.

En ese artículo hacía, asimismo, una reseña de la bibliografía más importante sobre Maquiavelo aparecida hasta ese momento.

Pero luego de mi llegada a Francia, en setiembre de 2005, me sorprendió cómo, en virtud de la permanente actualidad del pensamiento de Maquiavelo, en su proyección en los temas de política interna e internacional, se continuaba generando aquí un inextinguible torrente bibliográfico. No puede hablarse de un renacimiento del interés por Maquiavelo, porque ese interés nunca ha desaparecido, influido siempre –en un sentido o en otro– por los distintos caracteres y elementos que la política ha presentado en los diferentes momentos del devenir histórico. Pero sí puede afirmarse la existencia permanente del interés apasionado por Maquiavelo, nacido y promovido ahora por circunstancias políticas diversas de las que existieron en el mundo que nació luego de la Segunda Guerra Mundial.

Cada generación ha leído e interpretado a Maquiavelo –dentro siempre de un abanico de criterios no coincidentes– influida y hasta cierto punto determinada por los caracteres y elementos propios de cada una de ellas.

Es obvio que Maquiavelo para el mundo del siglo XXI no puede significar lo mismo que significó en el ayer. Nuestro mundo globalizado y conflictivo, con la encontrada contraposición de una moralidad internacional cada día más importante en el discurso idealista, pero más violada en los hechos, con

invocaciones constantes a la solidaridad y a la cooperación, pero incapaz de resolver los problemas del hombre y la humanidad, pese al progreso imparable de la ciencia y de la tecnología, dominadas por la comunicación y sus nuevas y alucinantes formas, pero en la que campea el analfabetismo y la ignorancia. En una comunidad internacional universal que coexiste con nacionalismos xenófobos, violentos e injustos, discriminatorios y excluyentes que es muy distinta del mundo del siglo XV en que Maquiavelo vivió. Pero hay elementos constantes. El odio, la envidia, la violencia y la desigualdad siguen reinando, pese a que la ideología democrática se ha extendido y a que asistimos a un coro laudatorio sobre sus virtudes, que naturalmente no podía ni soñarse cuando Maquiavelo vivía.

Pero con sus diferencias y sus similitudes, entre mundos tan distintos y sin embargo tan análogos en algunos de sus elementos, Maquiavelo sigue siendo para ambos mundos un punto de referencia y una base para el pensamiento y la reflexión política.

Hay en sus análisis y puntos de vista algo de permanente e invariable que deriva de lo que es la naturaleza humana y la sociedad consiguiente. Esto es lo que explica el interés actual por el maestro florentino del siglo XV.

Para poner dos ejemplos del pasado. La influencia de Maquiavelo en Philippe De Commynes (1445-1512), el consejero y diplomático de Luis XI, puesta de manifiesto recientemente,⁽²⁾ no puede ser exactamente igual a la que tuvo sobre Talleyrand en la primera mitad del siglo XIX, recordado también en los últimos años.⁽³⁾ Ni naturalmente puede haber una identidad abundante con lo que su influencia puede ser hoy.

La diferente lectura y hasta la distinta interpretación de que una obra es objeto según el diverso momento histórico en que se realiza, es una verdad, aunque relativa y limitada, referida a todos los géneros literarios. Pero, evidentemente, es más evidente y más profunda en el caso de las obras de ciencia política y de política, como es el caso de los libros de Maquiavelo, en especial de “El Príncipe”.

Encararemos algunas expresiones recientes de este interés actual por un clásico, es decir el pensamiento de Maquiavelo, expuesto hace más de cinco siglos.

Sería este mi segundo artículo sobre el gran florentino escrito para la revista “GARIBALDI”.

Cuatro libros publicados recientemente en Francia sobre Maquiavelo han atraído especialmente mi atención. Ellos son: Gerald Sfez, *Machiavel, la politique du moindre mal*;⁽⁴⁾ Serge Audrier, *Machiavel, conflit et liberté*,⁽⁵⁾ Eugenio Garín, *Machiavel entre politique et histoire*,⁽⁶⁾ y Edouard Balladour, *Machiavel en Démocratie, mécanique du pouvoir*.⁽⁷⁾

Estos cuatro libros se han editado en Francia, pero es preciso señalar que el de Eugenio Garín es la traducción al francés de varios artículos antes publicados en italiano en la Península, entre los que se incluyen “Polibio y Maquiavelo”; Las “Historias Florentinas” y una reseña bibliográfica completísima sobre Maquiavelo hasta 1992.

Todos ellos muestran y prueban el constante interés por Maquiavelo y hasta la renovación actual de ese interés como consecuencia de los caracteres que la política, interna e internacional, presenta en nuestros críticos días.

En el libro de Eugenio Garín se incluye un ensayo sobre “Polibio y Maquiavelo”, que he encontrado del mayor interés. Destaca la influencia de Polibio en el florentino, a pesar de que no lo cita. Los desarrollos sobre la afirmación del siempre existente proceso cíclico de lo histórico y respecto “de la inmovilidad de la naturaleza humana” y “en consecuencia la uniformidad de las vicisitudes de los Estados”, que se encuentran en los dos autores, separados por más de mil años, están probablemente en el origen y constituyen una explicación parcial de la actualidad y de la atención que provoca siempre Maquiavelo.

La obra de Gerald Sfez sobre Maquiavelo y la Política del Mal Menor, es un estudio profundo y apasionante sobre el concepto del mal, su presencia permanente en la historia humana y la necesidad de tener esto presente para evitar el mal mayor, forma mínima, pero realista, para lograr el bien, aunque sea relativo y limitado. Esta idea de la relación del bien y del mal en la política, que se encuentra en el texto de “El Príncipe”, que motivó mi anterior artículo en “Garibaldi”, es fundamental para comprender a Maquiavelo como científico político y para entender que “El Príncipe” es un tratado de análisis de las realidades humanas y políticas y no un texto de moral.

El principio general de tener en cuenta en toda acción política el mal menor constituye un criterio ético referido a la conducta política, que es necesario considerar en todo análisis de “El Príncipe”.

El principio que afirma la necesidad de buscar y de tener en cuenta el mal menor, de carácter relativista, ya que es la consecuencia de considerar que el

bien absoluto no puede lograrse en su aplicación a la realidad y que, para no caer en el mal mayor, es preciso buscar el mal menor.

Pienso que este planteamiento tiene una estrecha vinculación con la idea de Max Weber de la relación entre “la ética de la convicción” y “la ética de la responsabilidad”, desarrollada en su libro “La Política como Vocación”. Estudié hace años el tema en mi ensayo “Democracia y Reconciliación”, versión escrita de la Conferencia que dicté en la Universidad de Salamanca en 1991 y que incluí en mi libro “Estudios Constitucionales”.⁽⁸⁾

Podría ser esta vinculación entre el criterio de la búsqueda del mal menor y la aplicación en la política de la ética de la responsabilidad, resultado de una cierta influencia del autor itálico del siglo XVI en el escritor alemán casi contemporáneo de nosotros. Podría ser, también, la consecuencia de unas reflexiones diferentes que condujeron, con una diferencia de cinco siglos, a una conclusión análoga. Pero de todas maneras es otro ejemplo de la actualidad, en cada momento histórico, del pensamiento maquiavélico.

Digamos ahora algo sobre los dos últimos libros publicados: el de Serge Audrier (2005) y el de Edouard Balladour (2006).

El primero es un libro apasionante y profundo que habla hasta de teorías como la de la relación entre Maquiavelo y los maquiavelistas, entre Maquiavelo y Marx, el realismo maquiavélico y el “redescubrimiento” de la política, resultado de la “vuelta a Maquiavelo”.

Pero lo esencial del libro, como el autor confiesa al comienzo mismo de la Introducción, es el examen de lo que él llama “le moment machiavélien français”, tema al que dedica toda la conclusión (págs. 265-303) y que está dirigida no sólo a exponer “la singularidad de la contribución francesa a la revaluación de Maquiavelo”, que habría abierto “una vía original a la renovación de la filosofía política, muy diferente de los recientes estudios anglosajones, sino además a mostrar la actualidad de Maquiavelo en relación con los caracteres de la sociedad y del mundo internacional de hoy, que presentan preocupantes elementos de analogía con algunas de las realidades del siglo XV.

El libro de Edouard Balladour, *Machiavel en Démocratie, Mécanique du Pouvoir*, no es propiamente un estudio sobre Maquiavelo. Es, más bien, una aguda reflexión sobre el poder, por un político conservador actual, que fue Primer Ministro de Francia.

La base de su reflexión se encuentra en esta frase:

“Le mérite de Machiavel est d'avoir mis fin à l'hypocrisie des bons sentiments. Le premier, il a décrit les méthodes du pouvoir: la lutte pour sa conquête est l'affrontement des ambitions égoïstes, rien d'autre; en revanche de la finalité du pouvoir il ne parle guère, comme si sa possession était un but en soi”.

Y cuando agrega:

“Ma réflexion porte sur les méthodes du pouvoir, pas sur ses fins. Il ne s'agit pas non plus de juger, mais de décrire en se forçant à l'indifférence”.

Partiendo de estas bases el libro que no es, repetimos, un estudio sobre Maquiavelo, sino una reflexión sobre un tema que se encuentra en Maquiavelo, supone un punto de partida determinante: la existencia de elementos permanentes en la política, pese a los cambios históricos, elementos permanentes que, en parte, son la consecuencia de la inamovilidad de los caracteres esenciales de la naturaleza humana, todo lo que lleva a la aplicabilidad del análisis maquiavélico de las realidades políticas a la situación que vivimos hoy, caracterizada, pese a la democracia y a la invocación constante de la moral, por el egoísmo, el cinismo y la hipocresía y no por la solidaridad, el altruismo y la verdad.

No hay duda de que, pese al pesimismo que resulta de estas páginas de Balladour, mucho de razón hay en sus dichos y ello ayuda a explicar la permanente actualidad de Maquiavelo.

Analizando la cuestión del valor actual del pensamiento de Maquiavelo y de las diferencias entre el pensamiento político de entonces y el de hoy, Balladour señala que hoy asistimos, como elemento actual, a una invocación constante de la moral que entonces no se hacía. Y ello sería así porque hoy, en la democracia para el pueblo, la política debe hacerse aparecer como teniendo un fin moral. Por eso termina afirmando, y con ello también finalizo yo, que:

“Pour être acceptée la politique doit sembler inspirée par des motifs nobles. Le plus souvent, ce n'est la qu'apparences. En fait, comme à l'époque de Machiavel, le cynisme règne”.

Sin embargo hay, y debe haber, algunas excepciones, como ha habido en el ayer, hay hoy y deberá haber en el mañana.

Es nuestra esperanza y la base de nuestra fe.

Notas

1. Incluido luego en mi libro “Circunstancias”, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 2005.
2. Joel Blanchard, Philippe De Commynes, Fayard, París, 2006, págs. 379, 464, 468-469.

3. Emmanuel de Waresquel, Talleyrand, le prince immobile, Fayard, París, 2003, pág. 542.
4. Collège International de Philosophie, Presses Universitaires de France, París, 1999.
5. Librairie Philosophique J. Univet, Editions de l'EHESS, París, 2005.
6. Editions Allífa, París, 2006.
7. Fayard, París, 2006.
8. Ingranussi Ltda, Montevideo, 1998, pág. 307-320.

UN GARIBALDI VENUTO DAL CIELO

Stefania Magliani

"Uomo, vergognati di commettere una bassa azione, pensando di quale immenso Universo tu sei cittadino" (1)

Il più grande monumento a Giuseppe Garibaldi può essere considerata oggi la sterminata bibliografia che lo riguarda:⁽²⁾ oltre ventimila opere, alle quali sembra impossibile poter aggiungere qualcosa di nuovo. In realtà, dopo oltre un secolo in cui gran parte dell'attenzione è stata rivolta agli aspetti celebrativi e alle imprese militari, l'occasione del centenario della morte ha portato alla luce inaspettate novità.

Partendo dalla pubblicazione di un grande numero di inediti, si è risvegliato l'interesse per il pensiero di Garibaldi; gli scritti, i discorsi e le lettere che riemergevano dagli archivi o dalla stampa coeva, cominciavano a dimostrare come il mito dell'uomo d'armi, grande combattente ma incapace di riflessione o di disegni politici fosse soltanto apparente. Alcuni storici di professione si sono quindi impegnati in una analisi più attenta, e senza preconcetti, della personalità di Garibaldi, indagandone gli aspetti più intimi e meno noti. Romano Ugolini ha scavato nel periodo più oscuro della formazione giovanile, rintracciandone l'origine nel cosmopolitismo settecentesco di matrice francese; Letterio Briguglio ha studiato i rapporti con il socialismo e con la religione; Danilo Veneruso si è soffermato sulle ipotesi di Confederazione europea e sull'arbitrato intersociale; Michele Sarfatti si è invece occupato delle componenti pacifiste. Queste fruttuose ed originali ricerche ci hanno presentato un Garibaldi completamente nuovo, con un suo autonomo pensiero in campo sociale e politico, costruito sulla base di numerose ed approfondite letture, su contatti diretti o epistolari con i maggiori intellettuali europei, oltre che sulla diretta conoscenza della vita dei popoli di tutto il mondo. Il lavoro però è ancora lungo, e la lettura degli scritti garibaldini secondo questa nuova ottica riserva continue sorprese. Si tratta anche di un compito piuttosto arduo, in

quanto Garibaldi non ha mai organizzato il suo pensiero in scritti organici e compiuti, ma piuttosto ci offre continue riflessioni, che diventano sempre più definite con il passare degli anni, ma che occorre faticosamente ricercare tra migliaia di pagine.

Un aspetto completamente nuovo, che merita di essere indagato, è quello della sua concezione dell'universo. Si tratta di una riflessione che nasce da un rapporto molto concreto con il cielo, mappa dei navigatori, che passa dalla nostalgia per i luoghi del ricordo, molto spesso identificati con i panorami celesti. Una concezione che poi si sostanzia con le conoscenze scientifiche e con la profonda amicizia con Quirico Filopanti, ma che poi viene elevata nella rappresentazione di un cosmo in cui ogni creatura è un atomo nell'armonia determinata dal regolatore dei mondi. Tale visione diventa poi "il libro del vero" dove ogni uomo può cogliere l'origine, il meccanismo e il fine della sua esistenza; dove, dall'ordine dei corpi celesti, può trarre un modello di ordine sociale.

In questo Universo, credo siano in pochi a saperlo, vive anche il mito del Nizzardo, in due asteroidi, che in diversi periodi, due astronomi, probabilmente senza minimamente conoscere il suo profondo rapporto con l'infinito, hanno voluto intitolare a "Caprera" e a "Garibaldi".

Il nostro intento è quello di cercare di definire questo rapporto attraverso alcuni spunti che spero possano contribuire a definire in maniera sempre più completa la "interiorità" di questo grande eroe, che molti contemporanei hanno compreso certamente più di noi.

"Il mio infimo corpo è animato siccome sono animati i milioni d'esseri che vivono sulla terra, nelle acque e nello spazio infinito non eccettuando gli astri, che possono essere animati pure".⁽³⁾

"Non bastami la mia scintilla animatrice, per costituirmi parte dell'anima dell'Universo, parte dell'Infinito? ... Ignorati da mille passate generazioni, miriadi di mondi rotavano nello spazio e l'occhio scintillante di Galileo li scopriva e li svelava all'uomo meravigliato. ... Comunque sia, l'anima mia è un atomo dell'anima dell'Universo e questa credenza mi nobilita, m'innalza al di sopra del miserabile materialismo, m'infonde rispetto per gli altri atomi emanazione di Dio e mi spinge a meritare il plauso delle moltitudini che mi somigliano e che coll'esempio, più che colla dottrina, devono fare bene perché appartengono per essenza all'Eterno Benefattore".⁽⁴⁾

Il rapporto di Garibaldi con il cielo era molto particolare e non va sottovalutato nella definizione del suo pensiero e della sua personalità. Pochi credo abbiano accennato a questo aspetto ma, rileggendo le migliaia di pagine che ci ha lasciato, scopriamo che l'universo fu la sua autentica dimensione, l'eternità da cui proveniva, a cui aspirava e che dava un senso al suo essere. Allo spazio infinito si rivolgeva nei momenti di tristezza e di solitudine, e da quello stesso spazio traeva la sua forza.

Garibaldi soldato e marinaio dovette certo nella sua vita rivolgere più spesso lo sguardo al cielo che alla terra, e molto spesso è ad esso che si legano i ricordi di imprese lontane.

Nel tornare col pensiero all'isola di Maricò rivedeva il cielo che "era sereno, purissima l'atmosfera e l'occhio, prima del levar del sole, poteva scoprire ad immensa distanza il magnifico orizzonte indorato e variopinto dal pennello di Dio".⁽⁵⁾ Compagno di rotta e di solitudine dovette averne anche profonde conoscenze scientifiche. Fu grande ammiratore di Galilei, di Copernico, di Keplero, di Newton, tanto da considerarli "i soli uomini che possono pretendere al titolo di Ministri di Dio".⁽⁶⁾ Di questi grandi astronomi aveva studiato le teorie, e molto spesso li richiamava nei suoi discorsi. A Galilei dedica uno degli scritti della maturità dal titolo *Il dolore*. L'ispirazione gli venne durante un soggiorno a Pisa, di fronte alla torre pendente. Come ripeteva spesso, nelle memorie, nei romanzi, nei discorsi, la sua attenzione era principalmente rivolta alla sofferenza umana: il suo nemico, in ogni parte del mondo è stato sempre il "tiranno", nel senso più ampio del termine: colui che infligge dolore agli uomini, agli animali, alle piante, agli oppressi e ai più deboli, servendosi del più bieco degli strumenti: la paura. Quella paura di cui aveva tanto parlato già Vittorio Alfieri nel suo trattato *Della Tirannide*; un autore che, attraverso numerosi riferimenti, Garibaldi dimostra di conoscere molto bene. Nel parlare di Galileo, scrive: "chiunque nato in Italia deve inchinarsi davanti a questo gigante dell'intelligenza italiana che dico? Dell'umana intelligenza".⁽⁷⁾ Racconta l'esperimento che portò alla elaborazione della legge dei gravi, e ricorda la superba scoperta del telescopio: "che pose al contatto dell'occhio umano quelle miriadi di Mondi ignoti sino allora e che tanto immensamente servì al progresso della scienza!".⁽⁸⁾ Ma tanta grandezza fu oscurata e umiliata da quello che Garibaldi ritiene il peggior nemico del progresso e della conoscenza: il prete. "Egli! Il grandissimo tra i grandi aveva illuminato il mondo e dovette alle roventi punte che il prete gli conficcava nelle carni sconfessare quelle verità

eterne!”.⁽⁹⁾ Quel cielo che tanto amava, che, pur nel suo presunto ateismo, considerava la dimora di Dio, mentre veniva progressivamente svelato dal genio della scienza, era occultato da quanti si proclamavano i ministri di quello stesso Dio che l’aveva creato: “Il Regolatore dei Mondi, sì, quell’intelligenza infinita, la cui esistenza, gettando lo sguardo nello spazio e contemplando la stupenda armonia che regge i corpi celesti ivi disseminati chiunque deve confessare”.⁽¹⁰⁾ Galileo aveva osato “gettarvi lo sguardo” addirittura con un cannocchiale, e per questo dovette “sconfessare” quanto vi aveva visto; lui, che in questo modo si era così mirabilmente avvicinato al suo creatore. Chiude il suo breve scritto con un intenso sfogo sul tempo presente, dove ancora la paura domina l’intelligenza, l’unica che poteva portare gli uomini alla verità e quindi all’emancipazione.

Garibaldi ebbe anche un grande amico in Quirico Filopanti, scienziato e astronomo, autore di un trattato su *L’Universo*; di lui scrive nelle *Memorie*: “Filopanti il grande astronomo, l’temerato deputato alla Costituente Romana, l’ho veduto io col suo moschetto, combattendo alla difesa di Roma. Italia può ben andar superba d’aver generato tali grandi!”.⁽¹¹⁾ Un filo ininterrotto, che meriterebbe di essere indagato, lega le vite di questi due uomini: insieme alla difesa di Roma nel 1849; contemporaneamente esuli a New York nel 1850, per scontare oltre oceano il prezzo di un ideale condiviso; ancora uniti nella pagina più oscura del cammino verso Roma, nel 1867; di nuovo accomunati nell’ultimo grande progetto garibaldino per la deviazione del Tevere. E sempre all’unisono nel costruire quella religione del vero che doveva unire l’umanità al suo creatore, senza intermediari, sorretta dalla ragione e dalla scienza, attraverso il cammino che Galileo aveva iniziato a svelare con il suo cannocchiale e che continuava proteso: “All’anima infinita dell’Universo, all’incognita cui probabilmente giungerà giammai il telescopio intellettuale dell’uomo”.⁽¹²⁾ Protesi sempre verso lo stesso ideale, ad entrambi può essere attribuito quell’appellativo di “cavaliere dell’umanità” che il prof. Giuseppe Barilli volle richiamare anche nel suo pseudonimo.

Filopanti non potè non condividere la sua maggiore opera con l’amico; la sua innata modestia lo portò ad intitolare il ponderoso lavoro *L’Universo. Lezioni popolari di filosofia enciclopedica e particolarmente di astronomia*. Lo pubblicò a Bologna, per i tipi di Giacomo Monti, in dieci fascicoli, raccolti in tre volumi, per oltre duemila pagine, tra il 1871 e il 1873. Garibaldi fin dal primo fascicolo vi riconobbe la potenza del pensiero, che andava ben al di là di

un'opera di divulgazione, e in una lettera da Caprera del 15 dicembre 1871, lo salutava quale "professore dell'infinito".⁽¹³⁾ Ancora il 23 settembre 1873, da Caprera, tornava a ringraziarlo per altre pagine de *L'Universo*, per la tavola raffigurante il Sistema solare che sperava durasse "eterna come l'amicizia mia per voi"; ma soprattutto per quello che riteneva un dono speciale, incluso nel III volume dell'opera: "Il Planisfero mi giunge carissimo e mi ricorda i bei giorni quando vagando sull'Oceano nelle notti serene, io cercava nell'infinito, Sirio, Arturo etc. per le mie povere nautiche osservazioni".⁽¹⁴⁾

L'opera scientifica di Filopanti, seppure disseminata di felicissime intuizioni, non ebbe grande eco; considerato prevalentemente un divulgatore, non ebbe fortuna tra i contemporanei e ancora oggi aspetta un giusto riconoscimento. Va dato merito ad Alberto Preti di aver recentemente riunito un gruppo di studiosi che hanno indagato numerosi aspetti della poliedrica attività del personaggio⁽¹⁵⁾ e che ci auguriamo possano essere la premessa ad un più organico e complessivo profilo. Un profilo che potrebbe già essere riassunto in alcune espressioni di Garibaldi, riportate in una lettera del 18 dicembre 1871, ad Enrico Bignami, direttore del giornale *La Plebe*: "Codesto colosso della ragione e della scienza, lavora oggi ad un'opera di istruzione popolare, che conviene propagare universalmente. Il suo *Universo* sarà un immortale monumento di gloria per l'Italia, e deve essere il manuale di chiunque aspira all'emancipazione delle intelligenze. Non pago di tanto, l'illustre e modesto filosofo, parla alle moltitudini, scuote i vergognosi pregiudizi di cui sono imbevute, e vi sostituisce le nozioni del Vero e dell'Infinito".⁽¹⁶⁾ Garibaldi poteva ricordare il Filopanti battersi con il fucile sugli spalti di Roma o sul campo di Monterotondo e poteva immaginarlo sulla piazza d'armi di Bologna tenere lezioni di astronomia ad una moltitudine di popolo che seguiva con lo sguardo in alto verso la volta celeste.⁽¹⁷⁾ Era l'esempio di una personalità completa che riusciva ad esprimere se stesso e i suoi ideali sia combattendo che educando; tutte le forme del suo agire tendevano ad uno stesso fine. Un modo di essere molto simile a quello di Garibaldi, un'altra personalità così ricca e complessa, difficile da riassumere. Da questo credo che nascano i limiti ancora oggi presenti nella storiografia garibaldina: ricostruzioni parziali, che a volte appaiono anche in contraddizione tra loro. Se non si riesce a superare questo limite potrebbero passare ancora molti anni prima di comprendere interamente l'uomo, il suo messaggio, l'origine del suo mito. Pochi uomini, come il Nostro, sono riusciti a comprendere a pieno il presente, a coglierlo come momento imprescindibile di una realtà più

vasta, senza confini, né nel difendere, né nell'edificare ciò in cui si crede. Questa realtà più vasta, per Garibaldi come per Filopanti, era l'universo, era il vero, era Dio, che erano poi la stessa cosa: quell'entità il cui centro è dappertutto e la circonferenza in ogni luogo.⁽¹⁸⁾

Il 29 maggio 1882 Garibaldi, a quattro giorni dalla morte, poteva ancora scrivere al Direttore dell'Osservatorio astronomico di Palermo, per chiedere notizie sul passaggio di una cometa⁽¹⁹⁾ e per conoscerne il giorno di maggior visibilità: tra i pensieri di quei giorni, tutti di morte, l'ultima fiamma di vitalità andava all'universo, all'eternità. La notizia attirò anche l'attenzione del Comandini che nella sua vasta opera *L'Italia nei Cento Anni del Secolo XIX (1801-1900) giorno per giorno illustrata*,⁽²⁰⁾ la riportò accanto a quella della lettera di Francesca Armosino a Menotti per informarlo dell'aggravarsi delle condizioni del padre.

Come già accennato in apertura, la sterminata bibliografia, che conta ormai oltre 20.000 titoli, non ha ancora reso pienamente ragione al mito di Garibaldi, per la difficoltà di superare una tradizionale impostazione storiografica; per studi dedicati, nella maggior parte dei casi, a singoli episodi della vita dell'eroe, per il timore di sfidare posizioni consolidate, per la scarsa attenzione ad alcuni particolari che possono invece avere grande significato. Se mi si permette un bisticcio di parole, stupisce lo stupore, anche tra gli addetti ai lavori, quando si richiamano certi episodi o certe manifestazioni che appartengono intimamente alla "storia" dell'eroe e che sono ancora praticamente sconosciuti. Un caso tra tutti può essere proprio quello dell'intitolazione degli asteroidi. Pochi sanno che al Nostro è stato intitolato un corpo celeste. Certo si potrebbe dire che è un fatto prevedibile, si tratta di un settore molto particolare, di una notizia che deve aver avuto una scarsissima divulgazione. Ma alcune riflessioni si impongono, come esempio per rimarcare la scarsa comprensione che ancora si ha della reale portata del personaggio.

In un lavoro apparso nel 2003 su *Garibaldi e i garibaldini nella conca ternana*,⁽²¹⁾ è contenuto un breve contributo di Giovanna Piermarini dal titolo *L'asteroide Garibaldi*. L'autrice, appartenente ad un gruppo di astrofili, che lavora presso un piccolo osservatorio astronomico, riferisce con grande sincerità che, in occasione del Convegno promosso per celebrare i 120 anni dalla morte dell'eroe, avevano pensato di intitolare a Garibaldi uno dei piccoli corpi celesti scoperti presso lo stesso osservatorio: "invece esiste già un asteroide dedicato a Garibaldi".⁽²²⁾ Ciò che va sottolineato è che, pur nella lodevole intenzione, si

dava praticamente per scontato che nessuno poteva aver pensato prima ad una simile iniziativa. È vero comunque che lo stupore al quale prima ci riferivamo riguarda anche l'esistenza di un Garibaldi's fish, o della squadra di calcio dei Garibaldi reds, che altro non è che il vero nome del Nottingham Forest, così come tante altre manifestazioni di affetto e di riconoscenza espresse nei modi più disparati nelle più diverse parti del mondo.

Ma veniamo ora a cercare di capire come nasce l'intitolazione dell'asteroide, che determina un non minore stupore. La vicenda ha origine presso l'osservatorio di Klet, fondato nel 1957, nel sud della Boemia all'interno della Repubblica Ceca. L'osservatorio è situato a ridosso della sommità del monte Klet, nelle vicinanze della città di Ceske Budejovice, ed ha un'altezza di 1.070 metri. Nella zona ci sono ben 150 notti l'anno tanto limpide da consentire una ottimale visione astronomica. Tra il 1975 e il 1995, presso l'osservatorio ha lavorato Zdenka Vavrova. La studiosa, nata a Liban, nella Repubblica Ceca, nel 1945, è giunta a Klet come assistente e si è dedicata nel tempo alla ricerca dei pianeti minori, scoprendone in un ventennio alcune centinaia. A lei si deve, nella notte del 19 febbraio 1980, la scoperta di un asteroide, del diametro di circa 50 chilometri, con un periodo orbitale intorno al sole di 7.99 anni, Il piccolo pianeta n. 4317 –Garibaldi– 1980 DA1, ebbe ufficialmente la sua intitolazione con la seguente motivazione: "Named in memory of Giuseppe Garibaldi (1807-1882), fighter for human rights and hero of many battles".

Jana Ticha, attuale direttrice dell'osservatorio di Klet, alla quale debbo le notizie appena riportate, non ha potuto darmi informazioni più precise sul motivo per cui la Vavrova aveva scelto proprio il nome di Garibaldi. Certo ho colto un vivo interesse nel poter collaborare ad una ricerca che riguardava l'eroe, segno tangibile di quanto ancora oggi sia vivo il suo mito nell'Europa orientale. Mi ha gentilmente fornito anche una foto dell'asteroide, datata 19 ottobre 1994, che lei stessa ha realizzato insieme a Milos Tichy.

Da quanto ho potuto capire, la diffusa tradizione garibaldina e l'avvicinarsi del centenario della morte, hanno portato la Vavrova a dare quello che le poteva sembrare un piccolo tributo al mito, senza immaginare che stava dando a Garibaldi il più grande riconoscimento che poteva attendersi dal futuro. Era stata una idea del Filopanti, quella di dare agli astri "nomi pel popolo". La volta celeste sarebbe stata intitolata agli uomini illustri che "maggiormente meritaron di esserlo per servigi di primo ordine resi all'Umanità, alla Patria, alle Scienze, alle Lettere ed alle Arti"; un vincolo "fra l'astronomia e la

storia”.⁽²³⁾ La sua proposta non fu comunque accolta dalla comunità scientifica; certo dovette essere considerata come una delle sue tante idee “popolari”, e come tale sdegnata. Di tanta idea Ottavio Zanotti Bianco ebbe a scrivere che “passò assolutamente ignorata, sorte che ben s’addice alle innovazioni completamente inutili non solo, ma svantaggiose”.⁽²⁴⁾ Ma Garibaldi dovette sicuramente condividere anche questo pensiero dell’amico che gli aveva svelato i misteri dell’universo, da cui tutto aveva avuto origine e a cui tutto sarebbe tornato, più o meno simbolicamente. E se il cielo non è diventato il Pantheon degli uomini illustri attraverso i suoi astri maggiori, questo compito è stato almeno assolto dalla fascia degli asteroidi, dove non mancano intitolazioni di grande rilevanza a partire dalla mitologia e dall’antichità classica.

In questo disegno astrale anche la “casa” di Garibaldi ha avuto il suo posto nel firmamento, e ancora una volta credo inconsapevolmente da parte di chi gli ha reso tanto servizio.

Non è qui il caso di ripetere come, dopo la cessione di Nizza alla Francia, Garibaldi si sentisse orfano della sua dimora natale. Credo altrettanto inutile sottolineare come, d’altra parte, la sua casa si trovasse ovunque ci fosse bisogno di lui. Ma certo se la propria casa è quella dove si fa “ritorno”, la sua dovette essere Caprera. L’isola amena ed agreste, ma anche la centrale operativa dove si riannodavano i fili del suo cammino e delle sue speranze, dove nascevano nuove idee e dove altre si consolidavano, dove arrivavano gli amici di una vita, dove la posta da e per tutto il mondo, faceva viaggiare ideali e imprese.

Il 12 novembre 1901, a Heidelberg, in Germania, il giovane astronomo triestino, Luigi Carnera, scopriva un asteroide, di oltre 70 chilometri di diametro, che prese il nome di Caprera, e fu poi classificato con il numero 479. Quasi fosse una profezia, il 9 marzo del 1869, Garibaldi scrive a Filopanti da Caprera: “All’amicizia vostra io devo di vedere la mia casa nel cielo. Maggior onore non potevo aspettarmi. Grazie!”.⁽²⁵⁾ Si tratta della riproduzione della costellazione del Sagittario, inclusa nel planisfero già ricordato, che assume la forma di una casetta, i cui angoli sono segnati dalle singole stelle a cui Filopanti attribuisce i nomi di Garibaldi, Mazzini, Danton, Cromwell, Cincinnato, Cavour e Riego. Un ringraziamento che oggi potrebbe andare parimenti a quel giovane astronomo che con il suo gesto, forse inconsapevolmente ma non meno meritatamente, ha dato ragione ai due viaggiatori dell’infinito.

Luigi Carnera era nato a Trieste il 14 aprile del 1875, nel 1901 era a Heidelberg, dove poté lavorare come assistente del noto astronomo Maximilian

Franz Joseph Cornelius Wolf, che proprio a Heidelberg fondò l'osservatorio astronomico di Königstuhl. Tra il 1901 e il 1902 Carnera scoprì ben 16 pianeti minori, alcuni dei quali insieme al suo maestro. Il suo attaccamento alla storia italiana è evidente anche nella scelta di altri nomi per i "suoi" asteroidi: l'11 luglio 1901 scoprì un pianetino di circa 47 chilometri di diametro che prese il nome di Roma (n. 472); il 23 agosto 1901, scoprì l'asteroide (n. 477), di circa 22 chilometri di diametro, che ebbe il nome Italia; ancora il 9 luglio 1902, un altro piccolo corpo celeste del diametro di circa 63 chilometri, fu intitolato a Venezia (n. 487). Il più caro fu probabilmente l'asteroide, di circa 78 chilometri di diametro, che scoprì il 21 settembre 1901, e che fu chiamato Tergeste (n. 478), l'antico nome romano della sua città natale.

Le poche biografie che riguardano Luigi Carnera si soffermano tutte, più o meno ampiamente, sulla sua intensa attività di astronomo. Nulla si evince sulle sue posizioni politiche, sul suo pensiero e sulla sua personalità. Un breve ritratto è fornito dallo Zagar, che scrive: "Cortese, comprensivo e prodigo di affettuosi incoraggiamenti e riconoscimenti a chi li meritava, poteva essere severo con chi mancava di serietà e severissimo con chi falsava la verità, sostenendo anche scontri impetuosi quando era convinto di battersi per una giusta causa".⁽²⁶⁾ Anche l'autobiografia fornisce poche indicazioni sull'uomo; emerge prevalentemente l'entusiasmo verso i suoi studi e i suoi maestri. Sui Paesi nei quali ha lavorato riporta soltanto osservazioni di ambito scientifico; le uniche espressioni significative sono: lasciare la "patria", tornare in "patria". C'è però un passo che può farci comprendere la levatura dell'uomo; il brano si riferisce alla sua esperienza in Argentina, ma ha evidentemente un significato più ampio. Criticava il fatto che facilmente si potevano costruire edifici per la ricerca e riempirli di sofisticati strumenti: "ben altra cosa è fare una Università, che funzioni come centro didattico e propulsore di ricerche ... Ci vuole tempo e uomini che possiedano idee ed iniziative, e pur anche la virtù, più rara, di saper attrarre a loro i giovani, infondendo nel loro animo l'entusiasmo per lo studio e la ricerca, avvezzandoli a non correre alla ricerca del guadagno, ed a ripudiare ciò che è gonfiatura, autoreclame ecc.". ⁽²⁷⁾ Parole che ci riconducono idealmente al pensiero che fu di Filopanti e, per altri versi, anche di Garibaldi che possedeva, forse più di chiunque altro, l'abilità e la virtù di attrarre a sé i giovani. Un personaggio, Luigi Carnera, che dovrebbe essere indagato in questo suo rapporto con la patria, con Trieste, con la scienza quale fonte di emancipazione: i suoi pianetini "storici" non possono soltanto rimanere una felice coincidenza.

Se il primo tributo “celeste” era giunto a Garibaldi dalla Germania e il secondo dalla Repubblica Ceca, non sembra un caso che il primo a darglielo fosse un triestino, un erede di quei giovani ai quali egli si rivolgeva per esortarli alla lotta per la liberazione, in un momento in cui “per una fatalità che pesa ancora sull’umana famiglia, è inutile sperar giustizia, se non che dall’anima d’una carabina”. Un erede di quella generazione a cui l’eroe affidava “il compimento della nazionalità italiana”, promettendo “Noi saremo con voi col cuore anche dopo l’ultimo sospiro”.⁽²⁸⁾ Un figlio di quella “giovane Trieste” alla quale si rivolgeva il 15 ottobre 1875 con le parole “Se oggi sento d’esser vecchio è per esser poco valevole alla causa santa di Trieste e di Trento: comunque sarò superbo di potervi dare gli ultimi giorni della mia vita”.⁽²⁹⁾ E chissà se Luigi Carnera gli avrà rivolto un pensiero quando entrò nell’Osservatorio di Trieste in quel 1919 in cui l’aspirazione di più di una generazione diventava, per la prima volta, realtà, in nome di quella “santa causa” che doveva irrevocabilmente portare al “trionfo dei popoli”,⁽³⁰⁾ o se avrà percepito “l’augurio sincero di potervi salutare presto, riuniti alla patria”.⁽³¹⁾ Parole che ancora oggi potrebbero essere ricordate e che acquistano grande significato in questo 2004 –mentre scrivo– in cui ricorre il cinquantesimo anniversario del definitivo ritorno di Trieste all’Italia.

Garibaldi e la sua Caprera vivono oggi in due “sassi” che orbitano intorno al sole, quale “ristoro a’ dí perduti”, ma forse anche qualcosa di più. Lo spazio infinito, popolato di infiniti mondi, rappresentava il segno tangibile di una armonia possibile. I pianeti, le stelle, erano “sì geometricamente collocati nella loro eternità di moti che nessuno dei luminari celesti è in pericolo di disturbare l’universale armonia ed incontrarsi con altro degli eterni viaggiatori”.⁽³²⁾ Ma sotto quella volta celeste “scorgansi, dico, disordini, mostruosità tali, confusione tale, da fare dubitare qualche volta dell’esistenza del Reggitore del tutto”.⁽³³⁾

L’uomo era parte di quell’universo, una molecola di quell’infinito; prenderne consapevolezza avrebbe consentito di ricostruire anche sulla terra quella comunione di intenti che poteva legare tutte le creature e farne un solo corpo. A ciò si opponeva il prete, che prometteva un falso cielo in cambio del patimento sulla terra, il tiranno che soggiogava i sudditi con la paura, e chiunque sfruttasse i più deboli per un interesse personale: quelli che il Nostro chiama i perturbatori del Mondo. Garibaldi ha combattuto tutta la vita contro tali perturbatori, in qualunque modo fossero travestiti, per ricondurre anche il piccolo atomo Terra all’armonia dell’Universo. Questa aspirazione ha ispirato ogni sua azione e ogni sua parola, e non può non

tenersene conto nel tentativo, auspicabile, di attribuirgli un pensiero organico e originale. Che piaccia o meno ammetterlo, sia quando auspica l'organizzazione del Tiro a segno per preparare i giovani alla difesa della patria, sia quando disegna un arbitrato intersociale per dirimere pacificamente le controversie internazionali, siamo di fronte ad un unico, coerente disegno.

Nel tracciare un bilancio della sua vita, Garibaldi scrive “La vita è seminata di miserie, di disillusioni, di disinganni e di amarezze, ed io ne provai la mia parte ma ho provato tali emozioni nella mia vita, tali soddisfazioni, tale lussuria di affetti, d'amicizia, d'amore, che devo veramente, immensamente ringraziare la Provvidenza d'avermi cotanto beneficato”⁽³⁴⁾. Le contraddizioni e le alternanze dei sentimenti possono quindi ricomporsi in quella tensione verso l'universo che è libro di storia, di scienza, di filosofia, che racchiude in sé il libro della Vita, o meglio del Vero.

Nel “meraviglioso, immenso, illimitato spettacolo della stupenda, infinita grandezza dell'Universo” due piccole fiammelle ricordano l'eroe dei due Mondi, e se ormai è ben noto il Garibaldi “venuto dal mare”, possiamo oggi indicare un nuovo Garibaldi “venuto dal cielo” che merita di essere conosciuto.

Notas

1. QUIRICO FIOPANTI, *L'Universo. Lezioni popolari di filosofia encyclopedica e particolarmente di astronomia*, vol. I, Bologna, Stabilimento Tipografico di Giacomo Monti, 1871, p. 25; la frase è riportata a conclusione del proemio, presentata con le seguenti parole: “Ove non possiate ritrarne altro frutto [dall'avvicinarsi ai misteri dell'universo], cavatene almen quello, e non sarebbe poco, che vi è suggerito dalla sublime sentenza di Marco Aurelio”.
2. Sulla bibliografia garibaldina si veda ANTHONY P. CAMPANELLA, *Giuseppe Garibaldi e la tradizione garibaldina. Una bibliografia dal 1807 al 1970*, 2 voll., Grand Saconnex, Ginevra, Comitato dell'Istituto Internazionale di Studi Garibaldini, 1971; STEFANIA MAGLIANI, *Garibaldi e la tradizione garibaldina. Bibliografia 1969-2002*, in Studi Garibaldini, quaderno n. 3/4, ottobre 2003, pp. 7-127.
3. *La Religione del Vero*, in *Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi. Scritti e discorsi politici e militari*, Vol. III (1868-1882), Bologna, Cappelli editore, 1937, p. 349.
4. *L'anima*, in *ivi*, pp. 377-378.
5. *La paura governa il mondo*, in *ivi*, p. 390.
6. *Il dolore*, in *ivi*, p. 388.
7. *Ivi*, p. 387.
8. *Ivi*, p. 388.
9. *Ivi*, p. 389.
10. *La Religione del Vero* cit., p. 349.
11. *Le memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872*, a cura della Reale Commissione, in *Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi*, Vol. II, Bologna, Cappelli editore, 1932, p. 387.

12. Lettera di Garibaldi a Filopanti da Caprera, del 30 aprile 1874, in FULVIO CANTONI, *Lettere inedite di Garibaldi e di illustri patrioti a Filopanti. Aggiuntevi alcune lettere inedite di questi dall'esilio*, Bologna, Stabilimenti Poligrafici Riuniti, 1929, p. 17.
13. In *ivi*, p. 10.
14. *Ivi*, p. 15.
15. *Un democratico del Risorgimento: Quirico Filopanti*, a cura di Alberto Preti, Bologna, Il Mulino, 1997.
16. F. CANTONI, *op. cit.*, p. 10.
17. Si veda in proposito GIANLUIGI PARMEGGIANI, *Filopanti "astronomo"*, in *Un democratico del Risorgimento* cit, pp. 157-186, in particolare p. 177. Nel saggio non sono presenti riferimenti ai rapporti con Garibaldi sull'argomento.
18. Cfr. *ivi*, p. 183.
19. Si riferisce probabilmente alla cometa di Wells, scoperta il 17 marzo. La cometa più nota apparsa in quell'anno fu osservata nel settembre successivo.
20. Milano, Vallardi, 1918-1929, vol. V, p. 977.
21. Atti del Convegno, Terni, Palazzo Gazzoli, 14 dicembre 2002, Terni, Edizioni Thyrus.
22. *Ivi*, p. 66.
23. GIANLUIGI PARMEGGIANI, *Filopanti "astronomo"*, in *Un democratico del Risorgimento* cit, pp. 180-181.
24. *Ivi*, p. 81.
25. F. CANTONI, *op. cit.*, p. 10.
26. FRANCESCO ZAGAR, *Celebrazione del I Centenario della nascita di Luigi Carnera, Celebrazioni Lincee*, 89, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1975, p. 13.
27. LUIGI CARNERA, *Ricordi d'un astronomo quasi ottuagenario (continuazione e fine: vedi "Coelum" 1953 maggio-giugno)*, in *Coelum*, vol. XXI, 1953, luglio-agosto, p. 111. Le prime due parti della biografia erano state pubblicate nella stessa rivista, vol. XIX, 1951, gennaio-febbraio e vol. XXI, 1953, maggio-giugno. Ancora in *Coelum*, vol. XXX, 1962, pp. 152-153 è apparso il necrologio. Una breve biografia è contenuta anche in GIORGIA FODERA SERIO-DONATELLA RANDAZZO, *Astronomi italiani dall'Unità d'Italia ai nostri giorni: un primo elenco*, Firenze, Società Astronomica Italiana Editore, 1997; il lavoro mi è stato segnalato e gentilmente inviato dalla dott. Randazzo dell'Osservatorio Astronomico di Palermo. A Luigi Carnera è dedicata, inoltre, una voce nel *Dizionario Biografico degli Italiani* scritta da Antonio Garibaldi Genova. Anche questo potrebbe sembrare non casuale, ma va rilevato che non un cenno viene fatto ai suoi pensieri politici e tanto meno all'asteroide Caprera.
28. *Agli studenti di Trieste, Istria, Trento, Gradisca e Gorizia*, in *Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi. Scritti e discorsi politici e militari*, Vol. III (1868-1882), Bologna, Cappelli editore, 1937, pp. 272-273.
29. *Alla giovane Trieste*, in *ivi*, p. 277.
30. Si veda *Agli esuli Triestini ed Istriani*, Albano, 29 luglio 1879, in *ivi*, p. 294.
31. *Ai Triestini*, Genova, 8 ottobre 1880, in *ivi*, p. 307.
32. *Il trasporto*, in *ivi*, p. 375.
33. *Ibidem*.
34. *Ivi*, p. 374.



LA CAMPAGNA DEI VOSGI DI GARIBALDI E L'OPINIONE PUBBLICA FRANCESE

Giampaolo Colella

Due giorni dopo la sconfitta di Sedan, che segnava la caduta di Napoleone III, Parigi insorgeva e il 4 settembre era proclamata la Repubblica. Il 28 gennaio 1871, con la firma dell’armistizio, aveva fine la guerra Franco-Prussiana e l’8 febbraio si effettuavano le elezioni per eleggere la nuova Assemblea Nazionale repubblicana che avrebbe avuto sede a Bordeaux ove, già dal 20 dicembre, risiedeva il Governo. La composizione della nuova Assemblea non differiva molto da quella che aveva caldeggiai ed esaltato la guerra anche perché, quando si producono dei fatti straordinari, in particolare degli stravolgimenti istituzionali, molti professionisti della politica, colpiti dal virus del trasformismo, vestono sovente i panni di Arlecchino e per questo motivo è assai difficile dare loro una giusta collocazione politica. Gli studiosi comunque, concordano nel dire che, grosso modo, due terzi dei seggi erano stati conquistati dalla destra la cui maggioranza era monarchica, e un terzo dalla sinistra con una maggioranza repubblicana.¹

Garibaldi venne eletto in ben quattro dipartimenti: a Parigi con 191.600 voti (secondo dati del *Journal Officiel*), quarto fra tutti i candidati e solo dietro Louis Blanc, Victor Hugo e Léon Gambetta. Non stupisce che Garibaldi sia stato eletto a Nizza, ove era nato e neppure nella Côte d’Or, cioè nei Vosgi, dove aveva combattuto. Può sorprendere invece che il generale italiano sia stato eletto anche ad Orano in Algeria, ma il fatto non è poi così strano se si tiene conto che dell’Armata dei Vosgi, nella quale confluirono, come vedremo in seguito, combattenti d’ogni nazionalità ed estrazione sociale, facevano parte almeno quattro raggruppamenti di truppe algerine.

Il 13 febbraio Garibaldi, vestito della camicia rossa e del tradizionale *poncho*, si recava a Bordeaux e si presentava, in compagnia di Victor Hugo, nella platea del Grand Théâtre divenuto sede dell'Assemblea Nazionale. Il giorno prima aveva fatto pervenire all'Assemblea la seguente comunicazione: "Come ultimo dovere verso la Repubblica, sono venuto a Bordeaux, ove siedono i rappresentanti del Paese, ma rinunzio alla nomina di cui sono stato onorato". Egli dunque intendeva far solo atto di presenza per perorare la causa degli orfani, delle vedove e dei mutilati della campagna da lui diretta contro l'invasore.

I delegati repubblicani lo applaudirono, ma il presidente Benoît d'Azy, gli negò la parola perché, asserì, avendo rassegnato le proprie dimissioni, non aveva più il diritto di parlare. Sembrò un segnale ai deputati della destra per iniziare un vocare scomposto contro Garibaldi alle grida di "giù il cappello", alludendo alla sua papalina, "vada a Charenton" (sede di un manicomio), "che faccia silenzio", "non abbiamo bisogno di italiani". Dai banchi della sinistra inutilmente si gridava: "lasciatelo parlare", "parlate, parlate!".

Garibaldi, parve sorpreso, tentò di reagire e gridò: "In vita mia mi è accaduto di combattere tanto contro i francesi quanto al loro fianco, ma sempre per la causa della giustizia". L'allusione alla sua difesa di Roma, e agli altri tentativi per conquistarla, alle sue lotte contro il Papa, fece infuriare vieppiù la destra clericale che rinnovò grida e impropri mentre i repubblicani tentavano di replicare: "vigliacchi, è Garibaldi che parla! Avete paura di udire la verità?". Il giornalista marsigliese Gaston Cremieux urlò: "Maggioranza agraria, lascia parlare Garibaldi".² Invano; il tumulto non cessava e Garibaldi, con estrema dignità, si alzò e a passo lento abbandonò l'aula vocante.³

L'8 marzo l'Assemblea riprese le sedute: nell'ordine del giorno, figurava, tra l'altro, anche la discussione sull'annullamento dell'elezione di Garibaldi ad Orano per trattarsi di un rappresentante che non possedeva la cittadinanza francese (viene da pensare che se ne fossero accorti un po' tardi). Le cronache della sessione, quella che si legge negli atti dell'Assemblea, sulla stampa nonché in diversi autori, tra cui lo stesso Victor Hugo ed Emile Zola, all'epoca trentenne redattore del giornale *"La République en Marche"*, differiscono alquanto su diversi particolari che tuttavia non modificano il clima nel quale si svolse la seduta. Riporto pertanto, anche per brevità, solo i passi uniformemente riscontrati in tutte le versioni.

Appena aperto il dibattito riprese la gazzarra: Victor Hugo chiese la parola per difendere Garibaldi, ma fin dalle prime frasi venne zittito. Il Visconte di



La bataille fait rage sous les murs de Dijon le 30 octobre 1870.

Imagen de la batalla de Dijón, publicada en un diario francés en el año 2000, cuando se celebraron los 130 años de ese hecho

Lorgeril lo ridicolizzò: "Il signor Hugo non parla francese!". Ma l'autore de *I Miserabili* s'impose: "Non c'è stato un re, non una nazione che si sia alzata per difendere la Francia, che tante volte ha sostenuto la causa dell'Europa; un solo uomo ha fatto eccezione: Garibaldi" (urla e schiamazzi della destra). "Le potenze non sono intervenute, ma un uomo è intervenuto e quell'uomo è una potenza. Cosa aveva quell'uomo? La sua spada. Con quella stessa spada egli aveva già emancipato un popolo e poteva salvarne un altro. Egli è venuto, ha combattuto (urla, insulti: "ha fatto finta di combattere!"). Non ho intenzione di offendere nessuno, dico solo la pura verità dichiarando che soltanto lui, fra tutti i generali che hanno lottato per la Francia, non è mai stato vinto!" (grida di disapprovazione). Allora Hugo, col volto congestionato, le mani serrate sulla sbarra degli oratori, replicò con veemenza: "Sí, Garibaldi è l'unico generale che non sia mai stato vinto". Le urla e gli insulti si moltiplicarono, il Presidente richiamava invano i deputati: "all'ordine, all'ordine!". Victor Hugo riprese la parola: "Faccio la vostra volontà. Tre settimane fa vi siete rifiutati di ascoltare Garibaldi. Oggi rifiutate di ascoltare me. Andrò a parlare altrove". E rassegnò le proprie dimissioni.⁴

Lo spettacolo, certamente poco edificante, offerto dall'Assemblea francese, è stato quasi concordemente giudicato dagli studiosi, a mio avviso in modo un po' troppo sbrigativo, come reazione dell'orgoglio nazionale ferito dalla cocente e inattesa sconfitta militare subita,⁵ o più semplicemente come l'espressione del tradizionale sciovinismo gallico; un luogo comune con il quale, in certe occasioni, si sogliono liquidare talune diatribe tra i francesi e i loro vicini continentali o d'oltre Manica. Troppo facile, le cose sono in realtà più complesse e composite, e cercherò di esporle il più brevemente possibile.

Abbiamo cominciato con l'epilogo di quella sfortunata guerra franco-prussiana, proseguiamo ora con il prologo.

Prima ancora del 2 luglio del 1870, vale a dire quando Leopoldo di Hohenzollern annunciò la sua disponibilità ad occupare il trono di Spagna lasciato vacante dalla dimissionaria Isabella II, già molto prima, la Francia aveva visto profilarsi all'orizzonte nuvole minacciose. Nel 1859 Napoleone III dovette abbandonare la campagna d'Italia (la II Guerra d'Indipendenza) per diversi motivi, tra i quali due emergevano per importanza e che avrebbero vieppiù pesato nel futuro: l'opposizione alla guerra del partito clericale per timore che questa potesse menomare l'integrità dello Stato della Chiesa, e una improvvisa minaccia che si profilava sul confine del Reno ad opera della Prussia.

Erano le prime avvisaglie dell'incipiente espansionismo germanico. Nel 1863 i rapporti con la Russia si deteriorarono allorché la Prussia, con la complice passività dello Zar, s'impossessò di alcuni territori polacchi: la politica bismarkiana cominciava a impensierire Parigi. Un anno dopo, nel 1864, un episodio simile: tutti i tentativi diplomatici della Francia per impedire alla Prussia, all'epoca alleata dell'Austria, di annettersi le province di lingua tedesca che appartenevano alla Danimarca (lo Schleswing, l'Holstein e il Lauenburg), fallirono. La Prussia non solo si ingrandiva territorialmente, ma realizzava anche una vecchia aspirazione, assai importante dal punto di vista militare, quella di affacciarsi sul Mare del Nord a poche miglia dalla Manica. Due anni dopo, nel 1866, falliva una frettolosa opera di mediazione fra Austria e Prussia per evitare una guerra tra i due paesi e contemporaneamente si raffreddavano i rapporti con l'Italia alleata della Prussia. La vittoria prussiana di Sadowa comportava la sottomissione alla Prussia della Sassonia e dell'Hannover che, preoccupati dell'egemonia prussiana, avevano combattuto a fianco dell'Austria. La Francia, pretese compensazioni territoriali, ma non ottenne alcuna soddisfazione e la Prussia continuò imperterrita verso gli obiettivi che Bismarck si era prefissati. Il 1867 doveva riservare più di uno scacco al prestigio internazionale della Francia. Finiva in tragedia l'improvvida spedizione nel Messico che aveva causato anche attriti con l'Inghilterra e qualche problema con gli Stati Uniti. Nel maggio poi, la Conferenza di Londra, era chiamata a decidere la sorte del Lussemburgo. Questo, occupato militarmente dalla Prussia, era altresì ambito dalla Francia la quale ne pretendeva l'annessione in quanto regione prevalentemente di lingua francese. Tali aspettative andarono però deluse: il Lussemburgo venne dichiarato Ducato indipendente e neutrale. Nel mese di ottobre infine si deteriorarono decisamente i rapporti con l'Italia a causa dell'invio di truppe nel Lazio a sostegno dello Stato Pontificio invaso da Garibaldi e dalle sue camice rosse. Lo scontro di Mentana segnò un profondo solco tra i due paesi.

Né mancarono dissapori sul fronte interno. Alle elezioni del 1869 il partito bonapartista, pur mantenendo la maggioranza parlamentare, perse, a favore del partito repubblicano, una larga fetta dell'elettorato (circa 500.000 voti). E infine, quasi alla vigilia della guerra, nel gennaio 1870, *l'affaire Noir* che coinvolse lo stesso Napoleone III. La vicenda è complessa e non è stata mai delucidata, ma può così riassumersi. Il principe Pierre Bonaparte, cugino di Napoleone III aveva scritto, su "L'Avenir de la Corse" un articolo estremamente

polemico contro “*La Revanche*” il cui direttore, ritenutosi diffamato, inviò al principe i suoi padrini: F. Fonvielle e Victor Noir. Cosa sia accaduto nella sua abitazione di Auteuil, presso Parigi, non fu mai diligentemente chiarito; sta di fatto che ad un certo momento Pierre Bonaparte, un bon viveur piuttosto impulsivo, estrasse da un cassetto un revolver e uccise il Noir. Parigi fu sconvolta dal fatto nonché dalle manifestazioni che si susseguirono, promosse sia dai repubblicani, sia dai bonapartisti. Da lì a pochi mesi più duri e sanguinosi disordini si verificarono dopo la scandalosa assoluzione del Bonaparte. Il prestigio della famiglia imperiale ne uscì menomato, anche perché, a complicare le cose, alcune manifestazioni assunsero un tono aspramente antisemita in quanto Victor Noir si chiamava in realtà Yvon Salmon o Salomon. Quel colpo di pistola che in un certo senso sembrò anticipare, sia pure in tono minore, *l'affaire Dreyfus*, se uccise lo sfortunato Noir, fu altresì funesto per il prestigio dell’Impero.

In questo clima di delusioni, di sconfitte diplomatiche e di episodi che comunque ferivano l’amor proprio francese, si aprì il problema della successione spagnola. Con la candidatura di un Principe della casa di Hoenzollern si profilava alla frontiera dei Pirenei un regno ispano-tedesco. Intollerabile: la Francia non poteva accettare di sentirsi accerchiata. E non sembravano sufficienti semplici dichiarazioni di rinuncia, si esigevano garanzie e garanzie solide. Tornasse quindi l’ambasciatore francese Vincent Benedetti a Bad Ems dove re Guglielmo faceva la cura delle acque, per avere nuove assicurazioni in proposito. In questo clima di esasperazione giunse il 14 luglio a Parigi, e venne diffusa da tutta la stampa, la notizia del famoso falso dispaccio di Ems, episodio notissimo, sul quale non insisterò, con il quale si faceva credere che il re prussiano aveva messo alla porta come un lacchè l’ambasciatore Benedetti. Stampa, Assemblea, Governo, tutti scattarono come una molla e nessuno attese il ritorno a Parigi dell’ambasciatore per conoscere la versione ufficiale dei fatti. Furono tutti pervasi da una incontrollabile frenesia: lavare l’onta subita. Le strade erano percorse da cortei vocianti: “Guerra alla Prussia!”, “A Berlino, a Berlino!”. Gli stessi cortei e le stesse grida del 1914 allo scoppio della I Guerra Mondiale, e si parlò allora dello spirito di “*revanche*” dei francesi covato per circa 45 anni dopo la sconfitta di Sedan e la perdita dell’Alsazia e della Lorena. A me sembra però che già nel ‘70 il sentimento di rivalsa verso la Prussia fosse ben presente, non solo per i bocconi amari inghiottiti durante un decennio, ma soprattutto perché, non va dimenticato, il grande Napoleone era

stato sconfitto a Waterloo, quando Wellington era barcollante, dal provvidenziale arrivo dell’armata prussiana di Blucher.⁶ Rivincita quindi, e subito. Il 15 si votarono i crediti di guerra, il 19 la Francia dichiarò la guerra alla Prussia, mentre Thiers percorreva l’Europa cercando affannosamente a Londra, a Pietroburgo, a Vienna e a Firenze di stringere improbabili alleanze. Ma in quelle capitali la Francia raccolse solo dichiarazioni di neutralità: l’Impero era rimasto isolato, solo, ad affrontare la macchina bellica prussiana.⁷ E cominciarono le sconfitte, il 5 agosto la prima a Wissenbourg, poi le altre sino alla fine del mese. Infine, dopo due giorni di combattimenti, il 2 settembre a Sedan il grosso dell’esercito francese, accerchiato, capitolava e Napoleone III cadeva prigioniero dei prussiani. Il corso della storia si accelerava, gli eventi precipitavano, Parigi per prima, poi Lione, poi Marsiglia e qualche altra città insorgevano e il 4 settembre a Parigi, la Camera francese dichiarava decaduta la dinastia napoleonica e proclamava la Repubblica. Mentre Parigi, si apprestava ad affrontare un eventuale assedio (che effettivamente ebbe inizio il 19 settembre), una pagina si chiudeva per la Francia, quella dell’Impero, e una nuova se ne apriva, quella della Repubblica. Ma anche in Italia si voltava pagina: il 20 settembre le truppe italiane entravano a Roma e un capitolo nuovo si apriva per il giovane Regno d’Italia, un altro, durato più di 11 secoli, si chiudeva per lo Stato della Chiesa.

Giuseppe Garibaldi che da Caprera aveva seguito con trepidazione gli eventi, all’annuncio della proclamazione della Repubblica, dimenticava il tradimento del generale Oudinot del ‘49, dimenticava i combattimenti contro i francesi sul Gianicolo, dimenticava la cessione di Nizza alla Francia del ‘60 che lo aveva reso “straniero in patria”, dimenticava anche la più recente Mentana e gli *chassepot* del ‘67 e, il 6 settembre, inviava al Governo della Difesa Nazionale un telegramma col quale si metteva a disposizione della Repubblica con la famosa frase: “*Ce qui reste de moi est à votre disposition: disposez*”. Garibaldi infatti era invecchiato precocemente, soffriva di dolori artritici, le ferite di Aspromonte erano ancora spesso dolenti, non poteva montare a cavallo se non raramente e doveva percorrere i campi di battaglia e anche gli avamposti in carrozza ma, come disse all’Assemblea vocante di Bordeaux, aveva “sempre combattuto per la giustizia”. Ora che questa giustizia, personificata dalla Repubblica, vedeva minacciata dal tedesco, stimolato anche dall’amico Bordone (di cui dirò più avanti), che da Tours gli assicurava l’appoggio dei Comitati

Popolari e di alcune personalità del governo,⁸ rompeva ogni indugio e decideva di partire per la Francia in pericolo.

Il 7 ottobre sbucava a Marsiglia accolto dalla popolazione al grido di “Viva Garibaldi” cui il generale rispondeva “Viva la Repubblica”. L’11 raggiungeva in treno Tours ove aveva trovato sede provvisoria il Governo della Difesa. Lo stesso giorno vi arrivava anche Léon Gambetta fuggito da Parigi, ormai accerchiata, in pallone aerostatico, esempio di uso di un mezzo aereo in tempo di guerra, anche se non proprio con fini specificamente militari, mai sperimentato in precedenza. Ma qui lo aspettavano le prime delusioni. Gambetta, all’epoca Ministro della Guerra e fautore della difesa ad oltranza contro i Prussiani, offriva a Garibaldi solo il comando di 200 italiani di stanza a Chambery, in Savoia. Tra i motivi di un’offerta così poco allettante anche il fatto che gli ufficiali superiori dell’Esercito francese avevano fatto presente al Ministro della Guerra che nessuno di loro era disposto a servire agli ordini di un italiano. Specialmente quei militari i quali, tre anni prima, avevano sgominato quel branco d’esaltati che avevano osato affrontare la Légion d’Antibes a Mentana. Sarà proprio lui, Gambetta, a rassicurarli che nessun generale francese si sarebbe trovato alle dipendenze di Garibaldi.

Questi, nelle sue *Memorie*, così ricorda quei giorni: “Il Governo della Difesa Nazionale mi accolse, impostomi dagli avvenimenti, ma con freddezza, coll’intenzione manifesta, come certe volte m’era succeduto in Italia, di volersi servire del mio povero nome, ma non altro, ed in sostanza privandomi dei mezzi necessari, per cui la cooperazione mia riuscisse utile. Gambetta, Cremieux, Glais-Bisoin, individualmente furono con me gentilissimi, ma il primo più di tutti ... (*omissis*) ... mi lasciò in abbandono per un tempo prezioso ... (*omissis*) ... perdetti vari giorni per l’indecisione del governo e mi trovai sul punto di dovermene tornare a casa ... (*omissis*) ... l’incarico che si voleva darmi era quello di organizzare alcune centinaia di volontari italiani che si trovavano a Chambery e a Marsiglia”.

Ma proprio quando il generale sbucava a Marsiglia, il 7 ottobre, l’Armée de l’Est, comandata dal Generale Cambriels, veniva sconfitta dai prussiani che potevano ora minacciare la zona di Vosgi; il Cambriels stesso, rimasto ferito, non era più in grado di controllare la situazione e Gambetta pensò bene di sbarazzarsi dell’ingombrante italiano affidandogli il comando di quanto restava della sgangherata Armée, che da quel momento verrà chiamata l’Armata o

l'Esercito dei Vosgi, composta prevalentemente da Corpi Franchi, da volontari stranieri e da altre truppe raccoglitricce.

Garibaldi si mise in moto: dopo una breve sosta a Dole, il 9 ottobre arrivò ad Autun ove stabilì il suo Quartier Generale, il 12 era già nella capitale della Côte d'Or, Digione e il quotidiano locale, il cattolico “*Le Bien Public*”, così scriveva: “Il Gen. Garibaldi, viaggiando in treno speciale è passato oggi, 12 a Digione: egli è stato salutato alla stazione dall'Amministratore del Dipartimento M. D'Azincourt, dal Sindaco M. Dubois e da diversi Consiglieri Municipali. Il pubblico che si trovava nella stazione e nei dintorni lo ha salutato con ripetuti ‘viva Garibaldi’. Egli ha ricambiato il saluto ma al grido di ‘Viva la Repubblica’. Egli si è alzato in piedi e si è inchinato con gravità. Il generale continua il suo viaggio verso Belfort”.⁹

Mentre Garibaldi continuava le sue ispezioni nel settore di operazioni affidatogli (il 14 era a Dole e il 18 a Besançon), sempre “*Le Bien Public*”, pubblicava nell'edizione del 15 ottobre il Proclama che Garibaldi indirizzava alle sue truppe: “Volontari e Franchi-Tiratori, assumo il comando dei Corpi Franchi per la difesa nazionale. La Prussia sa che da adesso essa deve fare i conti con la Nazione in armi. Non mi dilungo con voi con parole. Vi rivolgo solo delle istruzioni che vi serviranno di norma nelle vostre operazioni contro l'invasore e il nemico della Repubblica. Conto su di voi, voi potete contare su di me. Viva la Repubblica”.

Quali erano queste Istruzioni dettate da Garibaldi? Si tratta in massima parte di disposizioni di carattere militare, ma anche di comportamento civile. Val la pena ricordarne alcune ma in particolare l'ultima perché essa allude con accenti epici e, direi quasi commossi, alla Defensa de Montevideo, portata ad esempio, e ci fa capire quanto il ricordo dell'Uruguay fosse presente nella mente e nel cuore di chi, ivi esule, vi trovò una seconda patria. Traggo dalla relazione del generale Pietro Maravigna i passi che ritengo più significativi.¹⁰

- (...omissis...) I distaccamenti di franchi tiratori, bande o *guerrillas* debbono essere numerosi, ma composti di pochi uomini; 100 uomini, per esempio, con 3 ufficiali e sottufficiali in proporzione, potranno costituire un buon “*partito*”.¹¹ 100 uomini possono trovare da vivere ovunque; possono tendere insidie facilmente, gettare l'allarme durante la notte in un corpo di truppe e stancarle.

- (...omissis...) I volontari e i partigiani devono a qualunque costo farsi stimare e amare dalle popolazioni; soltanto così agendo possono facilmente avere guide

e viveri, cosa assolutamente indispensabile per la loro azione. Ben visti dalla popolazione, essi avranno le informazioni necessarie sul nemico e potranno agevolmente sorprenderlo.

- (...omissis...) Chiedo alle mie milizie una disciplina severa, più severa di quella delle truppe regolari, senza la quale nessuna forza militare può esistere. Per disciplina non deve intendersi solamente l'obbedienza ai capi immediati, ma le relazioni tra *partito* e *partito*; vale a dire la cooperazione fraterna e reciproca che deve esistere tra essi.

- (...omissis...) Io termino ricordando che la difesa di Montevideo, contro 18.000 uomini di truppe agguerrite è durata 9 anni; quella città aveva allora 30.000 abitanti e tra essi commercianti inglesi, francesi e italiani,¹² che tutti concorsero alla difesa di essa ed ebbero la fortuna di assistere al trionfo della loro Patria adottiva. Montevideo, però, cedette i suoi palazzi, i suoi templi, i suoi diritti di dogana presenti e futuri, dissotterrò i vecchi cannoni che servivano da paracarri nelle strade,¹³ forgiò lance per sostituire i fucili che mancavano, mentre le donne davano alla Patria sino all'ultimo gioiello. Un villaggio della Francia ha più risorse che non ne avesse allora Montevideo; possiamo dubitare della vittoria nella difesa della Nazione?"

Vediamo ora però la consistenza delle unità combattenti di cui disponeva Garibaldi? Dati ufficiali certi non ve ne sono, abbondano invece i dati ufficiosi e differiscono tutti fra loro, spesso anche vistosamente. Più che valutarne la quantità in termini di compagnie e battaglioni è interessante vederne la composizione umana.

Le truppe che costituivano le armate francesi erano composte in generale, oltre che dai giovani di leva e dai *mobilisé* cioè, dai richiamati alle armi, anche da numerosi corpi speciali, spesso d'élite, di provenienza coloniale, in particolare nord-africani, quasi tutti algerini. Famosissimi e molto popolari gli "zouave", una fanteria leggera nella quale si arruolavano anche moltissimi francesi. La cavalleria coloniale era rappresentata dagli "Spahi", v'erano infine truppe meno qualificate, i "Turcos", particolarmente temuti per la loro aggressività. Questi corpi, chiamati tutti generalmente "Turcos" (secondo l'abituale pronuncia francese), erano comandati da ufficiali francesi e non vanno confusi con la ben nota "Legione Straniera", già esistente all'epoca, ma destinata ad operare esclusivamente nei territori coloniali. I Turcos, come racconta un testimone dell'epoca, il pastore Felix Klein: "sono ammirati nelle sfilate per le

loro uniformi variopinte (...omissis...) le unità africane d'élite di Mac Mahon sono osservate con curiosità, ma quei soldati sono un po' temuti perché sono dei selvaggi e dei saccheggiatori".¹⁴

Il primo nucleo dell'Armata dei Vosgi sembra fosse composto da italiani e spagnoli (circa 6.000), suddivisi in quattro corpi comandati da Ricciotti e Menotti Garibaldi, dal genero di Garibaldi, Stefano Canzio e da Cristiano Lobbia. Secondo altri i garibaldini furono 3.500, forse 4.500. Il totale dei combattenti raggiunse prima della firma dell'armistizio tra le 20 e le 30.000 unità figurando tra questi, anche polacchi, inglesi, baschi, greci e persino egiziani oltre a numerosi "Turcos" aggregati alle varie armate dopo il disastro di Sedan. I raggruppamenti dei Corpi Franchi avevano spesso nomi bizzarri: riporto a titolo d'esempio e di curiosità una lista molto parziale: *Les Franc-Tireurs de la Mort d'Algerie; Les Franc-Tireurs de la Morte de Constatine et de Guelma; Le 2° Bataillon de l'Egalité de Sidi-Bel-Abbes; Les Compagnies d'Algerie; La Guerrilla Marseille; Les Franc-Tireurs de l'Egalité de Marseille; La Compagnie Franco-Espagnole; La Compañía Española; Les Ours de Nantes; Les Franc-Tireurs de l'Alliers; Les Alsaciens de Paris; Les Franc-Tireurs Alsaciens; Les Franc-Tireurs du Midi; Les Franc-Tireurs Républicains de Bigorre; Les Enfants Perdues de la Montagne; La Compagnie de la Revanche* (già citata in nota); *Les Eclareurs de Caprera; Les Eclareurs du Capitain de la Corse;* e i garibaldini italiani, *Carabinieri Genovesi; Legione di Marsala; Cacciatori del Monte Bianco, Cacciatori delle Alpi; Compagnia di marina* e altri.

Ciascun gruppo contava dai 50 ai 200 uomini e il loro armamento era leggero, scarsa la cavalleria, ancora più scarsa l'artiglieria.¹⁵

La presenza di tanti Turcos selvaggi e saccheggiatori, di garibaldini e di spagnoli repubblicani, di rivoluzionari e di anticlericali senza Dio, non poteva non rendere diffidenti le popolazioni rurali, bigotte e rispettose dell'ordine costituito, ordine che poteva essere solo quello imposto da una monarchia, perché, come si sa, il re regna per grazia di Dio. Non per nulla Thiers, proprio lui, aveva fatto all'Assemblea una descrizione perfetta della forza della monarchia: "I contadini sono la grande riserva elettorale dell'Impero: essi ignorano persino cosa siano le libertà parlamentari, ciò che vogliono non è altro che il solido possesso dei loro beni in proposito dei quali i notabili assicurano che senza l'imperatore non vi sarà che rapina e saccheggio. Essi voteranno quindi per interi comuni per il loro Benefattore e agli amici locali, senza badare ai dettagli".¹⁶

Questa perorazione di Thiers sembra proprio un involontario elogio della Vandea: ne farà le spese la sempre rivoluzionaria Parigi ai tempi della Comune specialmente durante la *semaine sanglante*.

Intanto Garibaldi pensava ad esplorare il terreno, riordinare i reparti cercando di renderli omogenei, rafforzare le difese, e mettere in atto quella guerriglia che gli era così congeniale e che tanti fastidi avrebbe arrecato alle disciplinate truppe prussiane. Non mi attardo nei particolari della campagna dei Vosgi, non è questo l'argomento dell'articolo, ricordo solo la brillante azione di Chatillon-sur-Seine portata a termine da Ricciotti Garibaldi il 18 novembre 1870, nel corso della quale coglieva di sorpresa l'intera guarnigione prussiana, uccideva il comandante e catturava 165 combattenti con sei ufficiali oltre a carriaggi, armi e munizioni. Conclusa l'azione, Garibaldi dava disposizioni affinché i prigionieri fossero affidati alla "generosità francese" secondo quelle norme umanitarie che molti anni dopo sarebbero state codificate nella Convenzione di Ginevra. Il 25 e 26 novembre tentava un'audace operazione per impossessarsi di Digione, ma era costretto a ritirarsi. Il 3 gennaio 1871 altro bel colpo, questa volta di Menotti Garibaldi, a Bearne. L'evento venne anche riportato il giorno dopo dal quotidiano di Digione *"Le Bien Public"*, in termini assai positivi, nonostante fosse sempre reticente e avaro nel segnalare i successi dei garibaldini.

Nel frattempo il Ministro della Guerra Gambetta e il suo braccio destro Freicynet erano riusciti ad organizzare un'altra Armata, chiamata ancora una volta l'*Armée de l'Est*, e l'affidavano al Generale Bourbaki allo scopo di tentare la riconquista dell'Alsazia: Garibaldi venne incaricato di proteggerne il fianco sinistro. Per parare la mossa i prussiani preferirono ripiegare e abbandonarono Digione che venne occupata da Garibaldi il 7 gennaio 1871. Questa volta a Digione è un giornale di sinistra, *"Le Progrès de la Côte d'Or"*, a salutare l'evento: "Ieri alle 14,30 il Generale Garibaldi, accompagnato dal suo stato maggiore è arrivato a Digione ove una folla immensa lo ha accolto con le acclamazioni più vive. A coloro che lo salutavano al grido di *"Viva Garibaldi!"* il grande patriota rispose: *"Gridate con me viva la Francia libera e repubblicana!"*.

Alla mossa francese i prussiani rispondevano organizzando un'Armata del Sud destinata ad aggirare Bourbaki. Il 14 gennaio Freicynet inviava a Garibaldi un telegramma con l'ordine tassativo di difendere Digione ad ogni costo. Mentre Garibaldi si apprestava alla difesa, Bourbaki non poteva reggere l'urto dei prussiani e falliva tutti i suoi tentativi per fermarli.

Questi si presentavano quindi sotto le mura di Digione ma dal 21 al 23 gennaio Garibaldi, come è noto, scriveva la pagina più gloriosa della sua campagna di Francia: difendeva con successo Digione e metteva in fuga le truppe assalitrici strappando loro anche una bandiera. Quella franco-prussiana fu l'ultima guerra nella quale i soldati muovessero ancora romanticamente all'assalto con i vessilli spiegati ed era titolo d'onore per i combattenti strapparli al nemico. Di queste azioni la stampa locale dava ampie notizie, in particolare *"Le Progres de la Côte d'Or"*, ovviamente di sinistra, mentre *"Le Bien Public"*, cattolico moderato, pubblicava il giorno dopo il famoso Ordine del Giorno di Garibaldi del 23 gennaio 1871: "Ebbene, giovani figli della libertà! Voi avete rivisto i talloni dei terribili soldati di Guglielmo! In due giorni di accaniti combattimenti avete scritto una pagina gloriosa per gli annali della Repubblica e gli oppressi della grande famiglia umana saluteranno in voi ancora una volta i campioni del diritto e della giustizia".

Ma ormai siamo all'epilogo: il 28 gennaio a Versailles la Francia firmava l'armistizio, non più con la Prussia, ma con la Germania, dato che dieci giorni prima, sempre a Versailles, nella galleria degli specchi, era stato proclamato solennemente l'Impero Germanico. L'armistizio tuttavia, per ragioni mai ben chiarite, non veniva esteso alle armate dell'Est: per gli eventuali motivi di una tale sorprendente decisione rimando il lettore curioso alla nota.¹⁷ Due giorni prima, il 26 gennaio, dopo un'ulteriore ritirata Bourbaki tentava il suicidio, ma falliva anche nel piantarsi una palla nel cervello; quello che restava dell'Armata dello sventurato generale si dirigeva al confine svizzero e il 1° febbraio, dopo aver trattato la consegna delle armi alle autorità elvetiche, varcava la frontiera. Garibaldi, saputo dell'armistizio e delle sue incredibili condizioni che lo escludevano dalla tregua d'armi, nella notte del 2 febbraio sgomberava rapidamente Digione che, alle 8 del mattino, veniva occupata dalle avanguardie della brigata Kettler. Anche in questa ritirata Garibaldi mostrava tutta la sua abilità: non un uomo, non una salmeria cadevano in mano delle truppe nemiche lanciate all'inseguimento. Sulla Campagna dei Vosgi calava il sipario.

Alcuni elementi che hanno contribuito a rendere sgradito Garibaldi in Francia sono già emersi nel corso di questa rapida cronaca politica e militare: riordiniamoli e corrediamoli con altri non meno importanti, ma che ho preferito trattare separatamente per non appesantire la narrazione delle fasi salienti della guerra e degli eventi del decennio che la precedette.

Garibaldi, molto popolare a Parigi, a Marsiglia e ovviamente a Nizza, non lo era altrettanto in Provincia e ciò a causa del suo acceso anticlericalismo, dei suoi legami con la Massoneria, delle sue idee radicali e socialiste giganti (appena sei anni prima si era riunita a Londra la Internazionale socialista). La Francia quindi, ma la provincia in particolare, aveva di che preoccuparsi. Thiers aveva ricevuto dalla Normandia un angoscioso appello di un certo signor Bonnechose il quale lo supplicava di “salvare la Francia dai tedeschi di fuori e dai barbari di dentro”.¹⁸ Chiara allusione ai radicali e ai repubblicani, tanto era il timore in provincia di qualsiasi rigurgito rivoluzionario. Per quanto riguarda Garibaldi, lo stesso Thiers, ripeteva in giro quanto gli aveva confidato l’Arcivescovo di Tours, Mons. Guibert, il quale esprimeva così le sue preoccupazioni: “Ho saputo del prossimo arrivo di Garibaldi a Tours ... (*omissis*) ... pensavo che la Divina Provvidenza avesse colmato la misura imposta al nostro paese; mi ero sbagliato”. E dalla vicina Orleans il Vescovo Dupanloup non esitava a definire Garibaldi “individuo empio”.¹⁹ Ecco quindi Garibaldi presentato subito in Francia al popolo e agli uomini che contano, pressappoco come un Anticristo. E del resto il suo esordio nella campagna non fu rassicurante da questo punto di vista. Quando il 9 novembre del ‘70 pose il suo Quartier Generale ad Autun, mentre gli ufficiali trovavano alloggio presso cittadini disposti ad ospitarli, la truppa invece, come era uso all’epoca, dovette arrangiarsi. Non disponendo di tende d’accampamento, pensò bene di sfondare le porte di alcune chiese e di farvi bivacco con i cavalli. E poiché l’inverno di quella guerra fu particolarmente rigido, onde riscaldarsi, non trovarono nulla di meglio che fare a pezzi alcuni banchi di chiesa e qualche confessionale per accendere dei falò. Non ci si sorprenda dunque se qualcuno gridò al sacrilegio, tanto più che nel suo seguito c’era anche quel famoso Fra’ Pantaleo, un francescano, che si era aggregato in Sicilia alla spedizione dei Mille e che dopo varie vicissitudini, gettato ormai il saio alle ortiche, lo avrebbe seguito in Francia e, a Marsiglia, avrebbe preso anche moglie.²⁰

Ma se la figura pittoresca di un prete spretato poteva scandalizzare qualche anima pia, ben più severamente veniva interpretata la partecipazione di Garibaldi al Congresso per la Pace e la Libertà tenutosi a Ginevra nel 1867. Nei suoi interventi il capo dei Mille si era abbandonato ad intemperanze verbali come: “V’è cosa più terribile della guerra: è il mostro che chiamasi papato le cui emanazioni pestilenziali inondano il mondo e arrestano l’umanità nella sua via alla civiltà”, “Il papato è la più nociva delle sette”. La stampa dette un certo

risalto all'evento e i benpensanti si convinsero che il Garibaldi puzzava un po' di zolfo, anche perché, poche settimane dopo al suo rientro in Italia, a Voghera, rincarava la dose: chiamava i preti "razza nera" e concludeva con un: "Andiamo a Roma a snidare questo covo di vipere!".²¹ E come se ciò non bastasse, pur senza parteciparvi, dette la sua entusiasta adesione all'"Anticoncilio". Un episodio assai poco noto e purtroppo trascurato anche da molti studiosi. Quando la Santa Sede annunciò la convocazione del Concilio Vaticano I, il deputato radicale Giuseppe Ricciardi volle riunire il fior fiore del mondo anticlericale e radical-democratico per "opporre alla cieca fede del cattolicesimo il gran principio del libero esame e della libera propaganda". L'iniziativa non ebbe una grande risonanza e poco se ne occupò la stampa italiana, mentre mostrò più interesse quella francese sicura di trovare attenti lettori tra gli aderenti al forte partito clericale. L'Anticoncilio, riunitosi a Napoli il 9 dicembre 1869, venne presto sospeso dal Prefetto per motivi di ordine pubblico. In realtà il Governo italiano non voleva altre difficoltà con il Vaticano, ne aveva già troppe.²² Non si può quindi non concordare con Denis Mack Smith, lo studioso britannico vivente che meglio ha studiato il Risorgimento italiano, il quale afferma che: "Garibaldi perse addirittura la testa contro il Vaticano; di rado sosteneva le sue idee con moderazione. In alcuni casi diceva che il governo di Roma altro non era che il governo di Satana".²³ Quindi, non a torto, François Roth ha rilevato che in provincia molti francesi "*sont exaspérés par ses déclarations républicaines enflammées et redoutent son anticléricalisme*".²⁴

Così dicendo, Roth ha toccato un altro tasto delicato: Garibaldi aveva accettato la monarchia sabauda perché si era convinto che solo con essa poteva "farsi l'Italia unita", ma era rimasto pur sempre un repubblicano che non tralasciava occasione per proclamare la sua fede. Ai francesi non sfuggì il fatto che egli sia rimasto a Caprera a vedere come l'Impero andava di sconfitta in sconfitta fino al disastro di Sedan e che solo dopo la proclamazione della Repubblica, il 4 settembre, si sia deciso a imbarcarsi per il continente. Abbiamo visto che sbarcò a Marsiglia al grido di "Viva la Repubblica", al Prefetto delle Bouches du Rhône dichiarò: "*À la fin de ma vie je suis fier de servir la sainte cause de la République*".²⁵ E poi ancora al suo arrivo a Digione e nel proclama del 15 ottobre inneggiò sempre alla Repubblica. Non nominò mai, o quasi, la Francia. I Soldati, l'Armée, la guerra, il nemico, erano tutti "della Repubblica" non della Francia. E i benpensanti non potevano ignorare che nella Francia v'erano sì i repubblicani, ma anche i monarchici, e quanti! Lo dimostrarono

bene le elezioni dell'8 febbraio 1871 che portarono le forze di destra ad occupare oltre i due terzi dei seggi dell'Assemblea Nazionale. Ma anche il Governo francese fece ben poco per mostrarsi "repubblicano", al punto che lo stesso Garibaldi, nelle sue *Memorie*, lo definì: "Un governo che ebbe sempre vergogna di proclamarsi repubblicano e che per tale motivo ebbe in antipatia l'Esercito dei Vosgi composto di elementi *troppe repubblicani*". Questo *eccesso di repubblicanesimo*, ritenuto un fomite di sovversione, fece insorgere il Generale Ducrot il quale, nella seduta dell'Assemblea Nazionale dell'8 marzo, la stessa nella quale era stato insultato Victor Hugo, propose un'inchiesta sull'operato di Garibaldi per appurare se egli "...est venu réellement défendre la France, ou si plutôt il n'est pas venu défendre sa république universelle".²⁶ Strana espressione per il rappresentante di un Parlamento repubblicano. Di fronte a simili dichiarazioni è difficile non condividere l'opinione di Garibaldi secondo il quale il governo francese si vergognava di essere repubblicano. Il vecchio pregiudizio che intende la repubblica sinonimo di disordine, dissolutezza e anarchia, era duro a morire. Ancora nella prima metà del XX secolo, negli anni '40 – e mi scuso per la citazione personale – udii più volte espressioni di questo tipo: "Cos'è questo disordine? Sembra una repubblica!", un eufemismo in luogo di frasi più colorite, ma improponibili all'epoca perché ritenute troppo osé. Ma inequivocabile è il significato politico.

Garibaldi, oltre ad essere anticlericale e repubblicano era anche un soldato. Ma non un militare di carriera uscito da una prestigiosa Accademia, no, era solamente un guerrigliero, un combattente improvvisato. Su Garibaldi guerriero il giudizio sereno degli esperti, sia italiani, sia francesi è abbastanza concorde. Non era uno stratega, gli mancava la grande visione d'insieme, la capacità di movimento delle grandi masse, di numerosi corpi d'armata spinti in più direttive ma coordinati. Se fosse stato a capo di una vera armata, probabilmente avrebbe fallito. Ma la sua gavetta erano state le guerre dell'America Meridionale, nel Rio Grande do Sul e nel Rio de la Plata; con eserciti poco numerosi, rispetto a quelli europei, e al comando sempre di corpi irregolari di insorti, di patrioti in armi. Aveva quindi imparato l'arte della guerriglia, e nelle campagne italiane, come in quella di Francia, dimostrò di essere un tattico formidabile. Egli sapeva sfruttare, come pochi, il terreno, la sorpresa, la stessa inferiorità numerica, il momento psicologico e riusciva perfino a tramutare situazioni compromesse, sull'orlo della disfatta, in sfolgoranti e inattese vittorie. I suoi metodi militari non erano ortodossi, ma i suoi risultati rifulsero anche nelle situazioni avverse,

come la ritirata da Digione di cui ho già parlato: un capolavoro. Di fronte a ufficiali abituati a combattere secondo piani di guerra elaborati a tavolino e preordinati secondo i canoni del grande teorico della strategia, Clausewitz, è logico che trovasse incomprensione e diffidenza. Chi però ebbe occasione di conoscerlo sul campo di battaglia, pur criticando talune manchevolezze della sua organizzazione militare (per esempio, che gli ordini di operazione fossero più spesso dati verbalmente anziché messi per iscritto) non poteva che riportarne un'impressione positiva. Cito, tra le tante quella del giovane francese Chef de Bataillon, Jules Garnier che ci ha lasciato due diverse impressioni, l'una del soldato, l'altra più generale: un ritratto. Il 18 gennaio 1871 incontrò Garibaldi a Messigny in un'ispezione sul terreno: "Il Comandante dell'Armata dei Vosgi era seguito da tutto il suo Stato Maggiore, composto in gran parte da amici o da persone della sua famiglia; io l'ho accompagnato in una piccola ricognizione sulle alture di Messigny, e gli diedi qualche chiarimento sulla topografia dei luoghi circostanti; egli mi ascoltò volentieri mentre mangiava un pezzo di pane, della carne fredda, e bevendo scrupolosamente, credo, dell'acqua semplice. Questo pasto spartano, questa sortita in forze mi parve di buon augurio; senza dubbio l'inizio d'una campagna, la fine dell'inazione, ero felice...". In precedenza aveva incontrato il generale ad un ricevimento ufficiale: "La testa di Garibaldi esprime soprattutto la fede, il convincimento di un apostolo; la sua fronte molto ampia leggermente sfuggente denuncia ancora i suoi slanci estremi che la ragione non riesce sempre a guidare e che s'avvicina persino ai confini della follia. Il naso greco ha saputo conservare, nonostante l'età, tutta la perfezione delle sue linee; se aggiungiamo a ciò una voce ammirabilmente timbrata, una calda parola, colorita, convinta, senza ricercatezze, talune inflessioni teatrali, si capirà tutta l'influenza che quest'uomo è capace di esercitare sulle folle meridionali, così amanti della forma e del misticismo".²⁷

Ma chi non lo conosceva e ne aveva sentito solo parlare come del diavolo, temeva lui e le sue truppe, quell'insieme di temibili Turcos, di repubblicani arrabbiati, di avventurieri senza scrupoli pronti alla rapina. Non stupisce quindi che Garibaldi, nelle sue istruzioni, abbia posto particolarmente l'accento sulla disciplina e la necessità di buoni rapporti con la popolazione civile e con i compagni d'arme.

Purtroppo, tra coloro che ben poco contribuirono a stabilire questi buoni rapporti con le autorità civili ma soprattutto con gli ufficiali francesi c'era uno strano personaggio: il suo Capo di Stato Maggiore, colonnello Bordone,

promosso poi generale. Francese d'origine, si chiamava in realtà Philippe Bourdon e aveva italianizzato il suo nome quando aveva preso parte alla spedizione dei Mille. Era scarsamente stimato dai compagni per il suo carattere collerico e impetuoso, teatrale e fanfarone e per avvalersi troppo dell'amicizia di Garibaldi con fini personali. Jules Garnier, già citato, racconta che occupava più il suo tempo a tessere intrighi e a rovinare la reputazione degli ufficiali suoi rivali, primo fra tutti il generale Pelissier, che a combattere. Racconta che parlando con Menotti Garibaldi ebbe la sensazione che questi non fosse entusiasta di Bordone "*le général Bordone lui plaisait médiocrement*".

Un'immagine più organica di questo strano personaggio ci è stata lasciata dal generale Pietro Maravigna, dell'Istituto Storico del Ministero della Difesa, anch'esso già citato, e che riporto per intero: "Uomo strano, enigmatico, gli stava al fianco, nel quale il generale aveva piena fiducia e che aveva creato suo Capo di Stato Maggiore: il colonnello Bordone, un avignonese, ex medico della marina, che aveva combattuto nelle file dei Mille e nel 1859. Uomo indubbiamente dotato di viva intelligenza, attivissimo, energico; ma violento, ombroso, privo di misura, di carattere assai difficile, aveva il dono di rendersi inviso a tutti e con tutti litigare. Nella particolare situazione non era certamente, il Bordone, l'uomo adatto a dirimere le difficoltà, ad eliminare gli attriti; anzi egli stesso ne creò e gravi, rendendo talvolta difficile a Garibaldi l'esercizio del comando e, soprattutto le relazioni con le già poco ben disposte, per non dire ostili, autorità civili e militari francesi. Era, però, il Bordone un uomo assai influente nel campo politico e perciò temuto dai governanti; il Freycinet, pur chiamandolo il braccio sinistro di Garibaldi e lo stesso Gambetta, sebbene a malincuore, per non averlo nemico, lo sopportavano a fianco del generale e spesso esageravano nel prodigargli attestazioni di stima e di lode, pur tentando ogni mezzo per allontanarlo".

Alcuni studiosi (e tra questi il Roth) hanno poi criticato taluni metodi di guerriglia di Garibaldi ritenendo che certi colpi di mano, sortite ed imboscate fossero azioni assolutamente gratuite e inutili sul piano strategico. Esse non avrebbero affatto giovato alla guerra, anzi avrebbero dato solo il pretesto ai prussiani per abbandonarsi a feroci ritorsioni contro la popolazione civile, come sarebbe avvenuto a Chatillon-sur-Seine e in qualche altra località.

Questi critici solerti hanno evidentemente dimenticato gli atti di rappresaglia che le truppe francesi perpetrarono contro le popolazioni dell'agro romano e della Ciociaria proprio quando combattevano contro le formazioni garibaldine.

Oppure non hanno mai letto in qualche chiesa della Renania una lapide che ricorda come quel tempio fosse stato profanato dalle truppe napoleoniche che ne avevano fatto stalla per la loro cavalleria.

Finalmente non va tacito un fatto doloroso verificatosi ai primi di dicembre del 1870, durante la ritirata dopo il fallito tentativo di conquistare Digione. Garibaldi aveva affidato al colonnello Chenet l'incarico di tenere Autun per proteggere il ripiegamento del grosso dell'Armata dei Vosgi, ma il colonnello ritenne la posizione indifendibile e sgomberò senza combattere; venne pertanto deferito al Tribunale di Guerra che lo condannò alla fucilazione. Il seguito della disgraziata vicenda ce lo racconta lo stesso Garibaldi nelle sue *Memorie* come segue: “A mezzogiorno Chenet doveva essere fucilato, ed io lo graziai verso le 11 a.m. in seguito d'intercessione di alcuni ufficiali, colla condizione però di pubblica degradazione, ch'io considero certamente peggiore della morte”. Questo gesto di clemenza di Garibaldi suscitò le ire di militari e politici francesi, che interpretarono la condanna alla degradazione come un'accusa di viltà mossa ad un ufficiale francese, uno sfregio e quindi un insulto imperdonabile all'onore dell'intera Armée.

Oltre a questi motivi d'attrito, però, vi furono alcuni episodi di carattere prettamente politico che pesarono sull'opinione che di Garibaldi ci si era fatti in Francia. “*Le Bien Public*” nell'edizione del 24 agosto 1870, riportava quasi per intero, un articolo apparso a Parigi su “*La Presse*” nel quale, tra le altre cose, si denunciava che: “È stato scoperto un intrigo Prussiano con i capi della rivoluzione cosmopolita Garibaldi e Mazzini. Si trattava di neutralizzare l'alleanza franco-italiana, tenendo impegnate in Italia, attraverso varie insurrezioni simultanee, le forze di Vittorio Emanuele II, di modo da non poter far nulla per soccorrere la Francia”.²⁸

La notizia, così come trascritta, pur riferendosi a delle “insurrezioni” effettivamente avvenute era tuttavia del tutto priva di fondamento, perché diverse erano l'entità e gli scopi delle sommosse. In breve: Mazzini nel 1867 aveva fondato una nuova associazione chiamata Alleanza Repubblicana, in seguito divenuta Universale e alla quale avevano aderito molti garibaldini. Tra il 1867 e il 1868, Mazzini ebbe contatti segreti anche con Bismarck per ottenere armi e denaro allo scopo di rovesciare il governo italiano, liberare Roma e stabilire un'alleanza italo-prussiana contro Napoleone III, ma i tentativi fallirono. Il 24 marzo 1870 scoprirono a Piacenza e a Pavia maldestri moti insurrezionali che furono facilmente repressi. A Pavia fu arrestato il Caporale Pietro Barsanti che,

processato, venne condannato a morte e fucilato il 27 agosto. Poi a Maida, in Calabria, una banda di 200 armati guidati dagli ex garibaldini Beppe Foglia e Raffaele Piccoli, venne dispersa dalle truppe regie e in giugno, in Maremma, un ufficiale garibaldino tentò un'azione contro Roma, mentre altri episodi minori avvennero in provincia di Lucca e nella Valtellina. Vanno comunque chiarite due cose, la prima: non si trattò di un moto insurrezionale a carattere nazionale, come lasciava intendere l'articolo de *"La Presse"*, ma di episodi isolati circoscritti nel tempo e nello spazio e di trascurabile entità. La seconda: se è ben vero, che Foglia e Piccoli erano degli ex garibaldini, è altrettanto vero che, in Calabria, la maggioranza dei 200 che componevano la banda era costituita da contadini analfabeti che poco o nulla si curavano di Roma capitale, di monarchia o di repubblica, ma che intendevano solo inviare un forte messaggio di protesta al governo "piemontese" che li aveva oppressi con tasse e balzelli "piemontesi" e in particolare con la tanto esecrata imposta sul macinato introdotta nel 1868 dal governo Menabrea. Le cosiddette insurrezioni quindi, nate e volute con scopi politici, si esaurirono invece in episodi che ebbero solo un collante di carattere socioeconomico.²⁹

Tutti i garibaldini che parteciparono in questi tentativi lo fecero all'insaputa di Garibaldi, il quale da tempo non appoggiava, né tanto meno istigava questi colpi di mano, perché non credeva più nelle capacità organizzative di Mazzini e riteneva i suoi metodi ormai superati. Ma la notizia dell'oscura "congiura mazziniana-garibaldina" suscitò grande apprensione in Francia e ingenerò una viva diffidenza nei confronti del generale. E quando si presentò a Marsiglia molti si chiesero cosa fosse venuto a fare, e la risposta fu presto trovata. Ora viene con la veste del patriota, del difensore della libertà, del paladino della repubblica, ma poi, in compenso del suo aiuto, ci chiederà la restituzione di Nizza, della sua Nizza. Tanto più che Mazzini, proprio lui, l'artefice delle congiure, con imprudenti dichiarazioni, andava prospettando la possibilità che, in caso di una campagna vittoriosa, l'Italia potesse chiedere la restituzione di Nizza. Mazzini ne parlò e anche troppo, e dal punto di vista politico fu grave errore. Ma Garibaldi, lui che aveva Nizza nel cuore, non ne parlò mai.

Tornò a Caprera con l'animo addolorato: per essere stato offeso senza sua colpa dall'Assemblea francese, per vedere la Repubblica sconfitta e per un lutto personale. La figliola Rosa, avuta dalla sua compagna Francesca Armosino pochi mesi prima della sua partenza per la Francia, era morta mentre poneva

fine al suo impegno nei Vosgi. Era la seconda figlia con quel nome che perdeva: la prima, Rosita, gli era morta in tenera età a Montevideo.

A conclusione e a mo' di riepilogo, tra i tanti giudizi che gli studiosi hanno formulato sul trattamento che la Francia ufficiale riservò a Garibaldi, amo scegliere, anche per la sua originalità, quella di un osservatore inglese contemporaneo, da pochi conosciuto, Philip Gilbert Hamerton: "Non solo i sentimenti del clero erano scatenati contro Garibaldi, ma anche gente scarsamente sensibile *all'odium theologicum*, aveva per lui una fortissima antipatia nazionale. (...*omissis...*) Molti francesi hanno sentito come un'offesa al loro orgoglio nazionale il fatto che un italiano pensasse di aiutarli nell'ora del pericolo; e come nessun generale francese voleva servire agli ordini di Garibaldi, così la pubblica opinione lo giudicava un intruso presuntuoso, assurdamente convinto, per il fatto di aver battuto pochi miserabili napoletani in una impresa di nessuna importanza cui solo il suo carattere romantico aveva dato fama, di poter sconfiggere i grandi eserciti di Germania, davanti ai quali tutti i generali francesi erano stati costretti a ritirarsi disastrosamente".³⁰

Garibaldi in Francia fu osteggiato massimamente per essere anticlericale e rivoluzionario, repubblicano e massone; in buona parte poi, per non essere un militare di carriera, ma un combattente spontaneo particolarmente baciato dalla fortuna. Lo sciovinismo francese fu certamente presente, ma deve essere convenientemente ridimensionato e comunque va interpretato alla luce dei tragici eventi che insanguinarono la Francia.

Fu osteggiato dai rappresentanti della provincia, conservatori, monarchici e clericali, che avevano riempito l'Assemblea Nazionale di quella "maggioranza agraria" che a Bordeaux gli aveva impedito di parlare. Tuttavia, oltre alla nobilissima difesa di Victor Hugo ed ai generosi articoli di Zola, fu proprio la provincia, quella nella quale aveva combattuto, dando tutto "quanto restava di sé", a ripagarlo di tante amarezze e a rendergli il più semplice, ma il più sentito degli omaggi. A Digione, poco fuori le vecchie mura, all'epoca aperta campagna, oggi, in un bel viale cittadino chiamato emblematicamente *Avenue du Drapeau* s'erge una stele marmorea nella quale si legge:

IN QUESTA PIANURA
 IL 23 GENNAIO 1871
 L'ARMATA DEI VOSGI (GENERALE GARIBALDI)
 ATTACCATA DA FORZE TEDESCHE
 SOSTENNE LO SCONTRO
 E UN VESSILLO DEL 61° GERMANICO
 CADDE IN POTERE DEI FRANCHI-TIRATORI
 DELLA 4^a BRIGATA (RICCIOTTI GARIBALDI)

l'unico vessillo della campagna e della guerra, e l'ultimo della storia ad essere strappato al nemico, simbolo di un'epoca romantica che tramontava per sempre.

Notas

1. Louis MICHEL, nella sua *"Histoire de France"*, Fayard 1976, attribuisce in cifre tonde 400 seggi ad orleanisti e legittimisti, 200 ai repubblicani e 30 scarsi ai bonapartisti. Jacques MARSEILES, *"Nouvelle Histoire de la France"*, Perrin 2002, Assegna poco meno di 400 seggi ai monarchici, solo 150 ai repubblicani, 80 ai centristi e scarsamente 15 ai bonapartisti. René REMOND, *"La Vie Politique en France"* Vol. 2^o, 1848-1874, Armand Colin 1969, ci dà qualche notizia più precisa: sui 768 seggi disponibili ne furono assegnati solo 640, se ne persero quindi, per motivi diversi, 123, tra i quali 30 dell'Alsazia e della Lorena che il 9 giugno 1871 divennero regioni annesse all'Impero Germanico. La suddivisione tra i partiti non differisce molto da quella data da J. Marseiles.
2. Questo intervento colorito ha avuto fortuna e lo storico Serman ha definito la maggioranza dell'Assemblea non solo monarchica e reazionaria ma anche *"rurale"*. William SERMAN *"La Comune de Paris"*, Fayard, 1986. René Rémond, nell'opera sopra citata, ha calcolato infatti che nell'Assemblea sedevano ben 250 possidenti agrari, tra grandi e piccoli, tutti ovviamente schierati a destra.
3. Alfredo ORIANI, *"La lotta politica in Italia"*; Gustavo SACERDOTE, *"Vita di Garibaldi"*, Rizzoli 1933; Saverio CILIBRIZZI *"Storia parlamentare, politica e diplomatica d'Italia"*, Società Editrice Dante Alighieri di Albrighti, Segati & C., 1923; Max GALLO *"Garibaldi, la force d'un destin"*, Fayard, 1982.
4. Max GALLO, opera citata; Victor HUGO, *"Oeuvres Complètes"* Parigi 1922; il *"Moniteur Universel"* del 09.03.1871, organo conservatore; Giacomo Emilio CURATOLO. *"Francia e Italia"*; nonché *"Le Journal Officiel"* e *"La République en Marche"* nelle edizioni dal 13 gennaio al 10 marzo 1871.
5. Non dimentichiamo con quanta disinvoltura il Capo del Governo Ollivier il 15 luglio 1870 dichiarò nell'Assemblea Nazionale, chiamata a votare i crediti di guerra: "Noi affrontiamo questa guerra a cuor leggero, senza preoccupazioni". Guy BECHTEL e Jean-Claude CARRIERE *"Dictionnaire de la Bêtise"* Robert Laffont, 1965.

Da parte sua il Ministro della Guerra Leboeuf, secondo quanto riportava il quotidiano cattolico di Digione "Le Bien Public" del 4 luglio, dichiarava: "Noi siamo pronti (alla guerra), la Prussia non lo è ... (omissis) ... l'esercito prussiano non esiste ... (omissis) ... sulla mobilitazione della Prussia sono in anticipo di 15 giorni ... (omissis) ... a noi non manca neppure il bottone di una ghetta". Difficile immaginare dichiarazioni più avventate

6. Non può sorprendere quindi che tra le formazioni irregolari che combatterono nei Vosgi ve ne fosse una dal nome suggestivo "La Compagnie de la Revanche", che non poteva alludere solo a Sedan perché la Francia non aveva capitolato ma combatteva ancora. Quel nome era l'espressione, la sintesi di sentimenti covati da lungo tempo.
7. Louis Adolphe Thiers, ministro conservatore, non fu mai tenero nei confronti dell'Italia. Si oppose sempre alla sua unità e osteggiò l'intervento francese nella II Guerra d'Indipendenza. Affermò nell'Assemblea che "per fare l'Italia unita si era dovuto diminuire l'Austria e ciò aveva ingrandito la Prussia" e non contento di questo non lesinava insulti ai Savoia che "avevano sbalzato dal trono tutti i principi italiani ... (omissis) e che la Francia aveva pertanto il diritto di dire all'Italia: "Il Papa non si tocca!". Quanto al rifiuto dell'Italia di portare soccorso alla Francia, a suo dire, esso costituiva "l'onta di una ingratitudine senza esempio". Il 12 febbraio 1871 fu nominato capo del Governo, e negoziò la pace con Bismarck. Ruggero BONGHI, "Cavour, Bismarck, Thiers" e Saverio CILIBRIZZI, opera citata..
8. Alfonso SCIROCCO, "Garibaldi", Laterza 2000.
9. "Le Bien Public" edizione del sabato 13 ottobre 1870. Non sarà sfuggito al lettore attento quel **ma** con il quale il giornale di destra fa chiaramente capire che avrebbe preferito un tradizionale "vive la France".
10. Generale Pietro MARAVIGNA in "Garibaldi Condottiero" Ufficio Storico del Ministero della Difesa, Roma 1932.
11. È traduzione diretta della parola spagnola "partido", come era chiamata nel Rio de la Plata una formazione di armati irregolari.
12. Può sorprendere che Garibaldi non citi la presenza dei residenti spagnoli, i più numerosi, e degli esuli argentini e brasiliiani repubblicani, che formarono anch'essi le loro legioni, ma non credo che si tratt di un vuoto di memoria, bensì di una semplificazione per rendere, con questa sintesi, più incisivo il discorso ai patrioti francesi, volendo così meglio sottolineare come francesi e italiani avessero ben combattuto insieme un comune nemico.
13. Uno di questi cannoni trovasi ancor oggi all'angolo della Casa de Rivera.
14. Felix KLEIN "Vie de Mgr. Dupond des Loges", pubblicato postumo, Parigi 1925.
15. Dati forniti da Francois ROTH "La Guerre de 70", Fayard 1990; e da Pietro MARAVIGNA, opera citata.
16. Henri GUILLEMIN, opera citata.
17. Qualcuno ha ipotizzato che il settore Est non venne incluso nell'armistizio perché in quel momento a Versailles si ignorava dove fosse e cosa facesse il generale Bourbaki. L'ipotesi ha dell'incredibile, ma non meno sorprendente è quanto dichiarò Jules Fabre che era il negoziatore francese, il quale cercò di scusarsi col dire di non essersi reso conto dell'omissione perché "per prima cosa aveva pensato a salvare Parigi dall'assedio". Strano modo di procedere per definire un cessate il fuoco nell'interesse della Francia. Vedi Max GALLO e François ROTH, opere citate.

- Altri invece ha ipotizzato che l'esclusione dell'Est dall'armistizio fu voluta dai prussiani nella speranza di poter mettere le mani su Garibaldi. Bismarck, infatti, riteneva che l'appoggio, sia pure modesto, che Garibaldi dava alla Francia costituiva un affronto e una prova d'ingratitudine nei confronti della Prussia che, alleata dell'Italia nel 1866, aveva consentito a questa di annettersi il Veneto grazie proprio alla vittoria prussiana di Sadowa. Pare che a questo proposito il Cancelliere tedesco avesse addirittura esclamato: "Bisogna che io lo abbia, voglio farlo menare in giro per Berlino con un cartello sul dorso che dica: questa è la riconoscenza dell'Italia". Giacomo Emilio CURATOLO *"Garibaldi, Vittorio Emanuele, Cavour nei fasti della Patria"*; vedi anche Saverio CILIBRIZZI, opera citata.
18. Henri GUILLEMIN *"Cette curieuse guerre de 70, Thiers, Trochu, Bazaine"* Gallimard 1956.
 19. MAX GALLO, opera citata. È un peccato che l'autore francese, come spesso gli accade, non indichi le fonti delle sue citazioni virgolettate.
 20. Fra' Giovanni Pantaleo, francescano, si unì ai Mille di Garibaldi in Sicilia, quale cappellano, in seguito a forti contrasti con la Chiesa venne ridotto allo stato laicale e seguì il generale in tutte le altre campagne come combattente. In Francia partecipò con il grado di maggiore. Personaggio fortemente discusso anche dagli stessi esponenti della sinistra moderata. Pietro ZERELLA in *"Preti, contadini, briganti nell'unità d'Italia"* La Scarna 2000.
 21. Mario COSTA GARDOL, *"Va' pensiero... su Roma assopita"*, Mursia 1993.
 22. Alfonso SCIROCCO, opera citata; Giuseppe RICCIARDI, *"L'Anticoncilio di Napoli"* Napoli 1870; Antonio CESTARO, *"Internazionalisti anarchici e clericali sotto l'Unità"*, Editrice Universitaria Meridionale, Napoli 1969; Guido VERUCCI *"L'Italia laica prima e dopo l'Unità, 1848-1876"*, Laterza 1986.
 23. Denis MACK SMITH, opera citata.
 24. François ROTH, opera citata.
 25. Max GALLO, opera citata.
 26. *"L'Indépendance Belge"* del 12 marzo 1871.
 27. Jules GARNIER, Chef de Bataillon, nel suo *"Les Volontaires du Génie dans l'Est"*, Paris, Henri Plon, Imprimeur-Editeur, 1872. Un ufficiale di carriera non poteva non trovare bizzarro che nell'Armata di Garibaldi mancassero ordini di operazione scritti. Evidentemente ignorava che quella era una realtà tipica di corpi irregolari e guerriglieri, che agiscono d'istinto e devono prendere spesso decisioni improvvise, senza avere il tempo di formalizzare detti ordini, come Garibaldi aveva imparato nell'America del Sud dove certa burocrazia militare era una realtà che andava ignorata per necessità di cose.
 28. *"Le Bien Public"* di Digione del 24 agosto 1870 che a sua volta riportava un articolo apparso su *"La Presse"*, uno dei più noti e influenti giornali di Parigi.
 29. Sull'argomento vedi quanto scritto da Saverio CILIBRIZZI, opera citata, e in particolare Giorgio CANDELORO, *"Storia dell'Italia Moderna"* vol. V, Feltrinelli 1968.
 30. Philip Gilbert HAMERTON *"Round my house on rural life in France in peace and war"* Londra 1876.

BENITO JUÁREZ

En los 200 años del nacimiento de un gran americano

Benito Juárez nació el 21 de marzo de 1806 en San Pablo Guelatao, en Oaxaca, México, cuatro años antes del “Grito de Dolores”, como se denominó al primer movimiento independentista impulsado por el cura Hidalgo.

Juárez era zapoteca, hijo de padre y madre zapotecas, una de las etnias que pueblan el territorio mexicano.

La conquista española fue nefasta para las culturas que poblaban estos territorios, muchas de ellas muy superiores a las imperantes en la época en muchas zonas de Europa y, naturalmente, de España, puesto que los hombres que llevaron a cabo el genocidio, la obra de sistemática destrucción, de exacción, de robo y de abusos de todo tipo, fue llevada a cabo por nativos de la zona más atrasada de la Península española, muchos de ellos delincuentes e ignorantes, que sólo conocían y aspiraban a la rapiña, sin tener ni idea de lo que estaban destruyendo.

Claro que, todo ello, con el conocimiento y el beneplácito de la monarquía y de la jerarquía de la Iglesia Católica, que ayudó eficazmente en toda esta obra destructora, siéndoles, por otra parte, de gran provecho económico a ambas.

Después de tres siglos de dominación española, la situación de ese virreinato era realmente caótica, porque a la falta de desarrollo, al comercio monopólico con la metrópolis y el correspondiente aislamiento del resto del mundo, panorama común a toda la América bajo dominio español y portugués, se agregaba la fragmentación territorial y la división étnica de pueblos que no se consideraban partícipes de una nación unificada.

Lengua impuesta, religión impuesta –destruyendo, como de costumbre, todo lo que significaba la religión y la civilización derrotadas– y la separación social en castas, que ponía sobre todos los demás al sector de los españoles “puros”, los nacidos en España, luego, por debajo, los descendientes, luego, más abajo, los mestizos (mezcla de españoles con indígenas) y, por último, los indígenas, reducidos prácticamente a la esclavitud.

A toda esta injusta situación social, se sumaba la injusticia económica, pues se aplicaban fuertes impuestos a toda la población, de los que quedaban exonerados los sectores de máximo privilegio y, naturalmente, la propia Corona y la Iglesia.

El derrocamiento del rey de España por Napoleón, creó en el virreinato una situación similar a la que se creara en toda América española e, igual a lo que sucediera en esta zona de América, se formaron Juntas compuestas por criollos, que comenzaron a gobernar en nombre de Fernando VII, pero que, en realidad, bregaban por la independencia de España. Este alzamiento de los criollos, fue derrotado por los españoles “puros”, que eran denominados “gachupines”.

Fue entonces que un simple cura, Miguel Hidalgo, patriota, como hubo tantos en esta zona de América durante esos años, comenzó en la ciudad de Dolores un movimiento contra las autoridades españolas.

El secreto fue descubierto, por lo que Hidalgo, haciendo sonar las campanas de su iglesia, llamó abiertamente a la gente de Dolores, instándola a independizarse de los españoles.

En realidad, a lo que aspiraba Hidalgo era a sustituir la autoridad española por la criolla, pero su llamado en general a toda la gente, hizo acercar a su movimiento a las masas indígenas y de mestizos que vieron, en este caso, amparados por la Iglesia, la oportunidad de salir del estado de sumisión en el que se encontraban.

El pueblo se armó con lo que pudo y, enarbolando el estandarte con la Virgen de Guadalupe, marchó a luchar por sus derechos ultrajados. Los criollos, que habían apoyado al principio este movimiento, al ver el cariz que tomaba el levantamiento, se alejaron de él. En 1811, al abandono sucedió la traición: Hidalgo y otros líderes fueron capturados y ejecutados.

Nuevamente quedó probado que las ideas no se pueden matar. Un alumno de Hidalgo, Morelos, también sacerdote católico, pero mestizo, volvió a enarbolar el estandarte con la Virgen de Guadalupe, pero esta vez, con un programa más amplio y más profundo que el de Hidalgo.

Luchó por la independencia del poder español pero, también, por una reforma económica y social, que aplicaba cambios en la propiedad de la tierra, reivindicaba los derechos del pueblo a participar en el gobierno, la abolición del sistema de castas y la reducción de las enormes riquezas y del poder de que disfrutaba el alto clero español o “gachupín”.

Eso, naturalmente, era más que demasiado para quienes pretendían heredar el sistema virreinal español sin modificarlo. Este movimiento era mucho más



Benito Juárez

peligroso que el de Hidalgo. En 1815, también Morelos fue capturado y ejecutado.

Ciertas vicisitudes políticas en España terminaron, después de la derrota de Napoleón, con la instauración de una monarquía constitucional, bajo la Constitución bastante liberal de 1812, que pareció al alto clero y a los demás conservadores, que habían hecho excomulgar y ejecutar a Hidalgo y a Morelos, demasiado liberal y peligrosa para el mantenimiento de sus privilegios. De tal modo, apoyaron la independencia de México puesto que así ellos podrían controlar la situación para que permaneciera incambiada.

Estos “rebeldes” alcanzaron la victoria casi sin derramamiento de sangre y el 27 de setiembre de 1821 Iturbide, un militar criollo que había sido destituido de su cargo por haberse “excedido” en el cobro de impuestos a la gente que vivía en su distrito militar, entró en la ciudad de México.

Después de esta independencia, el antiguo orden económico y social permaneció intacto. El ejército y el clero continuaron siendo los únicos beneficiarios: conservaron sus privilegios especiales (fueros) y presionaron para obtener, todavía, más poder.

Este era el panorama político y social existente en México cuando Juárez entró a la vida activa.

Huérfano cuando apenas tenía tres años, estuvo a cargo de sus abuelos paternos y, cuando éstos murieron, de un tío.

No conocía más que la lengua zapoteca. Este tío, con quien trabajaba, hizo comprender al niño la importancia de educarse y de aprender el idioma español, probablemente con la idea de que siguiera la carrera del sacerdocio.

Cuando tenía tan sólo 12 años decidió enfrentar la vida por sí mismo y marchó hacia la cercana Oaxaca para completar su instrucción. Recorrió a pie los ochenta quilómetros que lo separaban de la ciudad y se dirigió hacia la casa en la que trabajaba su hermana María para un negociante italiano, un tal Maza. Éste dio alojamiento al muchacho que cambiaría los destinos de México.

En 1819 Juárez, posiblemente por intermediación de Maza, se trasladó a la casa de Antonio Salanueva, que era encuadernador y un hombre culto y liberal, miembro de la orden seglar de San Francisco. Trabajando para él, Juárez tuvo acceso a la pequeña biblioteca de Salanueva, quien lo hizo ingresar a la escuela municipal. En esta escuela, como en la Real, a la que se cambió, debido, principalmente a su todavía escaso conocimiento del idioma español y al régimen interno imperante, donde prevalecía aún el sistema de castas, este joven indígena

no tenía muchas perspectivas de éxito. Decidió estudiar por sí mismo, empezando por la lengua española y ayudado por la pequeña biblioteca de su protector.

Finalmente accedió a ingresar al Seminario Conciliar de la Cruz, en Oaxaca, que estaba a poca distancia de su casa, al que, viendo la inteligencia del joven y las ventajas de su conocimiento de la lengua zapoteca, pudo entrar sin tener que pagar la requerida cuota de ingreso. Sin haber sostenido nunca seriamente la idea de hacerse sacerdote, estos estudios fueron de gran importancia para el desarrollo intelectual del joven.

Luego de la instauración de la república se estableció en Oaxaca un colegio civil, independiente de la Iglesia, con un programa de estudios más amplio que el concebido para el sacerdocio o la carrera militar.

En 1828 comenzó sus estudios de leyes en el citado Instituto de Ciencias y Artes, que le conducirían, de una manera natural, a su preocupación por la política. Terminó sus estudios y fue profesor, en ese mismo Instituto, de Física y de Derecho, carrera que comenzó a ejercer. En 1830 comenzó también su carrera política, cuando fue electo para el Ayuntamiento de Oaxaca.

A fines de 1847 fue elegido Gobernador de Oaxaca, donde desarrolló una importante labor en todos los ámbitos: desde caminería, construcción de hospitales, organización de la Guardia Nacional, la producción minera y agrícola, etc. y, sobre todo, la educación, construyendo centenares de escuelas y dando por primera vez a las niñas la oportunidad de poder estudiar a la par de los varones.

En 1855 ingresó al Gabinete del Presidente Álvarez, que formó un gobierno liberal en el que Juárez desempeñó la cartera de Justicia e Instrucción Pública.

El Presidente Álvarez, de ascendencia indígena, de carácter débil, ya de avanzada edad e ineficiente en su actuación, fue perdiendo apoyos y sus ministros liberales, que esperaban de él una acción más energética para poner en práctica sus ideas, fueron renunciando. Juárez se mantuvo un tiempo más, porque estaba preparando el conjunto de leyes conocido como Leyes de la Reforma. Estas primeras leyes de Reforma de 1855 fueron bastante moderadas, pero igualmente despertaron el furor del alto clero y de los demás privilegiados.

Al de Álvarez sucedió un gobierno provisorio de Comonfort, el que fue rápidamente desplazado y, a pedido del ex Presidente, Juárez volvió a la gobernación de Oaxaca.

Momentáneamente, los moderados habían ganado la partida, pero las ideas

lanzadas por la llamada revolución de Ayutla y las proyectadas leyes de Juárez, ya estaban en el aire; el gobierno de Comonfort había propuesto para la nueva Constitución, una administración centralizada que contrarrestara la excesiva independencia de los diversos Estados, disminuía la fuerza del Poder Ejecutivo, pero, y esto es lo fundamental, prohibía la esclavitud, liberaba a los deudores de préstamos forzados, prohibía las distinciones civiles y políticas basadas en el nacimiento, raza u origen, contenía un proyecto de ley de derechos y planteaba reformas económicas, la libre instrucción privada, etc.

El 5 de febrero de 1857 se terminó la redacción de la nueva Constitución, que incluía los proyectos de la revolución de Ayutla con sus leyes de Reforma, con un sistema federal, la elección indirecta del Presidente, de un Congreso y de Miembros del Tribunal Supremo, habiendo incorporado una completa ley de derechos, además de la Ley Juárez y la Ley Lerdo, que iban completando las leyes de Reforma. Esta nueva Constitución fue promulgada y Comonfort fue electo Presidente y Juárez, Presidente del Tribunal Supremo, lo que lo situó en primer término en el orden de sucesión de la Presidencia.

Cuando formó su gabinete, Comonfort lo nombró Ministro de Gobernación. Un general, Zuloaga, se alzó contra el gobierno legal, disolvió el Congreso y arrestó a Juárez y a otros integrantes del mismo. Comonfort abandonó México y se fue a vivir en los Estados Unidos. Ante la intentona de proclamar a Zuloaga Presidente, por parte de los conservadores, los liberales, entre los cuales varios gobernadores de Estados, proclamaron, de acuerdo con la nueva Constitución, a Juárez como Presidente. De este modo, se abrió un período de tres años de guerra civil, que será conocido como “Guerra de Reforma”.

Juárez era ahora quien encabezaba la causa constitucionalista, que propugnaba la igualdad social, la libertad de expresión del pensamiento, la eliminación de los “fueros” y la enajenación de los cuantiosos bienes de la Iglesia.

Durante esta guerra Juárez realizó una tarea titánica logrando mantener unidas las fuerzas del gobierno legal, en las sedes donde podía funcionar y, al mismo tiempo, preparar las tropas que lo apoyaban, que fueron adquiriendo experiencia a través de la lucha, todo ello, sin dejar de profundizar las leyes de la Reforma.

Después de estar al borde de la derrota en varias oportunidades, el 25 de diciembre de 1860 el ejército victorioso de Juárez entró en la ciudad de México, poniendo fin a la Guerra de la Reforma, cuyas leyes más importantes habían

sido aprobadas, en plena lucha, en 1859.

Estos años de lucha intestina y las consecuentes dificultades económicas, llevaron a México, a pesar de que los ingleses continuaban llevándose "legalmente" prácticamente todo el oro y la plata que se extraía en el país, a tener una deuda externa que resultaba paradojal y que era impagable.

Las elecciones de 1861 se llevaron a cabo y Juárez fue elegido nuevamente, ahora para ejercer la Presidencia durante un período completo. La situación económica seguía siendo un problema casi insoluble y fue decretada la suspensión de los pagos de la deuda interna y externa, por un período de dos años.

La respuesta europea no se hizo esperar: el 31 de octubre de 1861 se realizó la llamada Convención de Londres, llevada a cabo por los gobiernos de Inglaterra, de Francia y de España. España, además de la posibilidad de recobrar a México como colonia (si la dejaban sus ocasionales socios), pretendía llevarse más riqueza del país. Desembarcaron las tropas interventionistas y ocuparon los puertos para, con su producido, cobrarse la deuda. Juárez inició negociaciones con los gobiernos interventionistas, llegando a un acuerdo con España y con Inglaterra, no con Francia que, como se verá, tenía otros planes propios.

En junio de 1863 los franceses ocuparon la ciudad de México. Juárez debió, una vez más, trasladarse con su gobierno legal en lucha contra los ocupantes y contra los enemigos internos, que preferían el yugo de una monarquía extranjera, con tal de mantener sus privilegios.

Los lugares más importantes de México se encontraban bajo dominio de las tropas de ocupación, si bien la resistencia del gobierno legal había comenzado a manifestarse bajo la forma de guerrillas.

Nuestro conocido Napoleón III inventó un monarca para hacer de México un imperio a su servicio: Maximiliano, de los Asburgo, quien llegó a Veracruz, con su esposa Carlota, el 28 de mayo de 1864. Los enormes gastos en los que se metió Maximiliano, tomándose en serio su función de emperador y sin que ni siquiera se preocupara por solucionar la situación económica del país, pronto hizo ver a los franceses que los intereses de su creación política no eran los intereses de Francia.

Fue entonces que Napoleón III instruyó al jefe de su ejército de ocupación para que hiciera un último esfuerzo para aniquilar a Juárez y se preparara para retirarse de México.

Los ejércitos republicanos se iban reorganizando a medida que los franceses

se retiraban y fueron cercando a un “emperador” que había sido abandonado sin escrúpulos por quienes lo habían pergeñado y que, sin embargo, ciego ante la realidad, se negaba a abdicar.

Por el contrario, en actitud patética, publicó una orden para que Juárez y sus ministros fueran enjuiciados, en caso de ser capturados.

Pero quienes fueron capturados fueron Maximiliano y los militares mexicanos que defendieron al invasor: Miramón y Mejía.

En junio de 1866 fueron condenados a ser fusilados. Se cumplió la condena el 19 de ese mes.

Había finalizado otro episodio oprobioso.

Las leyes de Reforma siguieron profundizando su acción bajo los gobiernos de este hombre que se transformó en el símbolo de una nueva nación, rescatada de los restos que había dejado la colonización y las rapiñas de las grandes potencias.

Juárez es México.

En sus sueños de vacía grandeza, el “emperador” creado por los franceses hizo construir en la ciudad de México una gran y hermosa avenida que debía rememorar los Campos Elíseos de París, uniendo el Palacio de Gobierno con la residencia imperial, el castillo de Chapultepec.

Esta hermosa avenida hoy lleva el nombre de Reforma.

C.N.

“IL CONFORTATORIO DI MANTOVA”

UN LIBRO DI LUIGI MARTINI

Egone Ratzenberger

Fra i preclari libri che il nostro Risorgimento ha ispirato –e non sono pochi ed essi costituiscono un segmento interessante e poco conosciuto della letteratura italiana di quel secolo–, va certamente annoverato il “Confortatorio di Mantova” e cioè la narrazione degli ultimi giorni dei patrioti condannati dagli austriaci all’impiccagione e noti nella storia del Risorgimento come i “Martiri di Belfiore” –dicembre 1852-marzo 1853. Furono essi alcuni dei cospiratori più importanti, fra quelli che avevano ripreso, dopo i fatti del ‘48, a tramare contro l’Austria ma in modo relativamente innocuo e che furono da lei colpiti senza pietà.

Il Confortatorio era un ex convento dei Carmelitani Scalzi di Mantova, intitolato alla mistica di Avila, Santa Teresa e secolarizzato nel periodo napoleonico. Fu adibito a caserma, e poi a carcere, dato che per i problemi politici attinenti all’occupazione austriaca, i carcerati erano divenuti sempre più numerosi e quindi erano state ricavate nel convento parecchie celle e quando vi entrarono i condannati a morte vi fu un grosso timore da parte dei prigionieri già presenti che anch’essi venissero trascinati all’esecuzione. Sostegno importante della fede cattolica, l’Impero d’Austria voleva che i condannati a morte godessero di tutti i conforti religiosi e morissero in pace con se stessi. Singolare esempio di Ragion di Stato e difesa della Fede. Del libro è autore mons. Luigi Martini, rettore all’ora del Seminario di Mantova, Vicario Capitolare (vice-vescovo e infatti resse quella Diocesi dal 1868 al 1871) terminando come abate della Real Basilica di Santa Barbara. Ci è descritta, dalle varie biografie, la figura di un sacerdote di altissimi principi cristiani, non solo per quanto attiene alla sua opera, insieme con qualche altro sacerdote, a favore dei Martiri, a cui seppe porgere dei veri motivi di consolazione, nel senso che dinanzi all’orribile realtà della pena capitale, additò loro mete più

alte che essi pienamente accettarono per cui dalle loro stesse parole si comprende che andarono alla morte turbati sì, ma anche certi di un guiderdone altissimo.

Si affaccia alla mente a questo punto una considerazione non inutile anche se ci introduce in un settore di natura affatto diversa qual è quello ecclesiastico della proclamazione di beati e santi da parte della Chiesa cattolica. Si ricordino in questo contesto le recenti beatificazioni di Pio IX Mastai e dell'ultimo Imperatore austriaco Carlo, che destarono notevoli perplessità che non è il caso qui di menzionare, ma che sono ben note. Si ricordi solo dell'Imperatore Carlo che seppur in sé persona buona, nutriva un livore anti-italiano che mal si concilia con le richieste virtù cristiane eroiche. In compenso la figura di Luigi Martini è dimenticata e poco conosciuta è la sua opera di carità a prescindere da quello che fece per i "Martiri di Belfiore" e di cui gli resero grazie personalità come Tommaseo e Manzoni. Al Martini che voleva baciargli la mano che "aveva scritto i Promessi Sposi", Manzoni rispose: "Bacio io la mano che benedì negli ultimi momenti i nostri Martiri". Come parroco a Livata, nella Bassa Padana, Martini predilesse la giustizia di fronte ai prepotenti e avendo da fare altresì con un caso alla Renzo, Lucia e Don Abbondio, resistendo imperterrita a cupidigie e prepotenze. Di grande dottrina teologica venne nominato rettore del Seminario di Mantova dove ebbe come allievi il don Tazzoli e il don Grioli. Per quanto avvertito da un amico non si accorse che due suoi professori, il Tazzoli appunto e colui che doveva tradire i congiurati mantovani e cioè don Ferdinando Bosio erano coinvolti in una cospirazione anti-austriaca. Varie fonti confermano che fu di una carità illimitata; lasciava sempre aperta la porta di casa rimproverando gli eventuali malfattori che vi facessero visita di non avergli menzionato i loro bisogni perché avrebbe cercato di dar loro spontaneamente quello che aveva. Dicono che del resto invitò a casa due banditi che lo avevano fermato per strada e imprecavano per non aver trovato addosso a lui nessun soldo. Aveva fondato in quei tempi procellosi con tanti orfani e bimbi abbandonati l'Istituto delle Suore delle Piccole Derelitte, da lui sostenuto – dice il biografo – a prezzo di grandi sacrifici. Questo aspetto della carità detta spicciola, merita qualche considerazione nel senso che viene criticata, perché allevia, a volte risolve, il singolo caso, ma non consente una visione a lungo termine e dignitosa del problema della povertà e della più o meno equa distribuzione della ricchezza. Tuttavia il perseguitamento di quest'ultimo ideale che nell'attuale società europea occidentale ha trovato qualche soluzione (se l'economia potrà sostenere lo sforzo fatto a tale riguardo) non esclude però la

diuturna presenza e necessità dell'intervento puntuale. Come esemplificato negli ultimi decenni dall'ampio fiorire d'iniziative volontaristiche e di ONG.

In questo senso Luigi Martini pur uomo di illimitata carità nel senso antico, alla San Vincenzo de Paoli per intenderci, fu anche un precursore superando il problema delle caste (chi nasce povero è bene che resti tale), a suo tempo più marcato che oggi e indicando nella condizione economica dei poveri il costante problema di una società che voglia dirsi cristiana, o in parole non confessionali solidaristica.

Descriviamo il libro del Martini.

Esso si sofferma meno sui fatti della cospirazione o di come singoli condannati finirono per entrarvi quanto piuttosto sulla preparazione all'evento supremo della pena capitale. Sostenendo una tesi che voleva provare la genuina fede cristiana dei condannati e la loro rassegnazione, divenendo modello di patriottismo ispirato dal cristianesimo, ciò che costò notevoli critiche al Martini da coloro che volevano nettamente distinguere il patriottismo dalla fede cristiana salvo per aspetti più grandi ed esteriori come pure dei clericali che non volevano commistioni fra la fede e coloro che, asseritamene o meno, perseguitavano la chiesa.

Non sarà nel frattempo inutile menzionare la tempesta di quegli anni cupi, allorché lo stesso Garibaldi, che sentiva istintivamente l'animo popolare, si recò nelle Americhe, dedicandosi alla navigazione e rientrando nel 1854 allorché, lo stesso sacrificio eroico dei Martiri di Belfiore aveva riproposto alla coscienza degli italiani la questione nazionale.

Sulla politica dell'Austria in quel frangente, ma anche dopo il 1815, non si può che ripetere quanto fu detto dei nobili francesi della Restaurazione e cioè che "ils n'ont rien apris, ils n'ont rien compris" ossia che avendo soffocato la rivoluzione liberale austriaca con molte promesse e con delle opportune fucilate e avendo domato la rivolta ungherese anche con l'aiuto della Russia non sottoposero poi ad una serrata disamina la situazione politica e sociale delle terre da loro riconquistate per comprendere come si sarebbe potuta predisporre all'uopo una politica lungimirante. Era del resto una tradizione: non vi si provò nemmeno dopo il 1815 il pur scaltro Metternich per cui l'Italia era un'espressione geografica e per cui la Santa Alleanza era uno strumento progressista, cioè uno strumento per conservare la pace e l'ordine sociale di fronte a quelli che venivano considerati mestatori nel torbido. Ma è anche interessante osservare che per quanto fosse stato per decenni (35 anni) ai gradi

sommi della politica austriaca, ma solo per quanto atteneva alla politica estera, non potè mai indurre gli imperatori Francesco prima e Ferdinando poi, a quelle riforme che avrebbero potuto impedire il subitaneo scoppio dei moti del marzo 1848.

Da Vienna, si ricorderà, l'incendio si estese in Ungheria e a tutta l'Italia dove fu domato con notevole difficoltà e, anche grazie alla compattezza del suo corpo ufficiali che del resto aveva tutto da temere da una dissoluzione della monarchia fino a contare poi sulle forze profonde della conservazione della chiesa cattolica, dei grandi proprietari terrieri (ovviamente), nonché dei piccoli proprietari e fittavoli liberati quest'ultimi dalle prestazioni gratuite (*corvées*). Il poeta austriaco Grillparzer, in un empito di entusiasmo, scrisse che l'Austria si era rifugiata nell'accampamento militare di Radetzky.

Si ha l'impressione dopo gli spaventi del 48-49 che il principe Schwarzenberg, nuovo Primo Ministro abbia ritenuto che la politica precedente fosse stata troppo leniente. Non per nulla il principe (che è figlio di quello Schwarzenberg che guidò le truppe austriache nel 1813 e nel 1814, avendo come Capo di Stato Maggiore il quarantacinquenne Radetzky), parla di un "sapiente uso dell'impiccatura". Se infatti dopo la tempesta napoleonica l'Austria era sembrata adottare una politica un attimo più conciliante evitando al Pellico, al Gonfalonieri e al Maroncelli la forca, sembra ora pensare che occorra essere più intransigenti. In un solo anno ben 961 sono gli impiccati, viene fatto un generoso uso della frusta, e si insiste generosamente su vari contribuzioni e prestiti forzati che impoveriscono il paese. Per ricordare qualche episodio: Amilcare Scesa viene trovato a Milano con dei volantini e quindi fucilato. Don Giovanni Grioli viene condannato alla pena capitale per aver dato due lire per il vino ad un soldato ungherese occupato in certi lavori forzati che glieli aveva chiesti. Il traditore magiaro testimonia contro il sacerdote dicendo che lo voleva indurre alla diserzione. Dato che il Grioli era legato ad ambienti anti-austriaci, non è da escludere una qualche trappola, forse per spingerlo a svelare i nominativi di coloro che erano suoi amici. E ciò fin sulla soglia della fucilazione. A tale tentativo il Grioli oppone un fermo rifiuto. Dal canto suo anche il vescovo si nega, come dovrà invece fare con altri due preti più tardi, a privarlo della dignità ecclesiastica.

L'Austria riteneva altresì di dover a diverso titolo spaventare le tre classi di cui si componeva la società e cioè anche il proletariato; vedasi infatti in tal senso l'esecuzione di Pietro Frattini poche ore prima della pubblicazione

dell'editto di amnistia di Radetzky, punta ai professionisti che ritiene la punta di lancia del movimento anti-austriaco e se può mena anche qualche doloroso scapaccione agli aristocratici secondo l'antichissima relazione del resto fra sovrani e nobili a cui viene immancabilmente tagliata la testa, malgrado il loro alto rango, se non danno prova di fedeltà incondizionata. L'Austria attraverso il binomio fede ed ignoranza si puntella parecchio sulla classe contadina, che però non manca di dare, quando può, il suo contributo alla causa. Del resto senza di essa Garibaldi non sarebbe mai riuscito a fuggire dalla Romagna e attraverso la "trafila" a pervenire al Mar Tirreno. Ingusti sono pertanto coloro che parlano, come si ebbe già a rilevare su queste pagine, di un'asserita assenza dai moti risorgimentali della classe contadina, schiacciata dalla povertà, dall'analfabetismo, dalla mancanza dei mezzi di produzione, sempre in mano ai proprietari – e la riforma agraria si realizzerà in Italia solo allorché si apriranno ormai (anni 50 del sec. scorso) altre e più ampie prospettive economiche–.

Comunque Vienna non capiva che dopo 1848 nulla era come prima e che se preti di indubbia altezza morale, come il Tazzoli, assumevano contro di essa una posizione critica non potevano bastare i mezzi di costrizione violenta, ma facevano d'uopo soluzioni politiche. Avrebbe salvato così le province italiane? Ciò appare poco probabile, ma l'uscita dalla penisola avrebbe potuto essere più graduale e meno drammatica e mettere su basi più solide quell'alleanza politica che si materializzò grazie a Bismarck dopo il 1882. Come avvenne del resto con l'Ungheria, pagando comunque un prezzo ben più alto, a spese in parte dell'unità dell'Impero nonché della Slovacchia semi nazionalizzata da Budapest e a spese altresì della Croazia, mal amministrata anch'essa dalla capitale magiara. E a questo proposito si è più volte avuto l'impressione da parte di chi scrive di un certo deficit intellettuale e politico da parte dei pensatori italiani del Risorgimento nei confronti della monarchia danubiana. Né Mazzini, né Gioberti, né Cattaneo, ma neanche gli organi diplomatici a disposizione del regno sabaudo, sembrano aver mai cercato di penetrare più di tanto le realtà sociali ed etniche dell'impero di Vienna. In particolare non è stata rivolta una più opportuna attenzione ai nostri vicini sloveni e croati che in concreto confinavano e confinano con le popolazioni giuliane di lingua italiana. Ci fu invece, a motivo della generosa rivolta del 1848, una maggiore consapevolezza delle aspirazioni e dell'esistenza della popolazione magiara e del resto molti ungheresi combatterono a fianco di Garibaldi – per tutti menzioniamo il Tukory

caduto a Palermo. Per i croati no. Gli unici di loro di cui si parla sono quelli del Giusti che, si ricorderà, ascoltano impietriti in Duomo a Milano la messa. Erano fedelissimi alla Casa d'Austria e il Bano Jellachich loro capo, aveva salvato la Casa d'Austria guidando nel '48 i suoi croati contro l'Ungheria. Vienna li pagò anni dopo rimettendoli sotto l'amministrazione di Budapest. Ma nessuno sapeva allora in Italia dell'opera di un notevole personaggio quale il vescovo Stroessmayer, bella figura di patriota croato. Un'opportuna alleanza fra italiani e croati (e sloveni) anche solo fatta di simpatie e di piccoli aiuti avrebbe potuto essere utile per la comune causa nonché fautrice di pace. Nel quadro del resto dell'uguaglianza dei popoli; invece in Italia si registrò dopo l'unità piuttosto una tendenza a cercare posizioni di uguaglianza con le Grandi Potenze, mostrando scarsa considerazione per quelli che erano considerati popoli minori. Errori che poi vennero versati nel Patto di Londra del 1915 e costarono tanto sangue durante la prima e la seconda Guerra Mondiale.

Dalle repressioni mirate dell'Austria, da suo comportamento disprezzante proprietario appare quindi come vera quell'immagine dell'Austriaco feroce, tramandataci dalle guerre d'indipendenza e che nel '900 si era attenuata presentando una maggior simpatia per l'"Homo Austriacus". Però allora era vera perché la classe dirigente militarista che era alla testa dell'Austria si inspirava nei suoi pensieri e propositi alla più vieta "Realpolitik". Che non è nemmeno tale se la si consideri con attenzione, attesoché una effettiva Realpolitik (vedi il Bismarck, vedi gli statisti inglesi), non manca di tener conto del fattore morale, delle spinte idealistiche; non ne fa astrazione come di inutili sentimentalismi, e non si trova poi dinanzi a sconfitte inopinate ed in fondo nemmeno tali, come Solferino e Sadowa, che però non consentono la ripresa delle ostilità. La politica che invece l'Austria seguì nel complesso in Ungheria ed in Italia, più che feroce –e fu anche feroce– fu in buona sostanza di poco respiro. Costruita sulla sabbia e sulla capacità militare di un esercito che invece perdeva colpi. Giustamente disse Bismarck, che cito nuovamente, che colle baionette si può fare tutto fuorché sedervisi. Parimenti l'Austria non considerava che aveva occupato territori come il Veneto che si erano autoamministrati per quasi mille anni ed erano stati una potenza mediterranea che aveva strettamente collaborato con la Casa d'Austria nel tenere a bada i turchi. O come la Lombardia che era stata ad un passo dall'unificare l'Italia Settentrionale e Centrale. I popoli che sono già stati grandi aspirano a ridiventarlo o almeno a

occupare un posto dignitoso nel consesso delle nazioni.

Molte delle considerazioni qui esposte possono soffrire del difetto di essere svolte, si capisce, con il senno di poi. I responsabili dell'Impero Austriaco potevano pur sempre, con lo sguardo rivolto alla loro storia che aveva conosciuto negli ultimi duecento anni delle gravi crisi, poi superate con successo (Turchi, Federico II, Napoleone), ritenere di ritrovarsi non dinanzi alla gestazione di una nuova crisi, ma piuttosto nella necessità di spegnere gli ultimi focolari della precedente. Uno storico inglese, il Toynbee, ha parlato nel caso dei grandi eventi bellici, di precedenti guerricciole d'apertura e posteriori di chiusura. Nulla impediva agli austriaci di pensare che una mano decisa oggi poteva risparmiare allo Stato non poche preoccupazioni in futuro. Del resto battuti definitivamente i piemontesi, da dove poteva venire un pericolo? Non certo dalla Prussia ideologicamente alleata con l'Austria. Sadowa era ben lontana. Non ancora da una Francia, il cui neo imperatore aveva appena proclamato che "L'Empire c'est la paix" e si accingeva a incontrare ad Eu, nella Francia del nord la regina Vittoria e a mettere in piedi con Londra una specie di accordo di fatto che avrebbe retto per tutti i vent'anni del suo impero. La Russia era saldamente a fianco dell'Austria. Quindi l'Austria garantiva l'ordine anche a costo di farsi odiare, ciò che le riusciva agevole, malgrado alcuni innegabili aspetti positivi della sua ordinata amministrazione. Era una sua particolarità. Vedasi ad esempio il poco amore dopo il 1878 anche dei bosniaci, sia serbi che croati, che contestavano il perdurante predominio della sia pure importante minoranza mussulmana, un po' come se i turchi non se ne fossero mai andati, ciò che preparò il terreno al 28 giugno 1914. Abbiamo già osservato che l'Austria –e del resto anche la Germania dei Kaiser– si avvaleva di un regime di governo militaristico malgrado alcuni progressi democratici, che auspicava sempre un "colpo risolutorio". Conrad von Hoetzendorf, mente balzana nonché capo di stato maggiore dell'esercito austriaco nei primi anni del '900 lo voleva addirittura sferrare contro l'Italia in occasione del terremoto di Messina.

E allora in questa cornice si capisce che nella valletta di Belfiore non potevano che esserci delle vittime, giustiziate apertamente a mo' di esempio dinanzi ad una vasta folla, che li compiangeva sinceramente. Nella stessa cornice si iscrive il fatto che i graziati dalla pena di morte, nel marzo 1853, ma non del carcere, si capisce, fossero numerosi. Non servì. Tutti si sentirono coinvolti, offesi, desiderosi di cacciare gli austriaci. In realtà Vienna era forse in una di quelle situazioni storiche in cui non vi sono vie d'uscita: o una repressione

violentissima o il cedere con buona grazia. Nel 1815, dopo quindici anni circa di guerre di esazioni, di gioventù morta sul campo di battaglia, il ritorno dell'Austria poteva significare la pace ed era il male minore. Mazzini allora giovinetto non aveva ancora intuito e propagato la sua idea dell'Italia che Lamartine si permetteva di definire "la terra dei morti". L'idea mazziniana dette corpo e senso ideologico ad un concetto che fino ad allora era solo geografico.

Merita certamente soffermarsi ora sul complotto e sui Martiri stessi. Non ci fu in realtà un complotto, ma piuttosto un'iniziativa intesa a piazzare le cartelle del prestito mazziniano. Non vi era alcuna trama intesa a vessare gli austriaci con attentati o uccisioni, non vi era raccolta di armi o di esplosivi. Si registrava solo tale modesta attività di raccolta di fondi più di facciata che di sostanza. I comitati che furono colpiti furono due e cioè: quello di Venezia in cui furono arrestati il pittore Zambelli, già soldato nella difesa di Venezia ed austero e coraggioso patriota mazziniano. Egli aveva persino escogitato un piano per rapire durante una visita a Venezia il giovane imperatore Francesco Giuseppe! Venivano poi Angelo Scarsellini e il giornalista Bernardo Canal. Il comitato di Mantova era invece presieduto da un generoso sacerdote quarantenne, insegnante al seminario, il già citato Enrico Napoleone Tazzoli. Professore nello stesso seminario era Ferdinando Bosio che si fece trovare con una cedola del prestito mazziniano. Il Bosio cedette ben presto alle maniere spicce dei suoi giudici istruttori facendo il nome di Tazzoli e di molti altri. Ebbe salva la vita, ma ricevette dodici anni di fortezza, probabilmente non tutti scontati a motivo delle guerre del '59. La taccia di traditore significò per lui una vita travagliata dai rimorsi, tanto che passò al protestantesimo, finendo poi in estrema miseria i suoi ultimi anni, aiutato solo dal suo ex-rettore, appunto il Luigi Martini, autore del "Confortatorio". Del gruppo mantovano fanno parte anche il medico Poma, giovane ed intelligente studioso, il conte Montanari, Tito Speri (in contatto da Brescia con il Tazzoli) e, l'arciprete don Bartolomeo Graziosi. Va aggiunto altresì Pietro Frattini. Da ultimo, ma due anni più tardi, viene giustiziato Pier Fortunato Calvi, che però appartiene ad un'altra filiera. Prima del '48 egli era stato capitano dell'esercito austriaco. Sospettato di propositi irredentistici, venne trasferito a Graz, ma poi prestò il suo braccio alla rinata repubblica di Venezia e combatté per lei con successo nel Cadore. Emigrato in Grecia, in Francia ed in Piemonte, su incarico del Mazzini attraversò la Lombardia per raggiungere nuovamente il Cadore e riattizzarvi la rivolta. Fu

quasi subito arrestato. Bella figura di soldato e patriota, la sua fu una di quelle vicende –vedasi i Fratelli Bandiera e Carlo Pisacane– che disprestigarono irrimediabilmente il Mazzini che sembrava sacrificarli alla causa italiana, senza un'adeguata preparazione e senza fornirli degli opportuni mezzi. Del resto è in questi anni e per questi motivi che inizia il dissidio di Garibaldi con il Patriota genovese. Altra notevole figura fu il Tito Speri, anima delle Dieci Giornate di Brescia, ritornato nella sua città natale dopo l'amnistia del 1850 e dove iniziò quasi subito a tessere una cospirazione.

Gli austriaci si occuparono di queste trame con due tribunali: dapprima un tribunale speciale a cui successe un tribunale di Stato. Quest'ultimo non poteva condannare a morte senza la confessione dell'imputato ed infatti due di essi per quanto gravemente implicati e cioè Giuseppe Finzi, cospiratore di lungo corso, e Luigi Pastore malaticcio e indomito medico di campagna non si fecero lusingare e furono solo condannati ad anni di prigione. Gli altri o non potettero o non vollero ritrattare per un senso di orgoglio (il conte Montanari) o di rettitudine don Enrico Tazzoli. Il primo fu arrestato, poi rilasciato e poi riarrestato. Avrebbe potuto mettersi in salvo ma disse di non voler lasciare nelle peste i propri compagni; gli austriaci non si fecero però commuovere. Sono tutti anime elette, ma il più interessante in un certo senso è Enrico Tazzoli descritto dal Martini come anima di alte virtù cristiane e cristianamente preparata alla sua sorte. Dai suoi atti, dalle sue dichiarazioni e dai suoi comportamenti appare certamente una personalità di forti convinzioni morali che oltre che nel sacerdozio sentivano la necessità di versarsi anche nell'attività politica. Infatti fin dal 1848 si era interessato di questioni patriottiche.

Erano cospirazioni a dir poco ingenue. Non vi era fra i congiurati, nessuna specie di "tagliafuoco" di sicurezza, quali quelli che verranno adottati ad es. dai partiti comunisti clandestini con le loro cellule. Nessuna preparazione ad interrogatori stringenti o a misure di tortura che fossero adottate da parte degli inquirenti; scarsa conoscenza del codice austriaco, ciò che avrebbe potuto salvare la vita ad alcuni di loro. Il più imprudente di tutti, data l'età, la preparazione intellettuale, appare proprio don Enrico Tazzoli, che per non farsi accusare in un'eventuale futuro di appropriazioni indebite aveva trascritto tutti i nomi e le somme ricevute in un libricino che aveva cifrato, sì, ma in modo superficiale. Infatti sequestratogli tale quaderno esso fu decrittato in un mese dall'ufficio cifra di Vienna che scoprì che la base di cifratura era il "Pater Noster". L'Ispettore delle carceri, tale Casati, nobile anima di austriacante,

comunicò tale notizia al Tazzoli, recitando ad alta voce davanti alla sua cella tale preghiera. Tazzoli capisce di essere perduto, ma soprattutto sa di aver rivelato i nominativi dei suoi amici. A voler seguire alcuni canoni psicologici si sarebbe portati a sospettare di una sua "cupiditas dissolvi" non del tutto improbabile nel forte sentire cristiano del Tazzoli e forse anche del Montanari.

Non mancano in tale triste vicenda ovviamente le richieste di grazia all'occupante. Del resto come si è detto la base giuridica delle condanne a morte –in tempo di pace, poi– appare abbastanza esigua (il Montanari era in fondo solo colpevole di possedere letteratura "sovversiva") e le dure condanne gettano nella disperazione le famiglie. Tre gentildonne veronesi-mantovane si prosternano nella neve dinanzi al feldmaresciallo Radetzky che si era recato a messa al S. Anastasio di Verona, e che mormora sbigottito: "Jesus Maria, Jesus Maria!", tipica espressione austriaca di sorpresa e compassione. Però in un susseguente colloquio tenuto non con lui, ma con il generale poi feldmaresciallo Benedek non verrà dimostrata alcuna comprensione ed è probabile che fautore della linea dura sia proprio il futuro sconfitto di Sadowa. Verrà anche il suo giorno: morirà solo e dimenticato nel 1882 a Graz. Si registrano anche su richiesta dell'esemplare vescovo di Mantova Corti, bella figura di ecclesiastico, degli interventi poco convinti del Vaticano e quelli, accorati del Patriarca di Venezia, nonché di un tentativo frustrato di parlare direttamente con l'imperatore a Pordenone; vi è l'accorata lettera della contessa Montanari alla madre dell'Imperatore Francesco Giuseppe, arciduchessa Sofia; non si ebbe risposta. Anche se era opportuno tentare tutte le vie, era difficile che Sofia si commuovesse, se si tiene in conto il carattere duro ed autoritario di tale persona che nel '48 aveva molto contribuito a salvare la dinastia, organizzando la fuga ad Innsbruck, mettendo da parte l'imbelle suocero nonché il poco valido marito e spingendo invece verso il trono il più intelligente, ma non di molto, diciottenne figlio Francesco Giuseppe. E i cui dissidi con la nuora, Elisabetta di Baviera, sono stati celebrati da libri e pellicole.

Va sollevato un punto un po' delicato e cioè quello della collaborazione data, in questa occasione, ma anche più in generale, da funzionari ed impiegati statali di nazionalità italiana. Certo va considerato che in casi di disobbedienza o di negligenza ne sarebbe potuta conseguire la perdita del posto di lavoro che in quei tempi di povertà avrebbe avuto una rilevanza gravissima per l'individuo e la sua famiglia. Non per nulla Hobbes considerava la famiglia il ricatto di cui si avvale lo stato per controllare il singolo. In quel periodo privo di garanzie e

di ammortizzatori sociali ciò poteva significare la catastrofe. Tuttavia, malgrado alcuni episodi di umana pietà, non si sfugge all'impressione che ci sia stato spesso uno zelo improprio ed un certo servilismo. Ma è forse condizione comune per tutto quel tipo di situazioni soprattutto se chi comanda è dotato di capacità direttive e gli austriaci non ne erano certo privi. Per tutti si citi l'assessore boemo Kraus che fu particolarmente accanito nei confronti dei patrioti e che passò poi a Parma dove si poté vantare di varie fucilazioni. Terminò brillantemente la carriera con il grado di tenente generale.

Per la cronaca Zimbelli, Scarsellini, Canai, Tozzoli e Poma furono impiccati il 7 dicembre 1852. Il 3 marzo 1853 è la volta del Montanari, di Tito Speri e di don Bartolomeo Grazioli. Il 19 marzo viene impiccato Pietro Frattini e subito dopo Radetzky proclama l'amnistia per gli altri condannati. Pier Fortunato Calvi seguirà nel 1855.

Ritorniamo a don Luigi Martini e al suo libro il "Confortatorio". Dinnanzi all'ultimo supplizio sopportato dai fulgidi Martiri di Belfiore, due dei quali, che erano preti, cioè Tazzoli e Grazioli, dovettero altresì consentire allo spretamento che era stato richiesto dagli austriaci e che venne eseguito con vivo rammarico e delicatezza dal vescovo di Mantova, appare in minor rilievo la figura del Martini che non cerca però nessun protagonismo, concentrato com'è sul dirigere esclusivamente verso la salvezza eterna i pensieri e le considerazioni dei condannati a morte, distogliendoli, per quanto possibile, dal pensiero dell'incombente esecuzione.

Seppe scrivere un documento notevolissimo, riportandoci nei dettagli il loro nobile comportamento che ci ricorda quello, di cent'anni dopo, dei condannati della Resistenza antifascista. Il Confortatorio è altresì un notevole atto di accusa contro la pena di morte. Ma rappresenterà anche, e più lo farà nei susseguenti decenni una via per conciliare gli ideali risorgimentali e gli ideali cristiani. Certamente in tal senso il Martini, il cui libro fu lodato dal Manzoni e dal Tommaseo, fu un precursore. Dignissimo in ogni senso di divenire Vescovo, non vi fu mai promosso probabilmente per le riserve che si nutrivano sul suo conto ed a motivo di questo scritto a Roma, oltre il Tevere. Né i patrioti, imbevuti di pensiero laico e mazziniano potevano ammettere che degli eroi risorgimentali potessero aver scelto una morte così ispirata agli ideali cristiani. L'auspicio del Martini, morto nel 1878, di vedere uno Stato italiano ed una Santa Sede riconciliati e in collaborazione tra di loro doveva realizzarsi solo molti decenni più tardi, dopo la fine della Seconda Guerra Mondiale. Durante la sua vita i tempi non apparirono maturi.



ÍNDICE

- Editorial	7
- José Batlle y Ordóñez - En los 150 años del nacimiento del hombre que fundó el Uruguay moderno Carlos Novello - Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo	11
- Garibaldi e la lotta armata per la libertà Prof. Franco Della Peruta - Presidente del Centro Internazionale Studi Risorgimentali Garibaldini della città di Marsala-Sicilia	27
- Homenaje de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, en Piriápolis, a los trabajadores italianos que colaboraron con Francisco Piria	41
- La permanente actualidad de Maquiavelo Dr. Héctor Gros Espiell - Jurista - Embajador de Uruguay en Francia	51
- Un Garibaldi venuto dal cielo Prof.ssa Stefania Magliani-Facoltà degli Studi di Perugia	57
- La campagna dei Vosgi di Garibaldi e l'opinione pubblica francese Prof. Giampaolo Colella	69
- Benito Juárez - En los 200 años del nacimiento de un gran americano	93
- “Il confortatorio di Mantova” - Un libro di Luigi Martini Dr. Egone Ratzenberger	101

